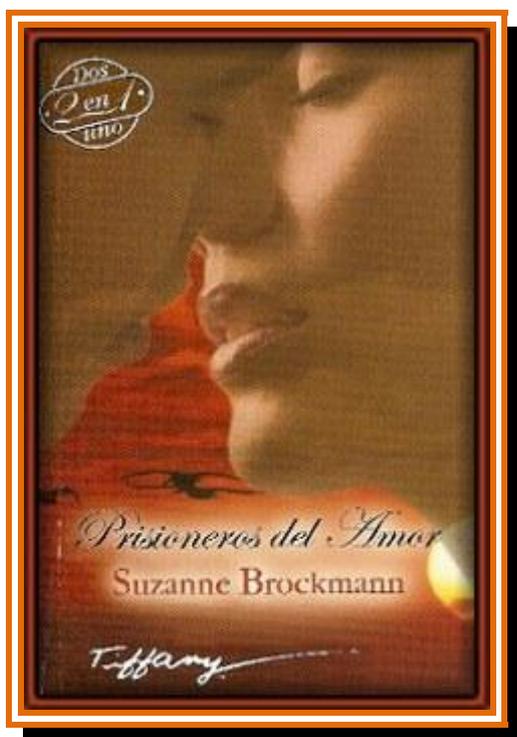


Cerca de la Tentación

Suzanne Brockmann

10º Serie Altos, Oscuros y Peligrosos



Cerca de la Tentación (01.09.2007)

Título Original: Taylor's Temptation (2001)

Serie: 10º Altos, Oscuros y Peligrosos

Editorial: Harlequin Ibérica

Sello / Colección: Súper Jazmín, 442 (2003)

Reeditado en el dueto *Prisioneros del amor* en la colección Tiffany N° 16 (2007)

Género: Contemporáneo

Protagonistas: Bobby Taylor y Colleen Skelly

Argumento:

Si había que proteger a los inocentes, Bobby Taylor era la persona perfecta. Pero cuando Wes, su mejor amigo, le pidió que controlara a su hermana pequeña, Bobby deseó poder decir que no. Para él, Colleen Skelly, con su maravillosa melena pelirroja, era todo menos la inocente hermanita de nadie. El problema era que deseaba controlarla, pero muy, muy de cerca.

Colleen llevaba años intentando conquistar al magnífico Bobby Taylor. Ahora por fin era suyo, aunque solo fuera durante algunos días; lo único que tenía que hacer era demostrarle que era una mujer adulta... y que él tenía todo lo que ella buscaba en un hombre.

Prólogo

— Fue asombroso — Rio Rosetti sacudió la cabeza; aún seguía sin poder explicarse los extraños acontecimientos de la noche anterior —. Absolutamente asombroso.

Sentados frente a él en el abarrotado salón, olvidado su desayuno de huevos con jamón, Mike y Thomas esperaron que continuara.

Aunque ninguno daba muestras de ello, Rio sabía que ambos lo envidiaban por haber podido estar en el mismo meollo de la acción midiendo sus fuerzas con Bobby Taylor y Wes Skelly, los legendarios jefes del Escuadrón Alfa.

— Eh, tú, novato, saca tu equipo y cálzate las aletas — le había dicho el jefe Skelly a Rio hacía apenas seis horas. ¿Realmente habían pasado sólo seis horas? —. El tío Bobby y yo vamos a enseñarte cómo se hacen las cosas.

Hijos gemelos de madres distintas. Así llamaban a menudo a Bobby y a Wes. De madres muy distintas, en realidad. Aquellos dos hombres no se parecían en nada. El jefe Taylor era inmenso. En realidad, era una bestia. Rio no estaba del todo seguro, porque en torno a la cabeza de Bobby Taylor parecía haber siempre una especie de bruma, pero creía que al menos medía un metro noventa de altura, tal vez incluso más. Y era casi igual de ancho. Tenía las espaldas como la coraza almohadillada de los jugadores de fútbol americano y, al igual que éstos, era condenadamente rápido. La verdad era que resultaba extraño que un tipo tan enorme pudiera ser tan rápido.

Pero el tamaño no era lo único que lo diferenciaba de Wes Skelly, que era de estatura mediana: más o menos un metro setenta de alto, como Rio, y de parecida complexión fibrosa.

Bobby era medio indio. Su herencia nativa se notaba en los cincelados rasgos de su cara y en su tez morena. Cuando se ponía al sol, su piel adquiría un bonito color tostado. Mucho más bonito que el tono levemente cetrino de Rio. Bobby poseía además una melena larga, lisa y negra que llevaba severamente recogida hacia atrás en una trenza y que le daba un aire vagamente místico y enigmático.

En cambio, Wes, cuya familia procedía de Irlanda, tenía el pelo castaño claro, con un tinte ligeramente rojizo, y un brillo burlón en sus azules ojos de duendecillo.

Wes Skelly era incapaz de estarse quieto. Siempre estaba moviéndose. Y, cuando no se estaba moviendo, estaba hablando. Era un tipo alegre, campechano y charlatán, y tan impaciente que a menudo resultaba grosero.

Bobby, en cambio, era el colmo de la templanza. Podía pasarse horas enteras mirando y escuchando sin cambiar de postura, completamente inmóvil, antes de abrir la boca para dar su opinión o hacer algún comentario.

Pero a pesar de lo distintos que eran en apariencia y maneras, Bobby y Wes compartían un mismo cerebro. Se conocían tan bien el uno al otro que parecían leerse el pensamiento.

Probablemente por eso Bobby no hablaba mucho. No necesitaba hacerlo. Wes le leía el pensamiento y hablaba, incesantemente, por él.

Sin embargo, cuando el gigantesco jefe hablaba por fin, todos lo escuchaban. Hasta los oficiales escuchaban.

Y Rio también. Ya durante su instrucción en la Marina, mucho antes de entrar en el legendario Escuadrón Alfa, había aprendido a prestar especial atención a las opiniones de Bobby Taylor.

Bobby había ido a Coronado como instructor de un cursillo de submarinismo y había tomado a Rio, a Mike Lee y a Thomas King bajo su protección. Lo cual no significaba que les hubiera dispensado un trato de favor. De ninguna manera. En realidad, al considerarlos los mejores de una clase repleta de jóvenes inteligentes, decididos y seguros de sí mismos, había exigido de ellos mucho más que de los otros. Los había tratado con mayor rigor que a los demás, sin aceptar excusas, exigiéndoles siempre lo mejor de sí mismos. Ellos habían hecho lo posible por estar a la altura y, sin duda gracias a la influencia que Bobby ejercía sobre el capitán Joe Catalanotto, habían conseguido ingresar en el mejor equipo de las fuerzas especiales de la Marina.

Seis horas atrás, la noche anterior, el equipo de élite del Escuadrón Alfa había recibido la orden de intervenir en una operación de la DEA.

Haciendo gala de arrogancia, un narcotraficante sudamericano especialmente peligroso había anclado su lujoso yate a muy corta distancia del límite de las aguas territoriales de Estados Unidos. Los agentes de la DEA no podían, o quizá simplemente no querían, capturar al capo hasta que cruzara la raya invisible que señalaba el comienzo del territorio estadounidense.

Y ahí era donde intervenían las fuerzas de élite.

El teniente Lucky O'Donlon había recibido el mando de la operación, más que nada porque se había sacado de la manga un estrafalario plan que al sombrío capitán Joe Catalanotto le había hecho mucha gracia. El teniente había decidido que un pequeño destacamento de fuerzas especiales se acercaría a nado al yate, el cual llevaba el absurdo nombre de *Chocolate Suizo*, subiría a bordo sin ser visto, accedería al puente de mando y haría un pequeño arreglo en su sistema informático de navegación, a fin de que el capitán del yate creyera que se dirigían hacia el sur, cuando en realidad irían rumbo al noroeste.

El capo daría orden de regresar a Sudamérica, y, en vez de eso, irían de cabeza a Miami, a los brazos de la policía federal. El teniente O'Donlon había elegido a Bobby y a Wes. Y Rio los acompañaría en aquel paseíto.

—Yo tenía clarísimo que no me necesitaban para nada —les dijo a Mike y a Thomas—. La verdad es que me daba cuenta de que lo único que hacía era estorbarles.

Bobby y Wes no necesitaban hablar, ni hacerse señales con las manos. Casi ni se miraban. Simplemente, se leían el pensamiento. Era una cosa realmente extraña. Rio los había visto en acción en una operación de entrenamiento, pero observarlos en una auténtica misión resultaba todavía más chocante.

—Bueno, Rosetti, ¿y qué pasó? —preguntó Thomas King. El altísimo alférez afroamericano estaba impaciente, aunque no se le notara en la cara. Thomas era un

excelente jugador de póquer. Rio lo sabía de primera mano: más de una vez se había levantado de la mesa con los bolsillos vacíos.

El rostro de Thomas resultaba ilegible casi siempre, con su expresión completamente neutral y sus párpados entrecerrados. La mezcla de aquel semblante casi blando y de las cicatrices que le cruzaban la ceja y el pómulo de uno de los lados de la cara, le daba un aire inquietante que ya hubiera querido Rio para su más que vulgar fisonomía.

Pero eran sobre todo sus ojos los que hacían que casi toda la gente se cambiara de acera cuando veían acercarse a Thomas. De un marrón tan oscuro que parecían negros, aquellos ojos poseían un brillo de profunda inteligencia.

Thomas era Thomas. No Tommy. Ni Tom. Sino Thomas. En el equipo, todos lo llamaban por ese nombre.

Thomas se había ganado el respeto del equipo. No como Rio, a quien por alguna extraña razón, y pese a sus esperanzas de ganarse un mote como «Pantera» o «Halcón», todos lo llamaban Elvis. O, lo que era aún peor, Pequeño Elvis o Pequeño E.

– Nos dirigimos en una lancha neumática hacia el barco – les dijo Rio a Thomas y a Mike –. Pero el último tramo lo hicimos a nado.

La veloz travesía en la pequeña lancha a través de la oscuridad del océano le había acelerado el corazón. Lo cual era lógico, teniendo en cuenta que iban a abordar un barco fuertemente vigilado y abrirse paso hasta el puente sin que nadie los viera.

¿Y si los descubrían?

Bobby pareció leerle el pensamiento con la misma facilidad con que se lo leía a Wes Skelly, pues le dio un breve apretón en el hombro justo antes de salir del agua y subir al barco.

– Aquello tenía más luces que un árbol de Navidad y estaba lleno de matones por todas partes – continuó Rio –. Todos llevaban el mismo traje y llevaban unas ametralladoras pequeñas y muy ligeras. Era como si su jefe se hubiera empeñado en montarse su propio ejército. Pero no lo eran. Ni siquiera se acercaban. En realidad, sólo eran chicos de la calle vestidos con uniformes caros. No sabían vigilar, no tenían ni idea de qué debían buscar. Tíos, os juro por Dios que pasamos por delante de sus narices y no se enteraron. Pero no me extraña, con todo el jaleo que estaban armando y todas aquellas luces deslumbrándolos. Fue tan fácil que parecía de broma.

– Entonces – dijo Mike Lee –, ¿qué está haciendo el jefe Taylor en el hospital?

Rio sacudió la cabeza.

– Sí, esa parte no fue de broma.

Alguien había decidido continuar la fiesta en cubierta con un baño de medianoche. De pronto encendieron los focos e iluminaron el agua, y todo se fue al traste.

– Pero hasta que ya volvíamos al agua, fue pan comido. ¿Sabéis eso que hacen Bobby y Wes? ¿Lo de la telepatía?

Thomas sonrió.

— Oh, sí. Yo los he visto mirarse y...

— Esta vez no lo hicieron — interrumpió Rio a su amigo —. Mirarse, quiero decir. Tíos, os lo digo en serio, verlos en acción fue una auténtica pasada. Había un guardia en el puente, pero por lo demás estaba desierto y muy oscuro. El capitán y toda la tripulación estaban abajo, probablemente poniéndose ciegos con las chicas y los invitados. Así que cuando Bobby y Wes vieron al guardia, ni se inmutaron. Simplemente lo dejaron temporalmente fuera de servicio antes siquiera de que los viera. No le dio tiempo a decir ni mu. Lo hicieron los dos, juntos, como si fuera una especie de coreografía que hubieran estado ensayando durante años. Os lo juro, fue algo digno de verse.

— Llevan mucho tiempo trabajando juntos — dijo Mike.

— Estuvieron juntos en la academia — les recordó Thomas —. Y fueron compañeros de inmersión desde el primer día.

— Fue perfecto — Rio sacudió la cabeza, admirado —. Completamente perfecto. Yo ocupé el lugar del guardia, por si acaso alguien miraba por la ventana, para que viera que allí había alguien, ¿comprendéis? Mientras tanto, Skelly amañó la brújula convencional y Bobby entró en su sistema informático de navegación en cuestión de segundos.

Ésa era otra de las cosas extrañas de Bobby Taylor: tenía unos dedos enormes, pero manejaba un teclado de ordenador a más velocidad de la que Rio hubiera creído humanamente posible.

— Tardaron menos de tres minutos en hacer lo que tenían que hacer — continuó —. Entonces salimos del puente. Lucky y Spaceman ya estaban en el agua, vigilando — sacudió la cabeza —. Y justo entonces aparecieron en la cubierta todas esas tías en bikini, corriendo directamente hacia nosotros. Era lo peor que podía pasarnos. Si hubiéramos estado en cualquier otro lugar del barco, habría sido perfecto. Habríamos pasado completamente desapercibidos con todo aquel jaleo. Porque, si eres un matón sin experiencia, ¿qué haces, te quedas vigilando a ver si alguien ronda en la oscuridad, o te pones a mirar a esas preciosidades en tanga? El caso es que alguien decidió subir a la cubierta de estribor para darse un baño. Justo dónde nosotros nos escondíamos. De pronto se encendieron los focos, seguramente porque esos tipos querían ver a las chicas bañándose. En fin, que se encendieron. Todo se iluminó. No había sitio donde esconderse... Lo único que podíamos hacer era saltar. Bobby me agarró y me tiró por la borda — admitió Rio. Al parecer, no se había movido lo bastante rápido —. No vi lo que ocurrió después, pero, según Wes, Bobby se puso delante de él para protegerlo de las balas que empezaban a silbar por todos lados, y los dos se arrojaron al agua. Pero a Bobby le dieron. Una bala en el hombro y otra en la parte superior del muslo. Fue el único que resultó herido, pero nos tiró a Wes y a mí al agua. Nos salvó la vida.

Luego empezaron a sonar las sirenas. Bobby las oyó aunque estaba bajo el agua, y también oyó los disparos de las armas de asalto de los guardias, y los gritos de las mujeres.

—Entonces, el *Chocolate Suizo* se puso en marcha —dijo Rio, y sonrió—. Directo hacia Miami.

Salieron a la superficie para mirar, y Bobby se rio a carcajadas. Rio y Wes ni siquiera se dieron cuenta de que estaba herido hasta que habló de aquella manera suya tan natural.

—Será mejor que volvamos al barco cuanto antes —había dicho Bobby con tranquilidad—. Soy cebo para los tiburones.

—El jefe sangraba mucho —les dijo Rio a sus amigos—. Sus heridas eran más graves de lo que él mismo creía —y el agua no estaba lo bastante fría para detener la hemorragia—. Le hicimos un torniquete en la pierna lo mejor que pudimos, allí mismo, en el agua. Lucky y Spaceman se adelantaron a toda prisa para acercar la lancha hasta nosotros.

Bobby Taylor tenía muchos dolores, pero había seguido nadando, lenta y rítmicamente, a través de la oscuridad. Al parecer, temía que, si se paraba, si dejaba que Wes lo arrastrara hasta la pequeña lancha motora, se desmayaría. Y no quería que eso ocurriera. Los tiburones eran una auténtica amenaza en aquellas aguas, y si se quedaba inconsciente, habría puesto en peligro a Wes y a Rio.

—Wes y yo íbamos nadando a su lado. Wes no paraba de hablar. La verdad es que no sé cómo podía hablar sin tragar agua. No dejaba de echarle la bronca a Bobby por hacerse el héroe, y se burlaba de él por haber dejado que le pegaran un tiro en el trasero... Lo pinchaba para que se mantuviera alerta. No paró de hablar hasta que por fin Bobby empezó a nadar más despacio y nos dijo que no lo conseguiría, que necesitaba ayuda. Entonces, Wes lo agarró y concentró toda su energía en volver a la lancha en un tiempo récord.

Rio se reclinó en su asiento y añadió:

—Cuando finalmente llegamos a la lancha, Lucky ya había pedido ayuda por radio. Poco después llegó un helicóptero y se llevó a Bobby al hospital. Se pondrá bien —les dijo otra vez a Thomas y a Mike. Ya se lo había dicho antes de sentarse a desayunar—. La herida de la pierna no es tan grave como parecía, y la bala del hombro no le tocó el hueso. Estará de baja unas cuantas semanas, tal vez un mes, pero luego... —Rio sonrió—. El jefe Bobby Taylor volverá. Podéis contar con ello.

Capítulo I

Bobby Taylor estaba en un apuro. En un verdadero apuro.

– Tienes que ayudarme, hombre – dijo Wes –. Está decidida a irse. Me colgó el teléfono y no contestó cuando volví a llamarla, y yo me voy dentro de veinte minutos. Lo único que podía hacer era mandarle un e-mail... Aunque no creo que sirva de nada.

Wes se refería a Colleen Mary Skelly, su hermana pequeña. No es que fuera pequeña. Es que era su hermana menor. Porque Colleen ya no era pequeña. Hacía mucho tiempo que no lo era.

Cosa que Wes no parecía capaz de asumir.

– Si la llamo yo – dijo Bobby –, a mí también me colgará.

– No quiero que la llames – Wes se colgó del hombro su mochila –. Quiero que vayas allí.

Bobby se echó a reír. Pero no en voz alta. Jamás se le ocurría reírse de su mejor amigo en su cara cuando se trataba de su hermanita. Pero por dentro se partía de risa.

Por fuera lo único que hizo me alzar una ceja.

– A Boston – no era realmente una pregunta.

Wes Skelly sabía que esa vez le estaba pidiendo demasiado, pero se encogió de hombros y miró a Bobby fijamente a los ojos.

– Sí.

El problema era que Wes no sabía exactamente lo que le estaba pidiendo.

– Quieres que vaya a Boston – Bobby no quería contrariar a Wes, pero necesitaba que su mejor amigo comprendiera lo absurdo que sonaba todo aquello –, porque Colleen y tú habéis discutido otra vez – tampoco esta vez lo dijo en tono de pregunta. Se limitó a enunciarlo sin más.

– No, Bobby – dijo Wes con impaciencia –. No lo pillas. Ahora se ha metido en una de esas organizaciones humanitarias y ella y sus amiguitos se van a Tulgeria – lo dijo alzando la voz, como si aquello fuera increíble.

Bobby sabía que estaba furioso. Aquélla no había sido otra discusión absurda entre Wes y su hermana. Aquella vez iba en serio.

– Van a ayudar a las víctimas del terremoto – continuó Wes –. Me parece fantástico. Maravilloso, de veras. Le dije a Colleen que por mí podía convertirse en la Madre Teresa o en Florence Nightingale si quería, mientras se mantuviera alejada de Tulgeria. ¡Tulgeria, la capital mundial del terrorismo!

– Wes...

—He intentado que me den unos días de permiso —dijo Wes—. Acabo de estar en el despacho del capitán, pero contigo y con H. de baja, me necesitan aquí.

—De acuerdo —dijo Bobby—. Tomaré el próximo vuelo a Boston.

Wes estaba dispuesto a abandonar la misión que le había sido asignada al Escuadrón Alfa para irse a Boston. Eso significaba que Colleen no estaba simplemente pinchando a su hermano. Significaba que estaba decidida a marcharse. Que realmente planeaba viajar a una parte del mundo en la que el propio Bobby no se sentiría a salvo. Y eso que él no era precisamente una preciosa estudiante de Derecho pelirroja, generosamente dotada y de larguísimas piernas. Además de bocazas, temperamental y terca como una mula. No por nada su apellido era Skelly.

Bobby masculló una maldición. Si Colleen estaba decidida a marcharse, no iba a resultarle fácil convencerla de lo contrario.

—Gracias, de verdad —dijo Wes, como si Bobby hubiera conseguido ya hacer desistir a Colleen de su viaje—. Mira, ahora tengo que irme corriendo. Literalmente.

Wes le debía una a Bobby por hacerle ese favor. Pero ya lo sabía. Bobby no se molestó en decírselo en voz alta.

Wes estaba ya en la puerta cuando se dio la vuelta.

—Eh, ya que vas a ir a Boston... —ah, ahí estaba. Colleen probablemente tenía un nuevo novio y... Bobby empezó a sacudir la cabeza—. Échale un vistazo a ese abogado con el que creo que sale, ¿de acuerdo?

—No —dijo Bobby.

Pero Wes ya se había ido.

Colleen Skelly estaba en un apuro. En un verdadero apuro.

No era justo. El cielo estaba demasiado azul para que ocurriera aquello. El aire de junio difundía la dulzura del verano de Nueva Inglaterra.

Los hombres que tenía enfrente, en cambio, no aportaban ni un ápice de dulzura al día. Ni a Nueva Inglaterra tampoco.

Colleen no les sonrió. Otras veces había intentando sonreír y no le había servido de nada.

—Miren —dijo, intentando parecer razonable y tranquila en la medida de lo posible, teniendo en cuenta que se enfrentaba a seis hombres inmensos. Diez pares de ojos jóvenes la observaban, así que trató de mantener la calma—. Soy consciente de que no les gusta...

—Lo que nos guste o nos deje de gustar no tiene nada que ver con esto —la interrumpió John Morrison, el cabecilla del grupo—. No la queremos aquí —miró a los chicos, que habían dejado de lavar el coche de la señora O'Brien y observaban la conversación con los ojos muy abiertos—. Tú, Sean Sullivan, ¿sabe tu padre que estás aquí con ella? ¿Con esta hippie?

—Continuad con lo que estabais haciendo, chicos —les dijo Colleen, dirigiéndoles una sonrisa—. La señora O'Brien no tiene todo el día. Recordad que tenemos un compromiso. Este equipo de lavado de coches debe hacer un buen trabajo. No os distraigáis.

Se volvió hacia John Morrison y su banda. Eran, en efecto, una banda, a pesar de que todos sus miembros tenían treinta y tantos o cuarenta años y de que su jefe era un respetable empresario local. Bueno, pensándolo bien, calificar de «respetable» a John Morrison tal vez fuera demasiada generosidad.

—Sí, el señor Sullivan sabe dónde está su hijo —les dijo tranquilamente—. La Asociación Juvenil de la Parroquia de Saint Margaret está ayudando a recaudar dinero para el fondo de ayuda a las víctimas del terremoto de Tulgeria. Todo el dinero que ganen por lavar este coche servirá para ayudar a personas que han perdido sus hogares y casi todas sus posesiones. No entiendo por qué les molesta tanto.

Morrison la miró con cara de pocos amigos.

—¿Por qué no vuelve por donde ha venido? —le dijo ásperamente—. Lárguese de nuestro barrio, llévese sus malditas ideas liberales y métaselas por donde...

Nadie iba a utilizar ese lenguaje delante de sus chicos.

—Fuera —dijo Colleen—. Fuera de aquí. ¡Debería darles vergüenza! Salgan de esta propiedad antes de que les lave la boca con jabón.

Pero aquello fue una gran error. Había empleado un tono violento: algo que debía evitar cuidadosamente tratándose de aquel grupo. Sí, Colleen medía casi un metro ochenta y era fuerte, pero no era un miembro de un cuerpo especial de la Marina como su hermano o como el mejor amigo de este, Bobby Taylor. A diferencia de ellos, Colleen no podía vérselas con aquellos seis tipos a la vez, si llegaba el caso.

Y lo peor de todo era que a muchos hombres de aquel vecindario no les causaba ningún problema pegar a una mujer, fuera cual fuera su tamaño. Y Colleen sospechaba que Morrison era uno de esos hombres.

Le pareció ver en los ojos de éste las ganas apenas reprimidas de abofetearla.

Por lo común, Colleen no soportaba que su hermano se metiera en su vida. Pero en ese momento se sorprendió deseando que Bobby y él estuvieran allí, a su lado.

Colleen llevaba muchos años defendiendo su independencia, pero aquélla no era una situación como para desear desenvolverse por sus propios medios.

Deseó tener en las manos un medio de defensa más eficaz que una esponja de tamaño gigante. Pero enseguida se alegró de no tenerlo. Ello sólo hubiera empeorado las cosas.

Allí había chicos muy jóvenes, y lo único que le faltaba era que Sean, Harry o Melissa salieran en su defensa. Y lo harían. Aquellos jovencitos podían ser muy valientes.

Y ella también, pensándolo bien. No permitiría que les hicieran daño a sus chicos. Haría lo que tuviera que hacer, aunque fuera hacer las paces con aquellos canallas.

—Siento mucho haber perdido los nervios. Shantel —llamó a una de las chicas, sin quitarles ojo a Morrison y a sus compinches—. Ve dentro y mira si el padre Timothy puede traernos más limonada de la de antes. Dile que saque seis vasos más para el señor Morrison y sus amigos. Creo que nos vendría bien refrescarnos un poco.

Tal vez eso funcionaría. Vencerlos a base de amabilidad. Ahogarlos con limonada.

La chica de doce años corrió a toda prisa hacia la puerta de la iglesia.

—¿Qué les parece, amigos? —Colleen se forzó a sonreír a los hombres—. ¿Un poco de limonada?

Morrison no cambió de expresión. Colleen comprendió lo que iba a ocurrir: Morrison le diría que no quería su limonada y que se atreviera a lavarle la boca con jabón. Luego, insinuaría ridículamente que Colleen era lesbiana y se ofrecería a «curarla» en quince inolvidables minutos en el callejón más cercano. Y sólo porque Colleen trabajaba gratuitamente para el Centro de Educación e Información sobre el Sida, que intentaba establecerse en aquel rincón de la ciudad, tan obtuso y necesitado de ayuda.

Resultaría casi divertido si no fuera por el hecho de que Morrison estaba mortalmente serio. Y porque ya la había amenazado otras veces.

Pero, para sorpresa de Colleen, John Morrison no dijo ni una palabra más. Se quedó mirando con desdén al grupo de chicos de once y doce años que había tras ella, hizo una mueca y masculló una palabrota. Era asombroso. Él y sus muchachos se alejaron como si nada.

Colleen se quedó mirándolos y se rió suavemente, con incredulidad.

Lo había conseguido. Les había plantado cara, y Morrison se había desinflado sin que interviniera la policía ni el predicador de la parroquia. A pesar de que pesaba más de cien kilos, el padre Timothy estaba enfermo del corazón. A duras penas habría servido de algo en una pelea.

¿Sería posible que Morrison y sus secuaces por fin la hubieran escuchado? ¿Habrían empezado a comprender que no se iba a dejar intimidar por sus repugnantes amenazas?

Colleen notó que los niños se habían quedado muy silenciosos y se dio la vuelta.

—De acuerdo, chicos, volvamos al...

A Colleen se le cayó la esponja.

Bobby Taylor. Era Bobby Taylor. De algún modo, por alguna razón, el mejor amigo de su hermano se había materializado allí mismo, en el aparcamiento de la iglesia de Saint Margaret, como si el ferviente deseo de Colleen se hubiera hecho realidad.

Ataviado con camisa hawaiana y pantalones cortos, Bobby estaba allí plantado en pose de superhéroe, con las piernas abiertas y los enormes brazos cruzados sobre el pecho, y miraba con dureza y el semblante pétreo en la dirección por la que se habían marchado John Morrison y su banda. Llevaba puesta una versión de su «cara de guerra».

Wes y él habían sacado de quicio a Colleen más de una vez ensayando frente al espejo del cuarto de baño sus «caras de guerra» durante sus muy raras visitas a casa. Hasta ese momento, ella siempre había pensado que aquello era una solemne estupidez. Porque, ¿qué importaba la expresión de sus caras cuando se lanzaban a luchar? Pero, en ese instante, comprendió que la mirada torva del hermoso rostro de Bobby resultaba muy efectiva. Con aquel semblante, Bobby parecía duro, implacable y hasta mezquino.

Pero entonces la miró y sonrió, y el calor volvió a sus ojos oscuros.

Bobby tenía los ojos más bonitos del mundo.

–Hola, Colleen – dijo con voz tranquila y alegre –. ¿Qué tal?

Le tendió los brazos, y al instante ella salió corriendo y lo abrazó. Olía ligeramente a tabaco y café. Era enorme, cálido y sólido. Uno de los pocos hombres del mundo que podían hacerla sentirse pequeña.

Y, aunque Colleen se alegraba de verlo, habría deseado mucho más. Por ejemplo, que apareciera con un boleto de lotería premiado en el bolsillo, o, mejor aún, con un anillo de diamantes y la promesa de su amor imperecedero.

Sí, llevaba casi diez años loca por él. Una vez más, deseó que la tomara en sus brazos y la besara apasionadamente, en vez de darle un inocente beso en la coronilla antes de soltarla.

Durante los años anteriores, Colleen había creído ver afecto en sus ojos cuando la miraba. Y una o dos veces habría jurado que en realidad lo que había visto era deseo. Pero sólo cuando Wes no estaba mirando. Bobby se sentía atraído por ella. O al menos eso deseaba Colleen. Pero, aunque así fuera, él jamás haría nada al respecto. Por lo menos, mientras Wes vigilara cada uno de sus movimientos.

Colleen lo abrazó con fuerza. Cada vez que lo veía solo tenía dos oportunidades de estar tan cerca de él: cuando se encontraban y cuando se despedían, y ella siempre procuraba aprovecharlas.

Pero, esta vez, Bobby dio un respingo.

–Cuidado – Colleen se echó hacia atrás y lo miró levantando la cabeza. Bobby era muy alto –. Estoy un poco dolorido –le dijo él, soltándola completamente y retrocediendo –. Me he hecho daño en el hombro y en una pierna. Nada grave.

–Lo siento.

Él se encogió de hombros.

–No importa. Sólo estoy recuperando fuerzas para volver con mayor ímpetu.

–¿Qué te pasó? ¿O no puedes contármelo?

Él sacudió la cabeza, sonriendo a modo de disculpa. Era un hombre guapísimo. Y esa sonrisa suya... ¿Qué aspecto tendría con el pelo suelto en vez de recogido en una trenza? Aunque ese día no llevaba trenza, sino una sencilla coleta.

Cada vez que lo veía, Colleen esperaba que se hubiera cortado el pelo. Y, sin embargo, cada vez lo tenía más largo.

La primera vez que se habían visto, cuando Wes y él estaban en la academia, Bobby llevaba el pelo cortado al uno. Colleen señaló con la mano hacia los chicos, que todavía los estaban mirando.

– Vamos, chicos, seguid con vuestro trabajo.

– ¿Estás bien? – Bobby se acercó a ella un paso para no mojarse con el agua de la manguera –. ¿Qué les pasaba a esos tipos?

– Se han ido por ti – dijo ella, comprendiendo de repente. Y aunque minutos antes había deseado desesperadamente que Bobby y su hermano estuvieran allí, sintió una punzada de rabia y frustración. ¡Maldición! Deseaba haber sido ella la causa de la retirada de Morrison. No podía andar por ahí con un comando pegado a sus faldas cada minuto del día, por más que quisiera.

– ¿Qué pasaba, Colleen? – insistió Bobby.

– Nada – dijo ella suavemente.

Él asintió con la cabeza.

– No es ésa la impresión que tengo.

– No pasa nada por lo que tengas que preocuparte – respondió ella –. Estoy trabajando para el Centro de Educación sobre el Sida, y hay gente a la que no le hace mucha gracia. Sólo pasaba eso. ¿Dónde está Wes, aparcando el coche?

– En realidad, está...

– Sé por qué habéis venido. Intentáis convencerme para que no vaya a Tulgeria. Supongo que Wes habrá venido a prohibírmelo. ¡Ja! Como si pudiera – recogió su esponja y la metió en un cubo –. No voy a escucharos a ninguno de los dos, así que podéis ahorraros la saliva, dar media vuelta y volveros a California. Ya no tengo quince años, por si no lo has notado.

– Sí, yo sí lo he notado – dijo Bobby, y sonrió –. Pero a Wes le está costando un poco más.

– ¿Sabes?, tengo el cuarto de estar lleno de cajas – dijo Colleen –. Donaciones de alimentos y ropa. No tengo sitio para vosotros. Bueno, podéis tirar unos sacos de dormir en el suelo de mi habitación, pero te juro por Dios que, si Wes ronca, os echo a los dos a la calle a patadas.

– No – dijo Bobby –, no te preocupes. He reservado una habitación en un hotel. Esta semana estoy más o menos de vacaciones, así que...

– ¿Dónde está Wes? – preguntó Colleen, haciéndose sombra con la mano sobre los ojos para mirar la calle llena de coches –. ¿Ha ido a Kuwait a aparcar el coche?

– En realidad – Bobby se aclaró la garganta –, sí – Colleen lo miró fijamente –. Wes está fuera, en una misión – añadió él –. No en Kuwait, pero...

– Y te ha pedido a ti que vengas a Boston por él – comprendió ella –. Te ha pedido que hagas de hermano mayor y me convenzas de que no vaya a Tulgeria, ¿no? No puedo creerlo. ¿Y tú has aceptado? ¡Serás cerdo!

– Vamos, Colleen. Wes es mi mejor amigo. Está preocupado por ti.

– ¿Y crees que yo no me preocupo por él? ¿Ni por ti? – respondió ella, furiosa—. ¿Pero voy yo a California a intentar convenceros de que no arriesguéis vuestras vidas? ¿Os he dicho alguna vez que dejéis el cuerpo? ¡No! Porque os respeto. Y respeto vuestras decisiones.

El padre Timothy y Shantel salieron de la cocina de la iglesia con grandes jarras de limonada y una pila de vasos de plástico.

– ¿Va todo bien? – preguntó el padre Timothy, mirando a Bobby con aprensión.

Bobby le tendió la mano.

– Soy Bobby Taylor, un amigo de Colleen – se presentó.

– Un amigo de mi hermano Wes – lo corrigió ella, mientras los dos hombres se daban la mano—. Ha venido hasta aquí para hacer de hermano mayor. Padre, tápese las orejas. Voy a ser extremadamente maleducada con él.

Timothy se echó a reír.

– Veré si los chicos quieren limonada.

– Vete – le dijo Colleen a Bobby—. Vuelve a casa. No necesito otro hermano mayor. Ya tengo bastante con uno.

Bobby sacudió la cabeza.

– Wes me pidió que...

– Supongo que también te habrá pedido que husmees en los cajones de mi cómoda – dijo ella, bajando la voz—. Aunque no sé qué vas a decirle cuando descubras mi colección de esposas y látigos y mi ropa interior de cuero.

Bobby la miró con una expresión ilegible en el semblante.

Y, al sostenerle la mirada, Colleen se sintió, un instante perdida en la oscuridad sideral de sus ojos.

Bobby apartó la mirada, azorado, y de pronto ella comprendió que su hermano no estaba allí.

Wes no estaba allí.

Bobby estaba en la ciudad sin Wes. Y, sin Wes, si Colleen jugaba bien sus cartas, las normas del juego al que habían estado jugando durante los últimos diez años podían cambiar por completo.

Radicalmente.

«Oh, Dios mío».

– Mira – se aclaró la garganta—. Ya que estás aquí... no quiero estropear las vacaciones. ¿Cuándo tienes el vuelo de regreso?

Él sonrió de mala gana.

– Imaginaba que me costaría una semana entera convencerte de que no te fueras, así que...

Iba a quedarse una semana entera. Gracias, Señor.

– No vas a convencerme de nada, pero puedes aferrarte a esa idea, si eso te ayuda – dijo ella.

– Lo haré – dijo riendo Bobby –. Me alegro de verte, Colleen.

– Yo también a ti. Mira, como sólo has venido tú, creo que seguramente habrá sitio en mi apartamento para...

Él se volvió a reír.

– Gracias, pero no creo que sea una buena idea.

– ¿Para qué vas a gastarte un dineral en un hotel? – preguntó ella –. Al fin y al cabo, tú eres prácticamente mi hermano.

– No – dijo Bobby con énfasis –, no lo soy.

Había algo en su tono que hizo hervir la sangre de Colleen. Entonces lo miró como nunca antes se había atrevido a hacerlo. Dejó que su mirada vagara por el pecho de Bobby, deteniéndose en el contorno de sus músculos, admirando su cintura y sus caderas esbeltas. Miró sus piernas largas y luego volvió a subir la mirada. Se detuvo un instante en su hermosa boca, en sus labios carnosos y bien formados, antes de volver a mirarlo a los ojos.

Él parecía avergonzado.

Colleen le lanzó una sonrisa decididamente poco fraternal.

– Me alegro de que hayamos dejado eso claro. Ya era hora, ¿no te parece?

Él se echó a reír, nervioso.

– Hum...

– Agarra una esponja – le dijo ella –. Tenemos que lavar un coche.

Capítulo II

Wes lo mataría si se enteraba.

Si llegara a saber la mitad de las cosas que se le pasaban por la cabeza acerca de su hermana Colleen, sería hombre muerto.

Que Dios se apiadara de su alma: aquella mujer era un volcán. Y también era divertida e inteligente. Lo bastante inteligente como para encontrar el modo de desquitarse con él por presentarse allí en nombre de su hermano.

Si hubiera tenido intención de ir a cualquier otro lugar que no fuera Tulgeria, Bobby se habría dado media vuelta. Se habría ido al aeropuerto y habría tomado el siguiente avión hacia California.

Porque Colleen tenía razón. Ni Wes ni él tenían derecho a decirle qué debía o no debía hacer. Ella tenía veintitrés años: edad más que suficiente para tomar sus propias decisiones. Si no fuera porque ellos habían estado en Tulgeria, y ella no. Sin duda, Colleen habría oído contar historias acerca de las facciones terroristas enfrentadas que asolaban las misérrimas zonas rurales de aquel país. Pero no habría escuchado las historias que ellos, Bobby y Wes, tenían que contar. No sabía lo que ellos habían visto con sus propios ojos.

Aún no, al menos.

Pero lo sabría antes de que acabara la semana.

Y él tendría la ocasión de averiguar qué le había sucedido a ella con aquellos tipos que parecían formar parte del grupo local del Ku Klux Klan.

Al parecer, los problemas perseguían a Colleen Skelly, como a su hermano. Y sin duda, al igual que sucedía con Wes, cuando no la perseguían ella iba en su busca.

En ese momento, Bobby necesitaba desesperadamente recomponerse. Debía ir a su hotel y darse una ducha de agua fría. Debía encerrarse en su habitación y mantenerse muy, muy lejos de Colleen.

De algún modo se había delatado. De algún modo, Colleen había descubierto que no era precisamente amor fraternal lo que sentía al mirarla.

Oía su risa, fuerte y profunda, desde el otro lado del aparcamiento, donde estaba hablando con una mujer que había ido a buscar en coche a los últimos chicos.

El sol del atardecer hacía brillar su pelo. Después de acabar el trabajo, se había puesto un vestido de verano y se había quitado la cola de caballo, y su melena pendía en ondas rojizas alrededor de su cara. Era casi insoportablemente bella.

Aunque a mucha gente no se lo parecía. Considerados uno a uno, los rasgos de su cara estaban muy lejos de ser perfectos. Su boca era demasiado grande, sus mofletes demasiado llenos, su nariz excesivamente pequeña, su cara demasiado redonda, su piel pecosa y blanca.

Pero, puestos todos juntos, el efecto era extraordinario.

Y sus ojos eran increíblemente bonitos: a veces azules, a veces verdes, y siempre llenos de luz y de vida. Cuando sonreía, cosa que hacía casi todo el tiempo, sus ojos centelleaban. Estar con ella era como estar en medio de una fiesta continua.

Y en cuanto a su cuerpo... ¡Uf!

Colleen no era una de esas chicas anoréxicas y huesudas que llenaban las revistas y salían en la televisión y que parecían niños de doce años mal nutridos. No, Colleen Skelly era una mujer con mayúsculas. Era de esas mujeres a las que uno podía abrazarse. Tenía caderas y pechos y... Y si seguía pensando así, Bobby se iría directamente al infierno.

Si Wes se enteraba de que no dejaba de pensar en los pechos de su hermana, sería el fin para él.

Pero en ese momento Wes, que estaba a más de cuatro mil kilómetros de distancia, no era el principal problema de Bobby.

No. Su problema era que, de alguna manera, Colleen se había dado cuenta de que pasaba demasiado tiempo pensando en sus pechos. Se había dado cuenta de que la deseaba locamente.

Y Wes no estaba allí para salvarlo. Ni para darle un puñetazo y hacerle entrar en razón.

Naturalmente, era posible que ella sólo quisiera jugar con él, confundirlo un poco.

Al fin y al cabo, estaba saliendo con un abogado. ¿No era eso lo que había dicho Wes? ¿Y no era esa una forma amable de decir que dormían juntos? Maldito suertudo hijo de perra.

Colleen levantó la mirada y lo sorprendió mirándole el trasero.

Bobby había sabido desde el principio que aquello era un error. Debería habérselo dicho a Wes en cuanto el ruego había salido de sus labios. «No me mandes a Boston, hombre. Tu hermana me pone a cien. Puede que la tentación sea más fuerte que yo, y entonces me matarás».

—Tengo que irme —oyó que decía Colleen a la mujer del coche—. He de hacer un millón de cosas antes de salir de viaje —saludó con la mano a los chicos—. Gracias otra vez, chicos. Habéis hecho un trabajo estupendo. Seguramente no os veré hasta que vuelva, así que... —se oyeron gritos procedentes del asiento de atrás, y Colleen se echó a reír—. Claro que sí —dijo—. Les daré vuestras cartas a Analena y a los otros niños. Y me llevaré la cámara y haré fotos, os lo prometo.

Saludó con la mano mientras el coche se alejaba, y luego echó a andar hacia Bobby. Mientras se acercaba mirándolo con fijeza, había una sonrisa juguetona en su cara. Bobby conocía las maliciosas sonrisas de los Skelly, y le costó gran esfuerzo no salir huyendo al ver aquélla.

—Tengo que hacer un recado, pero después podemos cenar juntos. ¿Tienes hambre? —preguntó ella.

No, estaba aterrorizado. Retrocedió un poco, pero Colleen dio un paso adelante y se detuvo muy cerca de él. Lo bastante cerca como para abrazarlo. O besarlo.

Pero Bobby no podía besarla. «Ni se te ocurra», se ordenó a sí mismo, aunque hacía años que deseaba besarla.

— Conozco un restaurante chino buenísimo — continuó ella, mirándolo con los ojos brillantes —. La comida es fantástica y el ambiente también. Muy oscuro, fresco y misterioso.

Oh, no. No, no, no. «Ambientarse» era lo último que necesitaba Bobby. Ya le resultaba bastante difícil estar allí con ella, en medio del asfalto recalentado por el sol y a plena luz del día. Tenía que mantener los puños cerrados para no tocarla. De ninguna manera iba a meterse con Colleen Skelly en un sitio oscuro, fresco y misterioso.

Ella extendió una mano para quitarle algo de la manga y Bobby dio un respingo y se puso muy tieso.

Colleen se echó a reír.

— ¡Vaya! ¿Qué te pasa?

«Que quiero meterme contigo debajo de tu colcha de colores, desnudarte con los dientes y perderme en tu risa, en tus ojos y en el dulce calor de tu cuerpo. No necesariamente en ese orden».

Bobby se encogió de hombros y compuso una sonrisa.

— Lo siento.

— Bueno, entonces, ¿qué? ¿Quieres ir a un chino?

— Oh — dijo él, retrocediendo un poco y dándose la vuelta para recoger su macuto y colgárselo del hombro. Necesitaba algo en que ocupar las manos —. No lo sé. Creo que debería intentar encontrar mi hotel. Es el Sheraton. Creo que está por Harvard Square.

— ¿Seguro que no puedo convencerte para que pases la noche conmigo?

Quizá ella no supiera lo seductora que estaba al hacerle aquella pregunta.

O quizá sí lo supiera. Al fin y al cabo, era una Skelly.

Bobby se echó a reír. O eso, o ponerse a llorar.

— ¿Por qué no comemos juntos mañana?

Una comida estaría bien. Era una opción segura, formal y a plena luz.

— Hum. Mañana estaré trabajando. No tendré tiempo de ir a comer — dijo ella —. Me pasaré todo el día conduciendo la camioneta, recogiendo las donaciones para Tulgeria. Pero me encantaría desayunar contigo — añadió bajando la voz y sonriendo ligeramente.

Bobby podía imaginársela a la hora del desayuno: en la cama todavía, con el pelo revuelto, una sonrisa soñolienta y sus pechos suaves y grandes insinuándose bajo la tela casi transparente de aquel inocente camisón que Bobby había visto una vez colgado en su cuarto de baño. Colleen parecía pedir a gritos que la besara. A menos

que Bobby estuviera completamente equivocado, cada uno de sus gestos y palabras parecían decirle que tenía luz verde.

Cielo santo, ¿por qué tenía que ser precisamente ella la hermanita pequeña de Wes Skelly?

Había mucho tráfico en la avenida Back Bay, en dirección a Cambridge.

Pero, por una vez, a Colleen no le importó. Aquélla tal vez sería la última vez que haría aquel trayecto. Sin duda, era la última vez que lo hacía en aquel coche.

Se negaba a sentir remordimientos. Se negaba incluso a admitir la punzada de pena que le hacía un nudo en la garganta cada vez que pensaba en firmar el contrato de venta. Ese año había trabajado demasiado sin cobrar nada, y la única forma de arreglar su situación económica era vender su coche. Era una lástima, pero tenía que hacerlo.

Al menos aquel último viaje sería memorable.

Miró a Bobby Taylor, quien, sentado a su lado, parecía el accesorio perfecto para un Ford Mustang de 1969 de color rojo carmín, con su pelo largo, sus facciones exóticas y sus ojos oscuros como el chocolate.

Sí, por eso no le importaba el tráfico. Por primera vez desde que recordaba, tenía a Bobby Taylor a solas en su coche, y cuanto más tardaran en llegar a Harvard Square, tanto mejor. Colleen necesitaba todo el tiempo que fuera posible para hallar un modo de que Bobby no saliera del coche una vez llegaran a su hotel.

Hasta ese momento había sido bastante directa, pero se preguntaba si tendría que serlo aún más. Se rió en voz alta al imaginarse a sí misma tumbada encima de la mesa, con las piernas abiertas y preguntándole con el lenguaje más soez que conocía si iba a poseerla por fin.

— Bueno, ¿qué vas a hacer esta noche? — preguntó Colleen. Él la miró con cautela, como si de alguna manera le hubiera leído el pensamiento y supiera qué pretendía ella—. Tienes el pelo muy largo — añadió Colleen, sin darle tiempo a contestar—. ¿Nunca lo llevas suelto?

— Casi nunca — dijo él.

«Dilo. Vamos, dilo».

— ¿Ni siquiera en la cama?

Él titubeó un instante.

— No. Suelo dormir con la trenza o con una coleta. Si no, me cuesta mucho desenredármelo por las mañanas.

Pero ella no se refería a si lo llevaba suelto mientras dormía. Colleen comprendió por la forma en que él evitaba mirarla que la había entendido perfectamente.

– Por tu pelo, imagino que sigues trabajando de secreta, ¿no? – preguntó ella –. Uy, perdona. No me contestes – entornó los ojos –. Aunque no ibas a hacerlo, claro.

Bobby se echó a reír. Tenía una risa fantástica: un timbre bajo y acariciador, siempre acompañado de una sonrisa preciosa y de atractivas arrugas en torno a los ojos.

– Supongo que no importa que te diga que sí – dijo –. Y, sí, tienes razón, está claro que por eso puedo llevar el pelo largo.

– ¿Y Wes está de maniobras o en una operación de verdad? – preguntó ella.

– Ni yo mismo lo sé – admitió él –. De veras – añadió al ver que ella le lanzaba una mirada escéptica.

El semáforo estaba en rojo. Colleen se mordió el labio, frenó hasta detenerse y se quedó mirando las luces traseras de los coches que tenían delante.

– Me preocupa que esté por ahí sin ti.

Cuando volvió a mirarlo, Bobby la estaba observando fijamente, y le mantuvo la mirada por primera vez desde que se habían subido en el coche.

– Tu hermano es muy bueno en lo suyo, Colleen – le dijo suavemente. A ella le encantaba cómo decía su nombre.

– Lo sé. Es sólo que... Bueno, estoy más tranquila cuando tú estás con él – forzó una sonrisa –. Y también estoy más tranquila cuando él está contigo.

Bobby se quedó mirándola a los ojos, sin sonreír. Pero no. Cuando la miraba así, no sólo miraba sus ojos: miraba su mente, su alma. Colleen contuvo el aliento, hipnotizada, rezando porque le gustara lo que veía; deseando que la besara.

El coche que tenían detrás hizo sonar el claxon, y Colleen se dio cuenta de que el semáforo había cambiado. Los coches de delante se habían puesto en marcha. Azorada, Colleen luchó un momento con la palanca de cambios, y de pronto temió estar haciendo el ridículo.

En uno de sus últimos e-mails, Wes le había dicho que Bobby había puesto fin a su relación intermitente con una mujer de Arizona, o Nuevo México, o de algún sitio igualmente inverosímil, teniendo en cuenta que se pasaba la vida en el mar.

Claro que aquel e-mail de su hermano le había llegado hacía casi dos meses. En ese tiempo podían haber ocurrido muchas cosas. Bobby podía estar saliendo con otra mujer. O podía haber vuelto con aquella como se llamara. Kyra algo.

– Wes me contó que Kyra y tú lo habíais dejado – no tenía sentido quedarse con la duda. Así que, ¿para qué andarse con rodeos? Estaba harta de hacer suposiciones. ¿Tenía alguna oportunidad, o no la tenía? Necesitaba saberlo.

– Hum – dijo Bobby –. Sí, bueno... Ella, esto, encontró a alguien que no se pasaba la vida fuera. Va a casarse en octubre.

– Oh, vaya – Colleen hizo una mueca –. Lo siento.

Bobby sonrió.

—Sí. Creo que me llamó para decírmelo porque esperaba que le hiciera una contraoferta, pero no pude hacerlo. Nos lo pasábamos muy bien, pero... —sacudió la cabeza—. No iba a dejar el Cuerpo por ella, ¿sabes?, y eso era lo que ella quería —se quedó callado un momento—. De todas formas, ella se merecía mucho más de lo que yo podía darle.

—Y tú no te mereces que nadie te pida que cambies tu vida entera —replicó Colleen. Él pareció sorprendido un momento, como si nunca lo hubiera considerado de esa manera, como si siempre se hubiera considerado el malo de la película.

Kyra Comosellame era una idiota.

—¿Y tú? —preguntó él—. Wes me dijo que estabas saliendo con un abogado.

—No —contestó ella, intentando mantener un tono ligero—. Qué va. No sé de dónde se ha... Ah, ya sé por qué te ha dicho eso. Le dije que me iba a Connecticut con Charlie Johannsen y debió pensar que... —se echó a reír—. Charlie sale desde hace mucho tiempo con un actor.

—Ah —dijo Bobby—, Wes se alegrará de saberlo.

—Wes nunca quiere que me divierta —dijo ella—. ¿Y tú? ¿Sales con alguien?

—No. Ni Wes tampoco.

De acuerdo. Hablarían de Wes. Al fin y al cabo, ella ya tenía la información que necesitaba.

—¿Todavía va detrás de esa...? ¿Cómo se llamaba? ¿Laura?

Bobby sacudió la cabeza.

—Eso tendrás que preguntárselo a él.

Sí, como que Wes iba a contárselo a ella.

—Lana —recordó Colleen—. Una vez me escribió un e-mail muy largo hablándome de ella. Creo que estaba borracho cuando lo escribió.

—Seguro que sí —Bobby sacudió la cabeza—. Colleen, cuando hables con él, será mejor que no le menciones el nombre de Lana.

—Oh, Dios mío, ¿no se habrá muerto?

—No. ¿Te importa que hablemos de otra cosa?

—En absoluto.

Silencio.

Colleen se quedó esperando a que él sacara un nuevo tema de conversación, pero él se quedó mirando distraídamente el río a través de la ventana.

—¿Quieres que vayamos al cine luego? —preguntó ella finalmente—. O podríamos alquilar una película de vídeo. Tengo una cita a la seis y media con un tipo que quiere comprarme el coche. Si todo va bien, a las siete y media estaré libre.

Aquello captó la atención de Bobby.

—¿Vas a vender el coche? ¿Este coche?

Entre los quince y los diecisiete años, Colleen sólo sabía hablar de aquel Mustang. Pero sus prioridades habían cambiado. No iba a resultarle fácil venderlo, pero no permitiría que aquello le afectara.

Miró a Bobby y sonrió.

– Sí. La universidad es muy cara.

– Colleen, si necesitas un préstamo...

– Ya tengo un préstamo. O más bien tengo muchos, créeme. He pedido préstamos para pagar otros préstamos y...

– Te costó cinco años reconstruir este coche, encontrar las piezas auténticas y...

– Y ahora alguien me va a pagar un buen pellizco por un reluciente Mustang en muy buenas condiciones, que se conduce muy mal cuando hay nieve. Yo vivo en Cambridge, Massachussets. No necesito coche, y menos aún uno que patina sólo con que uno susurre la palabra «hielo». Mi piso está a dos minutos del tren y, francamente, tengo mejores cosas en que gastarme el dinero que en aparcamientos y gasolina.

– De acuerdo – dijo él –. De acuerdo. Tengo una idea. Yo tengo algún dinero ahorrado. Te prestaré lo que necesites, sin intereses, y nos tomaremos la semana que viene libre, llevaremos el coche a casa de tus padres en Oklahoma y lo dejarás allí guardado, en el garaje. Así, cuando dentro de unos años te licencies...

– Muy ingenioso – dijo Colleen –, pero mi itinerario de viaje pasa por Tulgeria el próximo jueves. Oklahoma no me pilla de paso.

– Piénsalo de este modo: si no vas a Tulgeria, te quedarás con el coche y tendrás un préstamo sin intereses.

Ella aprovechó otro semáforo en rojo para girarse y mirarlo.

– ¿Intentas sobornarme?

Él no vaciló.

– Desde luego que sí.

Ella se echó a reír.

– Así que quieres que me quede en casa. Pues va a costarte caro. Un millón de dólares, niño. No aceptaré menos.

Él entornó los ojos.

– Colleen...

– ¿Lo tomas o lo dejas?

– En serio, Colleen, yo he estado en Tulgeria y...

– Hablo muy en serio, Billy. Y si quieres echarme un sermón sobre los peligros de ir a Tulgeria, tendrás que invitarme a cenar. Pero primero tendrás que acompañarme a vender el coche... para asegurarnos de que el comprador es un comprador de

verdad y no una especie de asesino en serie que responde a los anuncios de venta de coches del *Boston Globe*.

Él no lo dudó ni un instante.

— Por supuesto que voy a acompañarte.

— Estupendo — dijo Colleen —. Solucionaremos ese asunto, dejaremos tus cosas en el hotel y nos iremos a cenar. ¿Ése es el plan?

Bobby la miró.

— ¿Tengo elección?

Ella le sonrió alegremente.

— No.

Bobby asintió con la cabeza y volvió a mirar por la ventanilla. Murmuró algo que Colleen no comprendió muy bien, pero que se parecía mucho a: «Soy hombre muerto».

Capítulo III

Oscuro, fresco y misterioso.

A pesar de sus buenas intenciones, Bobby había acabado sentado frente a Colleen en un restaurante que era decididamente oscuro, fresco y misterioso.

La comida era buenísima. Colleen tampoco se había equivocado respecto a eso.

Aunque ella no parecía tener mucho apetito.

La cita con el comprador había ido bastante bien. El hombre había aceptado el precio del coche sin regatear.

El encuentro había tenido lugar en una gestoría perfectamente iluminada, con guardas de seguridad incluidos. Colleen supo desde el principio que no corría ningún peligro; que allí no había ningún asesino en serie, ni nada parecido.

Sin embargo, Bobby se alegró de estar presente cuando el comprador le dio a Colleen un cheque cruzado y ella, a su vez, le entregó los papeles y las llaves del Mustang.

Ella le había sonreído, y Bobby había sentido deseos de tocarla. Pero no lo había hecho. Sabía que no podía. Hasta ponerle una mano sobre el hombro le habría parecido un gesto excesivamente íntimo. Y si ella se hubiera inclinado levemente hacia él, la habría abrazado. Y, de haberlo hecho allí, en la oficina, habría vuelto a hacerlo después, cuando estuvieran solos, y no hacía falta decir que, al final, acabaría besándola. Y ello produciría la total disolución de sus defensas y de su resolución.

Todo aquello le hacía sentirse como un perfecto idiota. ¿Qué clase de amigo era para Colleen si ni siquiera podía ofrecerle el consuelo de una palmadita en el hombro? ¿Realmente era tan débil que no podía controlarse cuando se trataba de ella?

Sí.

Definitivamente, sí.

No había duda. Era un canalla.

Al salir de la gestoría, tomaron el tranvía hacia Harvard Square. Colleen no paró de hablar. Sobre la facultad de Derecho. Sobre su compañera de piso: una mujer llamada Ashley, que aunque había regresado a Scarsdale para pasar el verano trabajando en el bufete de su padre, seguía mandando todo los meses un cheque para pagar su parte del alquiler.

Bobby pasó por su hotel y le dio su bolsa y una propina al botones. No se atrevía a subir personalmente el equipaje a su habitación, teniendo en cuenta que Colleen iba siguiéndole los pasos. Después, volvieron a salir a la cálida noche de verano. El restaurante estaba a un paseo de Harvard Square. Bobby se sentó frente a Colleen, mirando su hermosa cara iluminada por la tenue luz de las velas, y pidió un refresco de cola. Se moría, por una cerveza, pero no se atrevía a pedirla. Quería mantener la cabeza despejada.

Durante un rato charlaron sobre el menú y sobre la comida en general. Después les sirvieron lo que habían pedido y Bobby se puso a comer mientras Colleen mareaba la comida que tenía en el plato.

Se había quedado muy callada, lo cual resultaba extraño tratándose de un miembro de la familia Skelly.

– ¿Estás bien? – le preguntó Bobby.

Ella levantó la vista, y Bobby vio que tenía los ojos llenos de lágrimas. Colleen sacudió la cabeza. Pero luego compuso una sonrisa.

– Me estoy comportando como una idiota – dijo antes de que la sonrisa vacilara y se desvaneciera –. Lo siento.

Se levantó precipitadamente, y habría salido corriendo hacia los servicios del fondo del restaurante si él no la hubiera agarrado de la mano. Bobby también se levantó, sin soltarla. Tardó sólo un segundo en sacarse del bolsillo dinero más que suficiente para pagar la cuenta y dejarlo sobre la mesa.

El local tenía una salida trasera. Bobby, que llevaba años entrenándose para encontrar rutas de escape, se había dado cuenta nada más entrar. Llevó a Colleen hasta la puerta y la abrió.

Tuvieron que subir unas cuantos escalones, pero al fin se encontraron fuera, en una calle lateral. Estaba a tiro de piedra de Brattle Street, pero lo bastante lejos del ambiente festivo de Harvard Square en un noche de verano como para que se sintieran aislados de la multitud.

– Lo siento – dijo Colleen otra vez, intentando secarse las lágrimas antes de que cayeran –. Soy una estúpida... Es por ese estúpido coche.

Bobby se sentía como separado de su propio cuerpo. Se veía allí, de pie, entre las sombras, junto a ella. Indefenso, presa de una sensación de fatalidad; se vio a sí mismo extender una mano hacia ella, atraerla hacia sí y rodearla con sus brazos.

Oh, Dios, qué dulce era. Colleen lo abrazó con fuerza, rodeándolo por la cintura, y enterró la cara contra su hombro, intentando no llorar.

«No lo hagas. Apártate de ella. Te estás buscando problemas».

Debió emitir algún sonido gutural, porque Colleen alzó la cabeza y lo miró.

– Ay, perdona, ¿te hago daño?

– No – dijo él. No, no le hacía daño: lo estaba matando.

Las lágrimas rodaban por las mejillas de Colleen y brillaban en sus pestañas, y la punta de su nariz estaba roja. Wes y él siempre se burlaban de ella cada vez que lloraba, cuando tenía trece años.

Pero ya no tenía trece años.

«No la beses. No lo hagas».

Bobby apretó los dientes y pensó en Wes. Se imaginó la cara que pondría su mejor amigo si intentaba explicárselo. «Verás, hombre, es que ella estaba allí, en mis brazos, y su boca parecía tan suave y tentadora, y su cuerpo era tan cálido y delicioso que...»

Colleen reclinó la cabeza sobre su hombro dando un suspiro, y Bobby empezó a acariciarle el pelo sin darse cuenta. Ella tenía el cabello de una niña: suave y fino.

Bobby sabía que debía detenerse, pero no podía. Hacía más de cuatro años que deseaba tocarle el pelo.

Además, a ella parecía gustarle.

– Debes de pensar que soy una fracasada – musitó ella.

– No.

Ella se echó a reír suavemente.

– Pues lo soy. Mira que llorar por un coche. ¿Cómo puedo ser tan tonta? – suspiró –. Es sólo que... cuando tenía diecisiete años, pensaba que tendría ese coche para siempre, ¿sabes? Que se lo dejaría a mis nietos. Ahora lo digo y parece una estupidez, pero en aquel momento no lo era.

El contrato que acababa de firmar le daba veinticuatro horas para retractarse.

– Aún no es demasiado tarde – le recordó Bobby, al tiempo que se lo recordaba a sí mismo. Podía soltarla suavemente, dar un paso atrás, y luego dos. Podía llevarla de nuevo, sin tocarla, hacia las luces y la aglomeración de Harvard Square. Y después no tendría nada que explicarle a Wes. Porque no habría ocurrido nada.

Pero no se movió. Se dijo que todo saldría bien, que podía hacerse con la situación..., siempre y cuando no la mirara a los ojos.

– No, voy a venderlo – dijo ella, echándose ligeramente hacia atrás para mirarlo y sonándose la nariz con un pañuelo de papel que había sacado de su bolso –. Ya lo he decidido. Necesito el dinero. Me encanta ese coche, pero también me encanta ir a la facultad. Me encanta el trabajo que hago, y me encanta poder hacer cosas por la gente.

Colleen lo miraba tan ansiosamente que a Bobby se le olvidó que no debía mirarla a los ojos. De pronto, aquella ansiedad se metamorfoseó en algo distinto, en algo cargado de anhelo y deseo.

Ella le miró la boca, y él entreabrió los labios ligeramente. Cuando Colleen volvió a mirarlo a los ojos, Bobby comprendió que deseaba que la besara casi tanto como él.

«No lo hagas. No... »

Sentía los latidos del corazón de Colleen, oía el fragor de su propia sangre circulando por su cuerpo, ahogando los sonidos de la ciudad nocturna, cerrando el paso a la razón y a la cruda realidad.

Tenía que besarla. ¿Cómo iba a poder evitarlo si necesitaba besarla tanto como respirar?

Pero Colleen no le dio ocasión de inclinarse sobre ella. Se puso de puntillas y le rozó los labios con un beso tan dolorosamente dulce que Bobby pensó por un instante que iba a desmayarse.

Pero ella retrocedió sólo un poco para poder mirarlo de nuevo, y le dirigió una sonrisa vacilante antes de alzar las manos, agarrarlo por la nuca y hacerle bajar la cabeza para besarlo otra vez.

Los labios de Colleen eran suaves, frescos, dulcemente temblorosos. Bobby sintió que el corazón le martilleaba las costillas como si le fuera a estallar el pecho.

Tenía miedo de moverse. Tenía miedo de responder a aquel beso, miedo de asustarla con su deseo. Ni siquiera sabía cómo besar de aquella forma: con tan delicada ternura.

Pero le gustaba. Sí, le gustaba muchísimo. Muchas mujeres le habían dado besos profundos, lúbricos y apasionados, succionándole la lengua con el mismo empeño con que deseaban succionarle el cuerpo más tarde, en privado.

Pero aquellos besos no habían sido ni la mitad de excitantes que el beso de Colleen.

Ésta le besaba la boca, la barbilla y de nuevo la boca, entreabriendo ligeramente los labios, sin apenas tocarlo.

Bobby intentó besarla de la misma manera, intentó tocarla sin tocarla en realidad, pasándole las manos levemente temblorosas por la espalda. Se sentía aturdido de deseo.

Ella le rozó los labios con la lengua y él sintió una oleada de placer tan intenso que, sin poder evitarlo, hizo que la estrechara entre sus brazos, llenándose las manos con la suavidad de su cuerpo, hundiéndole la lengua en la boca.

A ella no pareció importarle. En realidad, dejó caer el bolso al suelo y le devolvió el beso con entusiasmo, entregándose a la ferocidad de sus besos, rodeándole el cuello con los brazos, apretándose contra él aún con mayor fuerza.

Bobby la besó una y otra vez con un ansia que ella le devolvía. Colleen se abrió para él, entrelazó sus piernas con las de él, y dejó escapar un gemido de placer cuando Bobby se llenó las manos con sus pechos.

Él se sorprendió alzando la vista, escudriñando un estrecho callejón entre dos edificios, considerando si estaba lo bastante oscuro como para que se metieran los dos allí; lo bastante oscuro como para que él se bajara la cremallera de los pantalones cortos y le subiera a ella la falda; lo bastante oscuro como para que la tomara allí mismo, contra el áspero muro de ladrillo, bajo la ventana de una cocina cualquiera.

Antes de darse cuenta de lo que hacía, Bobby estaba ya empujándola hacia el callejón.

Colleen era la hermana de Wes. La hermana de Wes.

Le había metido la lengua en la boca a la hermana de Wes. Una de sus manos apretaba la suavidad del trasero de la hermana de Wes y le apretaba las caderas

contra su sexo erecto. La otra mano la había posado más arriba, sobre la camisa de la hermana de Wes.

¿Es que había perdido completamente la cabeza?

Sí. Bobby se apartó, jadeando.

Lo cual resultó aún peor, porque tuvo que mirarla. Ella también jadeaba, sus pechos subían y bajaban rápidamente, sus pezones tensos se notaban claramente bajo la tela de la camisa, su cara estaba sonrojada, sus labios hinchados y húmedos, sus ojos empañados por el deseo.

–Vamos a mi apartamento –musitó Colleen con voz más áspera de lo normal. Oh, Dios.

–No puedo –su voz se quebró patéticamente.

–Oh –dijo ella–. Oh, yo... –sacudió la cabeza–. Lo siento. Pensé que... Dijiste que no salías con nadie.

–Y es cierto –sacudió la cabeza, intentando recuperar el aliento–. No es eso.

–Entonces, ¿qué pasa? –él no supo qué responder. ¿Qué podía decirle? Pero Colleen no se conformó con que volviera a sacudir la cabeza–. ¿De veras no quieres venir a mi casa y...?

–No puedo. Sencillamente, no puedo –la interrumpió él.

Ella dio un paso hacia él, y él retrocedió un paso.

–Lo dices en serio –dijo ella–. ¿De veras no quieres venir?

Bobby no podía dejar que pensara eso.

–Sí que quiero –le dijo–. Dios, claro que quiero. Más de lo que te imaginas. Sólo que... no puedo.

–¿Qué pasa? ¿Es que has hecho voto de castidad?

De alguna forma él logró esbozar una sonrisa.

–Algo parecido.

Ella pareció comprender de repente. Bobby vio que en sus ojos se encendía la rabia.

–Wesley –dijo Colleen– Se trata de mi hermano, ¿no?

Bobby sabía que no tenía sentido mentirle.

–Es mi mejor amigo.

Ella estaba furiosa.

–¿Qué ha hecho? ¿Advertirte que te mantengas alejado de mí? ¿Te ha dicho que no me toques?

–No. Me advirtió que ni siquiera se me ocurriera pensar en ti.

Wes se lo había dicho en broma una noche de permiso, cuando llevaban encima cinco o seis cervezas cada uno. Pero Wes en realidad pensaba que ni siquiera hacía falta que se lo advirtiera.

Colleen frunció el ceño.

—Pues, ¿sabes qué te digo? Que a mí Wes no puede decirme lo que debo o no debo pensar, y yo llevo mucho tiempo pensando en esto.

Bobby la miró fijamente. De pronto notó que de nuevo le costaba trabajo respirar.

—¿De veras?

Ella asintió con la cabeza y su furia pareció aquietarse. De repente le pareció tímida. Miraba a todos lados, menos a su cara.

—Sí. ¿No se me notaba?

—Pensaba que era a mí quien se le notaba.

Colleen lo miró con esperanza.

—Por favor, ven a casa conmigo. De veras tengo ganas de... de hacer el amor contigo, Bobby. Solo vas a estar aquí una semana. No tenemos ni un minuto que perder.

Oh, Dios, al final lo había dicho. Bobby no podía soportar mirarla, así que cerró los ojos.

—Colleen, le prometí a Wes que cuidaría de ti.

—Me parece perfecto —se agachó para recoger su bolso—. Cuida de mí. Por favor.

Bobby se echó a reír.

—Estoy convencido de que tu hermano no lo decía en ese sentido.

—¿Sabes una cosa? Mi hermano no tiene por qué enterarse.

Bobby cruzó los brazos y la miró a los ojos.

—No puedo hacerle eso.

Ella suspiró.

—Estupendo. Ahora me siento como un gusano —echó a andar hacia Brattle Street—. Creo que, dadas las circunstancias, deberíamos dejarlo correr. Yo me voy a casa. Si cambias de idea...

—No lo haré.

—... Ya sabes dónde encontrarme —Bobby la siguió unos metros, y ella se dio la vuelta—. ¿Al final vienes conmigo?

—Se está haciendo tarde. Te acompaño hasta tu casa.

—No —dijo Colleen—. Gracias, pero no.

Bobby comprendió que no debía insistir.

—Lo siento —dijo él otra vez.

—Yo también —contestó ella antes de echar a andar de nuevo.

La acera no estaba tan llena de gente como horas antes, de modo que Bobby dejó que se alejara y luego echó a andar tras ella.

La siguió hasta su casa para asegurarse de que llegaba a salvo, sin que ella lo viera.

Y después se quedó allí, fuera del edificio de apartamentos, mirando las luces del piso de Colleen, enfadado, frustrado y muriéndose de ganas de estar allá arriba, con ella, sin dejar de preguntarse qué demonios iba a hacer.

Capítulo IV

Colleen se acercó a Bobby estrujando en la mano el correo electrónico que había imprimido la noche anterior.

Él la esperaba sentado en la ladera de hierba que corría a lo largo del río Charles, tal y como le había dicho cuando la llamó por teléfono, mirando el agua y bebiendo café en un vaso de plástico.

Al ver que ella se acercaba, se puso en pie.

– Gracias por venir – dijo en voz muy alta.

Estaba muy serio. En su rostro no había ni rastro de su sonrisa. O quizá estuviera nervioso. Era difícil saberlo. A diferencia de Wes, que cuando estaba nervioso se ponía frenético, Bobby no mostraba ningún signo de inquietud.

No jugaba con el vaso de café, sino que lo sostenía tranquilamente. Había comprado un vaso grande para cada uno, pero en sus manos lo grande parecía pequeño. Colleen tendría que usar las dos manos para sostener el vaso.

Bobby tampoco daba golpecitos con el pie. Ni apretaba los dientes con nerviosismo. No se mordisqueaba el labio.

Simplemente estaba allí, mirándola acercarse con expresión severa.

La había llamado a las seis y media de la mañana. Ella acababa de quedarse dormida después de pasarse toda la noche dando vueltas, analizando todo lo que había hecho y dicho la noche anterior, intentando averiguar en qué se había equivocado.

Había concluido que lo había hecho todo mal. Había empezado llorando por un coche y había acabado arrojándose en brazos de Bobby.

Esa mañana, él se había disculpado por llamar tan temprano y le había dicho que no estaba seguro de a qué hora se iba ella a trabajar. Recordaba que iba a conducir una camioneta y que habían hablado de desayunar juntos.

Pero lo que Colleen había querido decir era que se quedara a desayunar.

Sin embargo, Bobby no lo había hecho por culpa de su absurda idea de que, si tenía una relación con ella, estaría traicionando a Wes.

A Wes, a quien probablemente le había salvado la vida en incontables ocasiones. Una de ellas, pocas semanas antes.

– No puedo creer que no me dijeras que te habían herido – Colleen no se molestó en darle los buenos días. Se limitó a tirarle la copia del e-mail de Wes. Bobby lo recogió y lo leyó rápidamente. No era muy largo: sólo un saludo breve, apresurado y gramáticamente caprichoso de Wes, que no decía dónde estaba y que sólo quería asegurarse de que Bobby estaba en Boston. Casi de pasada, mencionaba que a Bobby lo habían herido en un tiroteo durante una misión.

Se habían metido en un atolladero, contaba Wes, y debido a circunstancias que escapaban a su control, los habían descubierto. Habían empezado a dispararles con armas de asalto, y Bobby se había puesto delante de Wes y había recibido unos cuantos balazos para salvarle la vida.

Pórtate bien con él, le escribía Wes a Colleen. Estuvo a punto de morir. Casi le volaron el trasero de un disparo, y el hombro todavía le duele mucho. Trátalo bien. Te llamaré en cuanto vuelva a Estados Unidos.

—Si mi hermano me ha contado todo eso en un e-mail —le dijo Colleen a Bobby fríamente—, tú podrías haberme contado aunque fuera por encima lo que pasó. Podrías haberme dicho que te habían herido en vez de dejar que creyera que te habías hecho daño de una manera normal, como si te hubieras hecho una contractura muscular en un partido de baloncesto.

Bobby le devolvió la hoja de papel.

—No creía que sirviera de nada contártelo —admitió él—. ¿Qué sentido tenía decirte que una panda de matones intentó matar a tu hermano hace unas semanas? ¿Te serviría de algo saberlo?

—Sí, porque me duele no haberme enterado. No hace falta que me protejas de la verdad —dijo Colleen, exasperada—. Ya no soy una niña —entornó los ojos—. Pensaba que anoche te había quedado claro.

Anoche. La noche en que sus besos apasionados habían estado a punto de hacerle perder el control a plena luz, en un callejón junto a Harvard Square.

—He traído café y magdalenas —dijo Bobby, cambiando de tema—. ¿Tienes un rato para sentarte y hablar?

Colleen lo miró sentarse en la hierba.

—Sí. Estupendo. Hablemos. Puedes empezar por contarme cuántas veces te dieron y dónde.

Él la miró con expresión divertida mientras ella se sentaba a su lado.

—Wes siempre se pone melodramático. Me hicieron un agujero en el muslo y perdí mucha sangre. Pero ya estoy bien. Perfectamente —se levantó la ancha pernera de los pantalones cortos y dejó al descubierto el muslo moreno y musculoso. En su parte superior había una cicatriz rosada, muy reciente. Aquella herida debía de haberle causado un tremendo dolor. En aquella zona había grandes venas, ¿o eran arterias?, que si se rompían, podían hacer que uno muriera rápidamente desangrado.

Wes no se había puesto melodramático en absoluto. Colleen se quedó sin aliento. No le quitaba el ojo a la cicatriz. Bobby podía haber muerto.

—Es el hombro lo que más me duele —continuó él, bajándose la pernera del pantalón—. Tuve suerte porque la bala no me rompió ningún hueso. Pero todavía lo tengo muy magullado. Casi no puedo moverlo, lo cual resulta frustrante. Sólo puedo subir el brazo hasta aquí. Le hizo una demostración, y Colleen comprendió que su coleta no era una concesión a la moda. Bobby la llevaba porque era físicamente incapaz de hacerse su trenza.

– Debo tomármelo con calma – dijo él –. Intentar no moverlo mucho otra semanas más, y eso.

Le tendió un vaso de café y abrió una bolsa que contenía media docena de magdalenas enormes. Ella sacudió la cabeza. Se le había quitado el apetito.

– ¿Puedes hacerme un favor? – preguntó Colleen –. La próxima vez que Wes o tú resultéis heridos, aunque sea algo de poca importancia, ¿me llamarás para decírmelo? Por favor. Si no, siempre estaré preocupada.

Bobby sacudió la cabeza.

– Colleen...

– No empieces. Con eso de «Colleen...» – replicó ella –. Sólo prométemelo.

Él la miró fijamente y suspiró.

– Te lo prometo, pero...

– Nada de peros.

Bobby hizo amago de decir algo, pero luego se detuvo y sacudió la cabeza. Conocía lo suficiente a los Skelly como para saber que era inútil discutir con ellos. Tomó un sorbo de café y miró hacia el río.

– ¿Cuántas veces le has salvado la vida a Wes? – le preguntó ella.

– No lo sé. Dejé de contarlas al llegar a dos millones – sonrió, y las arrugas de las comisuras de sus ojos se hicieron más profundas.

– Muy gracioso.

– No tiene tanta importancia – dijo él.

– Para mí sí la tiene – contestó ella –. Y apuesto a que para mi hermano también.

– A él solo le importa porque le voy ganando – admitió Bobby.

Al principio, Colleen no supo qué quería decir. Pero al cabo de un instante lo entendió perfectamente.

– ¿Es que las contáis? – preguntó, incrédula –. ¿Hacéis una especie de competición o... ?

Bobby la miró, divertido.

– Doce puntos contra cinco y medio, a mi favor.

– ¿Cinco y medio? – repitió ella.

– Wes consiguió medio punto por llevarme al barco de una pieza esta última vez – explicó él –. No consiguió el punto entero porque en parte fue culpa suya que me hirieran.

Se estaba riendo de ella. No en voz alta, pero Colleen sabía que, por dentro, se estaba partiendo de risa.

– ¿Sabes? – dijo, muy seria –, me parece bastante justo que, si le salvas la vida tantas veces a una persona, puedas acostarte con su hermana sin sentirte culpable –

a Bobby se le atragantó el café. Le estaba bien empleado—. Así que ¿qué hacemos esta noche? —añadió Colleen con voz inocente— Bobby tosió con fuerza, intentando sacarse el líquido de los pulmones—. «Pórtate bien con él» —dijo ella, leyendo en voz alta el e-mail de Wes, y se lo acercó para que lo viera—. Mira, lo pone aquí.

—Wes no se refería a eso —logró farfullar Bobby.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé.

—¿Te encuentras bien? —preguntó ella.

A él le lloraban los ojos y todavía le costaba respirar.

—Me estás matando.

—Bien. Tengo que irme, así que... —hizo amago de levantarse.

—Espera —volvió a carraspear y tiró de ella para que volviera a sentarse—. Por favor —respiró hondo y, aunque consiguió no toser, tuvo que aclararse la garganta varias veces—. Quería hablarte de lo que ocurrió anoche.

—Querrás decir de lo que no ocurrió anoche —ella miraba tercamente su vaso de café. Levantó la tapa de plástico y probó un sorbo.

Lo que había ocurrido la noche anterior era que por fin había descubierto, y de la peor manera posible, que Bobby Taylor no la deseaba. Por lo menos, no lo bastante como para tomar lo que ella le había ofrecido. Desde luego, no tanto como ella lo deseaba a él. Hasta era posible que Bobby hubiera utilizado su miedo a los reproches de Wes como excusa para no acompañarla a su casa.

Colleen no podía hacer otra cosa que fingir que no le importaba. Podía ponerse cínica y decirle cosas desagradables, pero lo cierto era que le causaba miedo y vergüenza lo que Bobby pudiera decirle.

Por otra parte, si alguna vez había habido un momento perfecto para que él le declarara su amor imperecedero, era aquél. Colleen fantaseaba con la posibilidad de que le dijera, azorado, que llevaba años enamorado de ella, que sentía adoración por ella desde hacía mucho tiempo y que, después de besarla, no podía soportar vivir apartado de ella.

Bobby volvió a aclararse la garganta.

—Colleen, yo... No quiero perderte como amiga.

O bien, Bobby podía decir precisamente aquello. Podía soltarle el discurso del «quedemos como amigos». Colleen ya lo había oído antes. Incluía la palabra «amigos» al menos siete veces. Bobby diría también «error» y «perdóname» al menos dos veces y «sincero» al menos una vez. Y luego le diría que esperaba que lo que había sucedido la noche anterior no cambiara las cosas entre ellos. Su amistad era muy importante para él.

—Tú me importas mucho, de verdad —dijo él—. Pero debo serte sincero. Lo que ocurrió anoche fue, bueno, fue un error —sí, Colleen ya lo había oído antes—. Sé que anoche dije que no podía... que no podía... por Wes y, bueno, quiero que sepas que

hay algo más – sí, ella ya lo sospechaba –. Es imposible que yo sea lo que tú deseas – dijo él en voz baja. Eso era diferente. Colleen nunca lo había oído antes –. Yo no soy... – empezó a decir, pero luego sacudió la cabeza y rectificó –. Tú significas mucho para mí. No puedo aprovecharme de ti. No puedo. Tengo diez años más que tú, y... Colleen, yo te conocí cuando tenías trece años. Sería algo muy extraño. Sería una locura, no iría a ninguna parte. No podría hacerlo. Somos demasiado diferentes y... – masculló una maldición –. De veras lo siento.

Parecía tan triste como ella. Aunque posiblemente no sentía tanta vergüenza.

Colleen cerró los ojos. Se sentía muy joven y estúpida, pero también muy vieja para su edad. ¿Cómo había podido ocurrirle otra vez? ¿Por qué solo les interesaba a los hombres como amiga?

Imaginaba que debía sentirse agradecida. Al menos, esa vez le habían soltado el rollo del «quedemos como amigos» antes de acostarse con el tipo en cuestión. Sin embargo, aquél era el peor de los rechazos que había sufrido. Porque, pese a que era evidente que Bobby se preocupaba por ella lo bastante como para no llevar las cosas tan lejos, también estaba claro que no la deseaba como ella a él. Y, para ella, eso era terriblemente duro.

Ella se levantó y se sacudió los pantalones cortos.

– Supongo que no habrás acabado aún. Todavía tienes que decir «fue un error» y «lo siento» un par de veces más, pero lo diré yo por ti, ¿de acuerdo? Yo también lo siento. El error fue mío. Gracias por el café.

Colleen se alejó rápidamente, con la cabeza muy erguida. Y no miró atrás. Había aprendido de la peor manera posible que no debía volverse la vista atrás cuando a una le soltaban el discurso del «quedemos como amigos». Y que tampoco había que llorar. Al fin y al cabo, una buena amiga no lloraba cuando era rechazada por un amigo estúpido, idiota y que no se enteraba de nada.

Las lágrimas afluyeron a sus ojos, pero las contuvo.

Dios, qué necia era.

Bobby se tumbó de espaldas en la hierba y contempló el cielo. En teoría, decirle a Colleen que debían quedar como amigos en lugar de arrancarse la ropa el uno al otro era la forma menos dolorosa de evitar lo que estaba a punto de convertirse en un baño de sangre, no sólo en sentido figurado: si Wes se enteraba de que Bobby se había liado con su hermana pequeña, sería capaz de estrangularlo.

Bobby había sido directo al hablar con Colleen. Había sido rápido y, si no del todo sincero, al menos sí honesto.

Sin embargo, había conseguido herirla. Lo había notado en sus ojos cuando ella se había dado la vuelta y se había alejado.

Herirla era lo último que quería hacer.

Pero toda la conversación le había resultado endiabladamente difícil. Había estado a punto de decirle la verdad: que se había pasado la noche sin pegar ojo, a medias felicitándose por hacer lo correcto y a medias maldiciéndose por ser tan idiota.

La noche anterior, ella le había dejado claro que lo deseaba. Y, sinceramente, lo último que él quería era que quedaran simplemente como amigos. La verdad era que quería que se desnudaran... y que se pasaran desnudos el resto de la semana.

Pero sabía que él no era el tipo de hombre que necesitaba Colleen Skelly. Ella necesitaba a alguien con quien siempre pudiera contar. Alguien que volviera a casa cada noche sin falta. Alguien que la cuidara como se merecía.

Alguien que esperara algo más que un lío de una semana.

Bobby no tenía ganas de mantener otra relación a larga distancia. No se sentía capaz de soportarlo. Acababa de salir de una, y no le había resultado muy divertido.

Y mucho menos lo sería tratándose de Colleen Skelly. Porque, cuando Wes se enterara de que tonteaba con su hermanita, iría a buscarlo armado con un machete.

Bueno, tal vez no. Pero sin duda Wes y él discutirían. Y también Wes y Colleen. Y eso resultaría muy doloroso, teniendo en cuenta que Bobby se pasaría la mayor parte del tiempo a tres mil kilómetros de ella, que la echaría de menos cada segundo, y que ella también lo echaría de menos a él.

No. Hacerle daño a Colleen ya era suficientemente doloroso, pero decirle la verdad los habría herido a los dos a mucho más largo plazo.

Capítulo V

Colleen acababa de recoger en la iglesia un cargamento de mantas donado por un grupo de mujeres de la parroquia; aún le quedaba por visitar media docena de centros de personas mayores para recoger sus donativos cuando, de repente, un taxi se paró justo delante de ella dando un frenazo digno de una película policíaca, y bloqueó la salida del aparcamiento.

Lo primero que pensó fue que alguien llegaba tarde a su propia boda. Pero, aparte de la representante del grupo de mujeres que le había dado las mantas, la iglesia estaba vacía y silenciosa.

Luego pensó que alguien tenía mucha prisa por arrepentirse de sus pecados, posiblemente antes de pecar otra vez. Se echó a reír al pensarlo, pero se le quitaron las ganas de reír cuando del taxi salió la última persona que esperaba ver en la iglesia de Saint Augustus. Bobby Taylor.

Tenía la coleta medio deshecha y la cara cubierta de una pátina de sudor, como si hubiera estado corriendo. Se acercó al lado del pasajero de la camioneta de Colleen, y esta se inclinó sobre el asiento contiguo para abrirle la puerta.

—Gracias a Dios —dijo él—. Llevo una hora buscándote.

No llevaba sólo la cara cubierta de sudor. Su camisa estaba tan empapada como si hubiera corrido una maratón a pleno sol.

Wes. Su hermano era la única razón que se le ocurría para que Bobby la buscara tan desesperadamente. Wes debía de estar herido. O muerto.

Colleen se quedó helada de repente.

—Oh, no —dijo—. ¿Qué ha pasado? ¿Qué ocurre?

Bobby la miró fijamente.

—Entonces, ¿no te has enterado? Iba a ponerme a gritarte porque creía que ya lo sabías y que de todas formas habías salido a hacer la recogida.

—Por favor, dime que no está muerto —le suplicó. Ya había vivido la muerte de un hermano. Una experiencia que no quería repetir—. Puedo aguantar cualquier cosa, menos que esté muerto.

Bobby subió a la camioneta y cerró la puerta. Tenía una expresión de absoluta perplejidad.

—¿Muerto? —preguntó—. Pero si a la que han atacado es una mujer. Está en coma, en la UVI, en el Hospital General.

¿Una mujer? ¿En el Hospital General? Colleen lo miró atónita.

—¿No has venido porque Wes está herido?

—¿Wes? —Bobby sacudió la cabeza y se inclinó para girar la salida del aire acondicionado hacia arriba—. No, Wes estará bien. Seguro que está de maniobras.

No habría podido mandarte un correo electrónico si estuviera en una misión de verdad.

—Entonces, ¿qué pasa? —Colleen se sentía aliviada y al mismo tiempo irritada. Bobby le había dado un susto de muerte.

—Andrea Barker —le explicó él—, una de las directoras del Centro de Educación sobre el Sida. La han encontrado gravemente herida junto a su casa, en Newton. Le han dado una paliza. Lo he visto en el periódico.

Colleen asintió.

—Sí —dijo—. Sí, me enteré esta mañana. Es realmente horrible. Yo no la conozco muy bien. Sólo hemos hablado por teléfono una vez. Casi siempre llamo a su secretaria cuando tengo que tratar algo con el centro.

—Así que, ¿sabías que está en el hospital? —algo muy parecido a la cólera brilló en los ojos de Bobby, y su boca se convirtió en una línea dura y finísima.

Bobby Taylor estaba furioso con ella. Para Colleen, aquello era una experiencia nueva. Nunca había pensado que Bobby fuera capaz de ponerse furioso. Era tan tranquilo. Pero lo más perturbador era que ni siquiera sabía qué había provocado su enfado.

—El artículo hablaba de los problemas que estáis teniendo para establecer un centro en cierto barrio de Boston. El mismo barrio en el que ayer te amenazaron mientras lavabais un coche.

Colleen lo entendió entonces. Se echó a reír, incrédula.

—¿De verdad crees que la agresión que ha sufrido Andrea Barker tiene que ver con que trabaje en el Centro de Educación?

Bobby no alzó la voz, como hacía Wes cuando se enfadaba. Hablaba tranquilamente, con una voz extrañamente suave. Pero, combinada con el destello de furia de sus ojos, su voz era mucho más eficaz que los estallidos de Wes.

—¿Tú no lo crees?

—No. Vamos, Bobby. No te pongas paranoico. Mira, he oído que la policía piensa que lo que ocurrió fue que Andrea sorprendió a un ladrón que intentaba entrar en su casa.

—En el periódico hablaban de las heridas que tiene —replicó Bobby con aquella misma voz suavemente intensa. Ella se preguntó qué podía sacarlo de quicio y hacerle gritar, qué haría que aquel hombre perdiera su frialdad y estallara—. No eran la clase de heridas que haría un ladrón —continuó—, cuyo objetivo principal habría sido dejarla sin sentido para poder huir lo más rápido posible. Lo siento, Colleen, pero no. Sé que quieres creer lo contrario, pero a esa mujer le dieron una paliza deliberadamente, y, si no me equivoco, la policía también lo sabe. Ese cuento del ladrón seguramente no es más que un señuelo para la prensa, para que el verdadero agresor crea que está a salvo.

—De eso no puedes estar seguro.

—Sí —dijo él—, tienes razón. No lo sé con certeza. Pero estoy seguro en un noventa y nueve por ciento. Lo bastante seguro como para tener miedo de que tú, como representante legal del Centro de Educación sobre el Sida, seas la próxima víctima. Lo bastante seguro como para saber que hoy no deberías haber salido sola con la camioneta.

Bobby apretó los dientes y la miró fijamente. La furia daba a sus ojos un brillo frío, como si estuviera hablando con una extraña.

Y quizá eso fuera Colleen para él.

—Ah, ya veo —enfadada, ella alzó ligeramente la voz. ¿Qué le importaba a él lo que le ocurriera? Ella sólo era una idiota que los había puesto en una situación embarazosa a ambos la noche anterior. Era sólo una amiga. No, ni siquiera eso. En realidad, para él no era más que la fastidiosa hermanita de su mejor amigo—. ¿Se supone que debo encerrarme en mi apartamento porque puede que a cierta gente no le guste lo que hago? Lo siento, pero no pienso hacerlo.

—He estado hablando con algunas personas —dijo Bobby— que creen que ese tal John Morrison que te amenazó ayer podría ser peligroso.

—¿Algunas personas? —preguntó ella—. ¿Qué personas? Si has hablado con Mindy, la de la oficina del Centro, te diré que ésa tiene miedo hasta de su sombra. Y en cuanto a Charlie Johanssen, no...

—Mírame a los ojos —dijo Bobby— y dime que no te asusta un poco ese hombre.

Ella lo miró fijamente. Y apartó la mirada.

—De acuerdo. Quizá un poco sí.

—Y aun así sales tú sola.

Ella se rió en su cara.

—Sí, como si tú nunca hicieras nada que te asuste un poco. Como, saltar de un avión. O nadar en aguas infestadas de tiburones. Eso te resulta un poquito duro, ¿no, Bobby? Wes me ha dicho que les tienes fobia a los tiburones. Y, sin embargo, lo haces igualmente. Te tiras al agua sin dudar. Encaras tu miedo y sigues con tu vida. No seas hipócrita, Taylor, y no esperes que yo haga lo que tú no haces.

Él hizo un esfuerzo por mantener la calma.

—Yo estoy entrenado para hacer esas cosas.

—Bueno, y yo soy una mujer —dijo ella—. Yo también estoy entrenada. Llevo más de diez años enfrentándome a hombres que hacen todo tipo de cosas, desde insinuaciones más o menos veladas a amenazas directas. Por la sola razón de ser mujer, siento un poco de miedo casi cada vez que ando sola por la calle... y mucho más si es de noche.

Él sacudió la cabeza.

—Hay una gran diferencia entre eso y la amenaza concreta que representa un hombre como John Morrison.

—¿Ah, sí? —preguntó Colleen—. ¿De veras? Porque yo no lo veo así. ¿Sabes?, a veces paso junto a un grupo de hombres sentados en la escalera de un bloque de pisos y uno de ellos dice: «Eh, nena, ¿quieres... ? —lo dijo, y sus palabras sonaron tan crudas que Bobby dio un respingo—. «Ven aquí», dice. «No me hagas ir a buscar lo que estás deseando darme» —hizo una pausa para dar énfasis a sus palabras. Bobby parecía avergonzado—. Cuando alguien —continuó, más tranquila—, cuando un perfecto extraño te dice algo así, y te desafía a que encuentres una sola mujer de mi edad que no haya pasado por eso, una se pone un poquito nerviosa. Y cuando vas por la acera y se te acerca un hombre, sientes una punzada de inquietud o incluso de miedo. ¿Va a decirme alguna grosería? ¿Me seguirá? ¿O se limitará a mirarme con descaro y a silbar, dejando claro que está pensando en ti como no quieres que piense? Cada vez que eso ocurre —añadió—, la amenaza no es menos concreta, o potencialmente menos real, que la de John Morrison.

Bobby guardó silencio y se quedó mirando por la ventanilla.

—Lo siento —dijo finalmente—. ¿En qué clase de mundo vivimos? —se echó a reír, pero su voz carecía de alegría. Era más bien un estallido de frustración—. Lo que más me avergüenza es que yo he sido así. No es que haya dicho esas cosas, eso nunca lo he hecho. Pero soy de los que miran y a veces incluso silbo. Nunca había pensado que eso pudiera asustar a una mujer. Quiero decir que ésa nunca fue mi intención.

—Pues piénsalo la próxima vez —dijo ella.

—¿De veras te han dicho esas cosas? —le lanzó una mirada de soslayo—. ¿Con esas palabras?

Ella asintió con la cabeza, mirándolo a los ojos.

—Bonito, ¿verdad?

—Ojalá hubiera estado allí —dijo él—. Habría mandado a ese tipo al hospital.

Lo dijo con apasionamiento, pero Colleen sabía que no era más que una vaga amenaza.

—Si hubieras estado allí —dijo ella—, no lo habría dicho.

—Tal vez Wes tenga razón —Bobby le sonrió de mala gana—. Tal vez deberías tener un escolta armado las veinticuatro horas del día, vigilando cada uno de tus movimientos.

—Oh, no —gruñó Colleen—. No empieces con eso tú también. Mira, llevo un spray de pimienta en el bolso y un silbato en el llavero. Sé que no lo crees, pero estoy tan segura como es posible estarlo. Llevo las puertas de la camioneta bloqueadas, llamo con antelación para decir que voy a ir a un sitio a una hora determinada, tengo...

—Te has olvidado de mí —la interrumpió Bobby—. Deberías haberme llamado, Colleen. Te habría acompañado encantado desde por la mañana.

Oh, perfecto. Colleen comprendió sin necesidad de preguntárselo que Bobby no pensaba marcharse, que se quedaría con ella en la camioneta hasta que hubiera

acabado de recoger los donativos, que la acompañaría a dejar la camioneta y las cajas y que tomaría con ella el tranvía de vuelta a Cambridge.

— ¿Se te ha ocurrido pensar que a lo mejor no me apetece pasar el día contigo? —le preguntó.

Él pareció sorprendido. No había imaginado que ella fuera tan franca y directa. Sin embargo, se recobró enseguida.

— Ya no somos amigos, ¿verdad? — dijo —. Anoche lo estropeé todo, ¿no es así?

Colleen no estaba dispuesta a que él cargara con toda la culpa.

— Yo te besé primero.

— Sí, pero yo no te detuve — contestó Bobby.

Ella puso la camioneta en marcha, maldiciéndose para sus adentros por haber conservado alguna esperanza que Bobby destruiría otra vez.

— Lo siento — dijo él —. Debería haberme controlado, pero no pude. Yo...

Colleen lo miró otra vez, aunque no pretendía hacerlo. No quería que él viera la tristeza que le causaban sus palabras. Pero había algo en la voz de Bobby que la forzó a volver la cabeza hacia él.

Bobby la estaba mirando. Estaba allí sentado, mirándola igual que la había mirado la noche anterior, justo antes de besarla. Había deseo en sus ojos. Ardor, necesidad y deseo.

Él desvió la mirada rápidamente, como si no quisiera que ella viera todas aquellas cosas. Colleen también miró hacia otro lado, con el corazón acelerado.

Bobby le estaba mintiendo. Y también le había mentido esa mañana. Él tampoco quería que fueran sólo amigos.

No le había soltado el rollo del «quedemos como amigos» porque sintiera aversión por las mujeres como ella: mujeres con muslos y caderas y que pesaban más de cuarenta kilos. No le había soltado ese discurso porque no la encontrara atractiva, porque no lo excitara sexualmente hablando.

Muy al contrario...

Colleen lo entendió de repente con claridad meridiana.

Sólo se trataba de Wes. Era Wes quien se interponía entre Bobby Taylor y ella, tan rotundamente como si estuviera allí mismo, en la camioneta, sentado entre ellos, apestando a humo de tabaco.

Pero no iba a decírselo a Bobby. De eso nada. Iba a jugar aquella partida, y a ganarla, segura de conocer las cartas de Bobby.

Y él ni siquiera se daría cuenta de la trampa.

Volvió a mirarlo al salir del aparcamiento.

— Así que, ¿piensas de veras que a Andrea la han atacado por ser activista de la lucha contra el sida? — preguntó ella.

Él la miró, y esa vez casi logró borrar de sus ojos toda expresión. Pero en el fondo de su mirada seguía habiendo una leve llama de deseo.

– Creo que hasta que Andrea salga del coma y pueda contarle a la policía lo que ocurrió, deberíamos tener mucho cuidado.

– Es horrible pensar que la han atacado justo delante de su casa.

– No te preocupes por eso. Te acompañaré a casa cuando acabemos con esto.

Bingo. Colleen se mordió el interior de los carrillos para evitar sonreír. De alguna manera consiguió poner cara de fastidio.

– No creo que sea necesario – dijo.

– Echaré un vistazo a tu piso, a ver qué se puede hacer para mejorar la seguridad – dijo él –. En el peor de los casos, esta noche acamparé en tu cuarto de estar. Supongo que no te hace gracia la idea, pero...

No, desde luego no le hacía gracia que acampara en su cuarto de estar.

Prefería que durmiera en su cama.

– Espera – dijo Colleen cuando, después de aparcar frente a un asilo, Bobby abrió la puerta de la camioneta, dispuesto a salir. Buscó algo en su mochila y por fin sacó un cepillo de pelo –. Tu peinado de indio necesita un arreglo.

Él se echó a reír.

– Eso no ha sido muy amable.

– ¿El qué? ¿Decirte que llevas el pelo hecho un desastre?

– Muy graciosa – dijo él.

– Ésa soy yo – contestó ella –. Seis carcajadas por minuto, garantizadas. Date la vuelta, voy a hacerte una trenza.

¿Cómo había ocurrido? Diez minutos antes estaban discutiendo y Bobby estaba convencido de que su amistad estaba gravemente herida, si no muerta. Y, sin embargo, todo volvía a ser como cuando había llegado el día anterior.

Colleen ya no estaba tan tensa, ya no parecía dolida. Se mostraba relajada y alegre. Incluso feliz.

Bobby no sabía a qué se debía aquel cambio, pero no pensaba quejarse.

– No hace falta que me hagas una trenza – dijo –. Con una coleta basta. Lo único que necesito es que me lo ates. Puedo cepillármelo solo.

Extendió una mano hacia el cepillo, pero ella lo retiró de su alcance.

– Te haré una trenza – dijo.

– Bueno, si realmente te apetece...

¿Qué mal había en ello? Desde que lo habían herido, tenía que pedir ayudar para recogerse el pelo. Aquella mañana había entrado en una peluquería cerca de su hotel, con la intención de cortárselo, pero al final se había arrepentido. En California, todos los días necesitaba que alguien lo ayudara a peinarse. Wes, o Mia Francisco, la mujer del teniente, lo ayudaban a hacerse la trenza. Incluso el capitán Joe Catalanotto lo había ayudado una o dos veces.

Se movió ligeramente en el asiento para que Colleen pudiera peinarlo por detrás, y alzó un brazo para quitarse la goma del pelo.

Ella le pasó suavemente el cepillo y los dedos por la melena. Y Bobby comprendió enseguida que no era lo mismo que Wes le hiciera una trenza o que se la hiciera Colleen.

– Tienes un pelo precioso – musitó ella, y él notó que empezaba a sudar.

Aquello no era una buena idea. Era una idea pésima. ¿En qué demonios estaba pensando? Cerró los ojos mientras ella le cepillaba el pelo, recogiénoselo con la otra mano junto a la nuca. Después dejó el cepillo y utilizó sólo las manos. Bobby sintió sus dedos fríos sobre la frente cuando ella se aseguró de que no le quedaban mechones sueltos sobre la cara.

Colleen le cepillaría el pelo y él se quedaría allí sentado, sintiendo cada leve roce de sus dedos. Se quedaría allí quieto, deseándola, pensando en cómo la había abrazado la noche anterior, en lo ávida y dispuesta que se había mostrado ella, en que seguramente no lo habría detenido si él le hubiera subido la falda y se hubiera enterrado en ella y...

Notó que el sudor le corría por la espalda.

¿Qué mal había en que le hiciera una trenza?

Ninguno... , siempre y cuando a nadie del Centro de Personas Mayores de Parkvale le quedara suficiente vista como para notar el embarazoso abultamiento de sus pantalones.

Siempre y cuando Colleen tampoco lo notara. Si no, ella se daría cuenta enseguida de que le había mentado. No le costaría ningún esfuerzo percatarse de la verdad. Y entonces él sería hombre muerto.

Bobby intentó pensar en la muerte, en las ratas, en la enfermedad, en una epidemia de peste. Intentó pensar en los tiburones, con todos esos dientes y esos ojillos mequinos mirándolo fijamente. Pensó en el día, no muy lejano pues ya no tenía veinte años, en que tendría que dejar el Cuerpo de Operaciones Especiales, en que sería demasiado viejo para competir con los nuevos reclutas.

Pero nada consiguió distraer su atención.

Sentía cada leve caricia de Colleen. Aquello era mucho peor que la peor de sus pesadillas.

Sin embargo, le resultaba muy fácil imaginarse que Colleen le acariciaba así todo el cuerpo; no sólo la cabeza, el pelo o la nuca, sino todo el cuerpo. Oh, cielos...

—Si yo fuera hombre —murmuró ella— y tuviera tu pelo, lo llevaría siempre suelto. Y tendría a todas las mujeres a mis pies. Harían cola a la puerta de mi habitación.

Bobby se echó a reír.

—¿Qué?

—A la mayoría de las mujeres les encantan los hombres con el pelo largo —explicó ella—. Sobre todo los tíos guapos y macizos como tú. ¿Te has traído el uniforme?

Colleen pensaba que era guapo y «macizo». Bobby sonrió. Le gustaba que pensara eso de él, aunque no estaba seguro de que fuera verdad. Él era un poco demasiado grande, demasiado corpulento para tener la musculatura tan definida como Lucky O'Donlon.

Ese sí que era un tío «macizo». Pero, claro, Lucky no estaba allí, lo cual era una suerte. Aunque estaba casado, las mujeres se pegaban a él como las moscas a la miel.

—Hola —dijo Colleen—, ¿te has quedado dormido?

—No —dijo Bobby—. Lo siento —¿le había preguntado algo?—. Eh...

—¿Te has traído el uniforme?

—Ah —dijo él—, no. No, se supone que no debo ponerme el uniforme mientras lleve el pelo largo, a menos que haya algún asunto oficial urgente, claro.

—Bueno, esto no es un asunto oficial —dijo ella—. Es más bien informal... Una fiesta de despedida en la Asociación la noche antes de que nos marchemos. Pero habrá gente importante: senadores, el alcalde y... Pensaba que les gustaría conocer a un auténtico comando de la Marina.

—Ah —dijo él. Ella casi había acabado de hacerle la trenza, y Bobby se sentía al mismo tiempo aliviado y contrariado—. Quieres convertirme en una atracción de feria.

Ella se echó a reír.

—Claro que sí. Quiero que te pongas muy firme y pongas una cara enigmática y peligrosa. Será la gran sorpresa de la noche —pasó un brazo por encima de su hombro—. Necesito la goma. Él intentó dársela, y se hicieron un lío. La goma cayó sobre el regazo de Bobby. Éste la recogió rápidamente y la sostuvo sobre la palma de la mano para que ella la tomara.

Ella se las ingenió de alguna manera para acariciarle la mano al recoger la goma.

—Sabes lo que me estás pidiendo, ¿verdad? —dijo él—. Me pasaría la noche intentando zafarme de preguntas indiscretas: «¿Es verdad que los cuerpos especiales saben cómo degollar a sus oponentes con las manos desnudas? ¿A cuántos hombres has matado? ¿Alguna vez has matado a alguien en un combate cuerpo a cuerpo? ¿Te gustó? ¿Es verdad que sois muy buenos en la cama?» —dijo con un bufido de exasperación—. En cuanto la gente se entera de lo que soy su actitud cambia, Colleen. Me miran de forma distinta. Los hombres me calibran con la mirada y las mujeres... —sacudió la cabeza.

Ella se echó a reír y se colocó en su asiento. Ya había acabado de peinarlo.

—Sí, ya. Dime cuándo no os habéis aprovechado mi hermano y tú de la forma en que reaccionan las mujeres cuando se enteran de a qué os dedicáis.

—De acuerdo —dijo él—. Tienes razón. Yo me he aprovechado... muchas veces. Pero... ya no me divierte. No es algo real. ¿Sabes?, no le dije a Kyra que pertenecía al Cuerpo hasta que llevábamos dos meses juntos.

—¿Y su actitud cambió al enterarse? —preguntó Colleen.

Ese día, sus ojos eran más verdes que azules.

—Sí —dijo él—. De manera sutil, pero sí, cambió. ¿Coincidencia? Tal vez.

—Lo lamento —dijo ella—. Olvida que te lo he preguntado. No tienes por qué venir a esa fiesta. Pero... como voy a marcharme y te has empeñado en hacerme de guardaespaldas veinticuatro horas al día, pensé que...

—Llamaré a Harvard y le diré que me mande el uniforme.

—No —dijo ella—. Puedes ir de incógnito. Con el pelo suelto. Y con pantalones de cuero. Le diré a todo el mundo que eres un supermodelo de París. Verás qué cosas te preguntan.

Bobby se echó a reír y Colleen se bajó de la camioneta.

—Eh —dijo él estirándose sobre el asiento para impedir que cerrara la puerta—. Me alegro de que sigamos siendo amigos.

—¿Sabes?, he estado pensando en todo eso de la amistad —dijo ella, con las manos sobre las caderas mirándolo fijamente—. Y creo que deberíamos ser de esa clase de amigos que hacen el amor tres o cuatro veces al día.

Le lanzó una sonrisa, se dio la vuelta y echó a andar hacia el asilo.

Bobby se quedó allí sentado mirándola, contemplando la luz del sol sobre su pelo y el suave balanceo de sus caderas al andar.

Sólo había sido una broma.

¿O no?

Cielos, tal vez no.

—Socorro —dijo en voz alta, a nadie en particular, mientras la seguía al interior del edificio.

Capítulo VI

Bobby agarró a Colleen del brazo, tiró de ella y estuvo a punto de hacerla caer sobre él, de que ambos se cayeran por las escaleras que llevaban a su apartamento en el tercer piso.

Al principio, ella pensó que había ganado. Que todas las miradas y sonrisas, y todas las insinuaciones apenas veladas que llevaba haciéndole toda la tarde por fin habían dado resultado. Pensó que Bobby tiraba de ella para besarla como la había besado en Harvard Square la noche anterior.

«Sí, claro, Colleen. Tú sueñas».

Bobby no pensaba precisamente en besarla.

– Ponte detrás de mí – le ordenó él, empujándola hasta que ella quedó con la nariz casi aplastada contra su anchísima espalda.

Entonces, Colleen vio que la puerta de su apartamento estaba entornada. Alguien había entrado en su casa.

También Andrea Barker había descubierto al llegar a casa que había alguien dentro. Y le habían dado tal paliza que todavía estaba en coma.

Colleen agarró a Bobby

– ¡No entres!

– No voy a hacerlo – dijo él –. Al menos, no hasta que te saque de aquí – se dio la vuelta hacia ella y la llevó escaleras abajo prácticamente en volandas.

Por primera vez en su vida, Colleen se sintió frágil, pequeña e indefensa.

Y no estaba segura de que le gustara.

Estaba asustada, sí. No quería que Bobby entrara en su piso y se encontrara a John Morrison y su banda en el cuarto de estar. Al mismo tiempo, si Morrison y sus secuaces estaban allí, no quería huir y perder la oportunidad de hacerlos arrestar a todos.

– Déjame en el suelo – le ordenó. Podían bajar al primer piso y llamar a la policía desde el piso del señor Gheary.

Bobby la soltó bruscamente. Mientras luchaba por recuperar el equilibrio, vio que él subía los últimos escalones que llevaban a la puerta de su apartamento. Por ella acababa de salir un hombre que llevaba una camisa de cuadros increíblemente chillona.

– ¡No, Bobby!

No fue ella la única en gritar. El propietario de la camisa también gritó de puro terror.

Era Kenneth. Bobby lo empujó contra la pared del descansillo con la cara aplastada contra el papel descolorido y los brazos retorcidos sobre la espalda.

— ¡Bobby, para! Es amigo mío — gritó Colleen, subiendo los escalones de dos en dos, justo cuando la puerta de su apartamento se abrió de par en par y aparecieron Ashley y su hermano, Clark, con los ojos como platos. Colleen los miró dos veces. Clark se había teñido el pelo de azul.

— ¿Qué hacéis aquí? — le preguntó a Ashley, quien supuestamente estaba pasando el verano en casa de sus padres.

— Me he escapado de Scarsdale — dijo Ashley distraídamente, mirando embobada a Bobby, que todavía tenía a Kenneth agarrado contra la pared —. Clark y Kenneth vinieron a rescatarme.

Eso explicaba el pelo azul. Clark, de diecinueve años, debía de haberle dado un susto de muerte a su padre, un hombre extremadamente conservador.

— Bobby, te presento a mi compañera de piso, Ashley DeWitt — dijo Colleen—. Su hermano, Clark, y su amigo, Kenneth. Chicos, este es el jefe Bobby Taylor, un amigo de mi hermano.

— También soy amigo tuyo — le recordó Bobby mientras soltaba suavemente al chico—. Perdona, lo siento.

El jovencito estaba temblando, pero se recobró rápidamente.

— Ha sido un poco... incómodo, por decirlo así, pero el subidón de adrenalina no ha estado mal.

— Kenneth es inglés — dijo Colleen.

— Sí — dijo Bobby, entrando en el apartamento tras ellos—. Lo he notado por el acento.

Cielos, Colleen no lo había dicho en broma: aquello era mucho peor de lo que Bobby imaginaba. El pequeño cuarto de estar estaba lleno de cajas del suelo al techo. Colleen había empezado a escribir en cada una de ellas, en grandes letras cuadradas, lo que parecía ser una dirección de Tulgeria.

— Así que eres un jefe, ¿eh? — dijo Clark cuando Bobby cerró la puerta tras él—. ¿De qué tribu?

— ¡Oh, Dios! No es esa clase de jefe, Clark — Ashley le lanzó a Bobby una sonrisa de disculpa. Era lo que Bobby consideraba una típica rubia neoyorquina: de mediana estatura, delgada y con una figura lo bastante curvilínea para ser considerada femenina pero no lo bastante como para resultar excitante. Todo en ella era pulcro e impecable. Era fresca y bonita... de la misma forma que lo sería una estatua de piedra.

Comparada con Ashley, Colleen era un desastre. Tenía el pelo revuelto. La sonrisa, traviesa. Y, cada vez que se movía, parecía que la camiseta le iba a estallar por la presión de los pechos. Colleen era absolutamente excesiva: demasiado alta, demasiado maciza, demasiado directa, demasiado divertida, demasiado dispuesta a pasárselo bien allí donde iba. Sus ojos cambiaban de color cada minuto, pero siempre eran cálidos y acogedores.

Bobby sintió una punzada de deseo tan fuerte que tuvo que apretar los puños.

– Disculpa a mi hermano – dijo Ashley –. Es terminalmente estúpido.

Él apartó la mirada de Colleen, dándose cuenta de que la había estado mirando casi con la lengua fuera. Dios, no podía consentir que ella lo sorprendiera mirándola así. Si averiguaba la verdad...

¿Pero a quién pretendía engañar? Probablemente ya había adivinado la verdad. Y ahora seguramente intentaba volverlo loco lentamente con aquellas miradas insinuantes y la forma aparentemente casual con que lo tocaba una y otra vez, como de pasada.

¡Y las cosas que le decía! Que pensaba que debían ser de esa clase de amigos que hacían el amor tres o cuatro veces al día... Pero sólo estaba bromeando. Quería burlarse de él diciendo aquellas cosas, intentando hacerle reaccionar.

Y lo había conseguido.

– Soy oficial del ejército – le explicó Bobby al chico del pelo azul, intentando seguir la conversación. Aquel chico se llamaba Clark. Era el hermano de Ashley. De eso no había duda. Los dos tenían la misma nariz perfectamente esculpida, aunque los ojos de Clark eran de un gris más cálido –. Pertenezco a la Marina.

– Guau, tío – dijo Clark –. ¿Con ese pelo? – se echó a reír –. Eh, a lo mejor a mí también me aceptan, ¿no?

– Bobby es... – Colleen se interrumpió. Bobby comprendió que acababa de recordar lo que le había dicho sobre que la gente lo trataba de forma distinta cuando se enteraba de que formaba parte de un cuerpo de élite del ejército. Ella lo miró y, cuando sus ojos se encontraron, Bobby sintió que la habitación temblaba. Fue como si un gran foco los hubiera iluminado sólo a ellos. Ashley, Clark y Kenneth se desvanecieron en la oscuridad. Bobby solo veía a Colleen y sus hermosos y risueños ojos.

Azules, en ese momento.

– Bobby es un buen amigo mío – dijo ella suavemente.

– Debería enrolarme en la Marina – dijo Clark –. Al viejo le daría un soponcio si lo hiciera.

– Tenía grandes planes para esta noche – dijo Colleen, sin dejar de mirar a Bobby –. Iba a cocinar para Bobby y a seducirlo bailando desnuda en la cocina.

Ya empezaba otra vez. Se estaba riendo de él. Probablemente, de su cara de susto. Pero, cuando ella se dio la vuelta y el mundo pareció abrirse otra vez para incluir a las otras tres personas que permanecían en el habitación, Bobby sintió que ella no bromeaba del todo. Tenía planes para esa noche, y esos planes lo incluían a él.

– Debería irme – dijo, aunque deseaba quedarse tanto como seguir respirando. Pero no podía quedarse.

– No – se apresuró a decir Ashley –. Nosotros íbamos a salir ahora mismo.

—No, qué va —dijo Clark con desdén—. Eres una embustera. Te duele la cabeza. Kenneth iba a salir a comprar un analgésico —se volvió hacia Colleen—. A lo mejor tú tienes una aspirina por ahí. Ashley no me ha dejado mirar en tu cuarto.

—Vaya, ¿por qué será? —dijo Colleen—. ¿Será tal vez porque la última vez que entraste en mi cuarto cuando llegué a casa tuve que llamar a la policía creyendo que me habían robado? Además, no habrías encontrado aspirinas. A mí nunca me duele la cabeza. ¿Has mirado en el cuarto de baño?

—Ya me siento mucho mejor —dijo Ashley. Bobby acababa de conocerla, pero comprendió enseguida que estaba mintiendo—. Nos vamos ya.

—¿Y qué pasa con la carta que ibas a escribirle a papá?

—Puede esperar —Ashley señaló con la cabeza hacia la puerta, clavando los ojos en su hermano—. Este es Bobby Taylor. El amigo de Wes —Clark la miró con expresión bovina—. El militar...

—Ah —dijo Clark—. Ah, claro —miró a Bobby—. Conque eres de los Cuerpos Especiales, ¿eh? ¡Vaya!

Colleen puso una sonrisa de disculpa.

—Lo siento —le dijo a Bobby—. Lo intenté.

Clark sonrió mirando a Kenneth.

—¡Tío, casi te mata un boina verde! Creo que esta noche deberías contárselo a las chicas de la fiesta. Apuesto a que te ligas a alguna si se lo cuentas.

—Ashley, no hace falta que os vayáis, de verdad —le dijo Colleen a su amiga—. Tienes mala cara. ¿Qué ha pasado? ¿Qué ha hecho tu padre ahora?

Ashley se limitó a sacudir la cabeza.

—¿Qué es un boina verde? —preguntó Kenneth—. ¿De veras crees que si me hubiera matado Jennifer Reilly querría casarse conmigo? A lo mejor, como ha estado a punto de matarme, se viene conmigo a casa...

—¡Ah, no, de eso nada! —contestó Clark—. Yo no estaba pensando en Jennifer Reilly, tío. Tienes que apuntar más bajo, hombre. Piensa en la categoría B o en la C. En Stacy Thurmond o en Candy Fremont.

—¿Clasificáis a las mujeres por categorías? —Colleen estaba indignada—. ¡Fuera de mi casa, granujas!

—Eh, tranquila —dijo Clark, parapetándose detrás de una pila de cajas—. Nosotros no les decimos que las clasificamos por categorías. Jamás se lo diríamos a la cara. Ellas no lo saben. De verdad.

—Claro que lo saben —contestó Colleen—. Créeme, lo saben.

—¿A quién te refieres cuando dices «nosotros», caradura? —le preguntó Kenneth a Clark.

—¿En qué categoría estoy yo? —preguntó Colleen con voz peligrosamente tranquila.

—En la A —dijo Clark rápidamente—, naturalmente. Tú eres absolutamente perfecta para el grupo A...

Colleen lo cortó con una palabra: un improprio que Bobby nunca antes había oído en sus labios. A diferencia de Wes, Colleen no decía tacos, lo cual resultaba bastante extraño teniendo en cuenta lo propensa que era a decir sin miramientos lo que pensaba.

—Una vez, cuando iba corriendo por la orilla del río —le dijo Colleen a Clark—, pasé frente a dos chicos que se dedicaban a clasificar a todas las mujeres que pasaban por allí. El viento me llevó sus voces justo en el momento en que me catalogaban a mí. Me pusieron en el grupo C.

Bobby no pudo quedarse callado por más tiempo.

—Esos eran imbéciles. En mi lista, tú estás en el grupo A —dijo Bobby. En cuanto las palabras salieron de sus labios, comprendió que había cometido un terrible error. Aunque lo había dicho como si fuera el mayor cumplido, acababa de admitir que tenía un grupo A. Y ello no lo convertía en alguien mejor que... , ¿cómo se llamaba?, ¿Clark? Un granuja—. Lo siento, no quería decir eso —dijo rápidamente, viendo que ella entrecerraba los ojos.

Clark, el genio, aprovechó la ocasión para intervenir.

—¿Lo ves? Todos los tíos tenemos una lista. Es una cosa de hombres —dijo—. No significa nada.

—Bobby, estrangúlalo a él y a su amiguito el de la camisa de cuadros —le ordenó Colleen—, y luego estrangúlate a ti mismo.

—Lo que yo quería decir —dijo Bobby, acercándose a ella y tomándola de la barbilla para que lo mirara a los ojos—, era que para mí eres tan guapa por fuera como por dentro.

El foco volvió a encenderse y el resto del mundo se desvaneció. Colleen, que lo miraba con los ojos muy abiertos y los labios ligeramente separados, se convirtió en la única persona del universo. Nada ni nadie más existía para él en ese momento. Bobby ni siquiera podía apartar la mano de la suave piel de su cara.

—¿Estrangularme a mí? —oyó Bobby que decía Kenneth, indignado y con una voz muy débil como si estuviera muy lejos—. ¿Por qué a mí? Yo no clasifico a nadie, gracias.

—Sí, claro, porque tú no ves más allá de Jennifer Reilly —replicó Clark también desde muy lejos—. Para ti, todas las demás son invisibles. Pero tú no vas a ligártela, chaval. Aunque se helara el infierno, Jennifer pasaría por delante de ti sin mirarte y preferiría salir con un muñeco de nieve. Y luego te llamaría para contártelo, porque sois muy amigos. Vaya mierda. ¿Es que no sabes que la amistad es el beso de la muerte entre un hombre y una mujer?

—Eso ha sido muy dulce —le dijo Colleen a Bobby en voz baja—. Te perdono.

Le tomó la mano y le dio un beso en la palma. A Bobby le dio un vuelco el corazón.

Tenía que salir de allí antes de que fuera demasiado tarde.

Se dio la vuelta, obligándose a concentrarse en el pelo azul y la camisa a cuadros. En cualquier cosa menos en Colleen y en su sonrisa deslumbrante.

–Sí, sobre mí pesa la maldición del amigo –suspiró Kenneth—. Y, encima, Jennifer está convencida de que soy gay. Soy su amigo gay. Le he dicho que no lo soy, claro, pero...

–Todo el mundo piensa que eres gay –dijo Clark—. Sinceramente, hermano –le dijo a Bobby—, cuando has visto a Kenneth, ¿no has pensado –extendió las manos para enmarcar a Kenneth con ellas, como si fuera un director de cine— que era gay?

Bobby no se molestó en contestar. Había pasado el tiempo suficiente con Wes, que era igual de charlatán que aquel chico, como para saber que preguntas como aquella no requerían respuesta. Además, no estaba seguro de poder articular palabra.

Cada vez que miraba a Colleen a los ojos, empezaban a sudarle las manos, sentía una opresión en el pecho y un nudo en la garganta. Estaba metido en un buen lío.

–¿Sabes?, mi padre también cree que eres gay –le dijo Clark a Kenneth—. Eso es lo que me gusta de ti. Que le das miedo a mi viejo, tío.

–Pues yo no soy gay –dijo Kenneth con los dientes apretados.

Bobby se aclaró la garganta. Si lo hacía unas cuantas veces, recuperaría la voz. Siempre y cuando no mirara otra vez a Colleen.

–No es que haya nada malo en ser gay –añadió Kenneth puntillosamente, mirando a Bobby—. Tal vez deberíamos asegurarnos de que no estamos ofendiendo a un boina verde gay. A un boina verde gay extremadamente grande y alto. Aunque todavía no estoy muy seguro de qué es un boina verde.

Clark miró a Bobby con renovado interés.

–Guau. No se me había ocurrido. ¿Tú eres gay?

Por primera vez desde hacía muchos minutos, se produjo un silencio total. Todos miraron a Bobby. Colleen también lo miraba, con el ceño levemente fruncido y una mirada dubitativa.

Fantástico. Ahora pensaría que le había dicho que sólo quería que fueran amigos porque...

Bobby la miró, vacilando, sin saber qué decir. ¿Debía cerrar la boca y dejarla que pensara lo que quisiera, confiando en que ello la mantendría alejada de él?

Colleen fue la primera en hablar.

–Felicidades, Clark, has alcanzado nuevas cotas de grosería. Bobby, no le contestes. Tus preferencias sexuales sólo son asunto tuyo.

–Soy heterosexual –dijo él.

–Claro que sí –dijo Colleen con excesivo apasionamiento, dando a entender que sospechaba lo contrario.

Bobby se echó a reír otra vez.

— ¿Por qué iba a mentir?

— Yo te creo — dijo ella—. De veras — le hizo un guiño—. No digas nada más. Fingiremos que no hemos oído a Clark.

De pronto aquello dejó de tener gracia. Bobby se rió, incrédulo.

— ¿Qué quieres que haga...?

«¿Demostrártelo?». Pero se detuvo a tiempo y no acabó la frase. Oh, Dios.

Colleen le lanzó otra de sus sonrisas deslumbrantes, acompañada de un destello en la mirada. Sí, quería que se lo demostrara. No lo dijo en voz alta, pero lo tenía escrito en la cara. No había creído ni por un instante que fuera gay. Había jugado con él. Y él había caído en la trampa.

«Socorro».

Por favor, que cuando volviera al hotel hubiera un mensaje en el contestador. Por favor, que hubiera llamado Wesley para anunciarle que ya había regresado e iba camino de Boston. Por favor...

— Ahora que hemos resuelto ese misterio, las dos preguntas candentes de la noche son por qué has vuelto a Boston — le dijo Colleen a su compañera de piso —, y por qué de azul — se volvió y miró el pelo de Clark con expresión crítica —. No pareces tú, tío.

— ¿Qué demonios es un boina verde? — le recordó Kenneth—. Pregunta candente número tres.

— Los boinas verdes forman parte de las Fuerzas Especiales del Ejército de Estados Unidos — dijo Colleen—. Pertenecen a la Marina, así que pasan mucho tiempo en el mar. Pero en realidad operan en tierra, mar y aire. También saltan en paracaídas o cruzan desiertos o junglas. La mayoría de las veces, la gente ni se entera de que están ahí. Llevan grandes armas de asalto, y casi siempre actúan de incógnito — miró a Clark—. Clandestinamente. En el noventa y nueve coma nueve por ciento de los casos realizan sus misiones sin disparar una sola bala — se volvió hacia Bobby—. ¿He olvidado algo importante? ¿Aparte de que matáis a la gente con vuestras propias manos y que sois excelentes amantes?

Bobby se echó a reír sin poder evitarlo. Colleen también se rió. Los demás los miraron como si estuvieran locos.

Colleen estaba tan viva, tan llena de luz y de vida... Y en menos de una semana tomaría un avión y se marcharía a un lugar peligroso donde podían matarla. Qué gran pérdida sería eso para el mundo.

— Por favor, no te vayas — le dijo Bobby.

De alguna manera, ella comprendió que estaba hablando de su viaje a Tulgeria, y dejó de reír.

— Debo hacerlo.

— No, no es cierto. Colleen, tú no tienes ni idea de lo que pasa allí.

— Sí, lo sé perfectamente.

Ashley empujó a su hermano y a Kenneth hacia la puerta.

– Colleen, nosotros nos vamos a...

– No, no os vayáis – Colleen siguió mirando a Bobby –. Echa a A y a B a la calle si quieres, pero a ti te duele la cabeza, tú te quedas aquí y te metes en la cama.

– Bueno, entonces, me iré a mi habitación – dijo Ashley rápidamente –. Vamos, chicos. Dejad sola a la tía Colleen.

– Hasta la vista, nena – Clark miró a Bobby –. Adiós, tío.

– Gracias por no matarme – dijo Kenneth alegremente.

Salieron, y Ashley se escabulló sigilosamente por el pasillo.

Dejándolo a solas en el cuarto de estar con Colleen.

– Yo también debería irme.

Sin embargo, no conseguía hacer que sus pies se movieran hacia la puerta.

– Deberías pasar a la cocina – dijo ella –. Allí las sillas no están cubiertas de cajas. Podemos sentarnos y todo.

Lo tomó de la mano y tiró de él hacia la cocina. Por alguna razón, a Bobby no le costó ningún esfuerzo mover los pies en aquella dirección.

– De acuerdo – dijo Colleen, sentándose a la mesa de la cocina –. Habla. ¿Qué os pasó en Tulgeria?

Bobby se rascó la frente.

– Ojalá fuera tan fácil – dijo él –. Ojalá hubiera sido sólo una cosa. Quisiera equivocarme, pero he estado allí media docena de veces por lo menos, y cada vez ha sido más horrible que la anterior. Las cosas están muy mal y cada vez se ponen peor, Colleen. Muchas partes del país están en guerra. El gobierno ha perdido el control en todas partes salvo en las principales ciudades, e incluso allí tiene problemas para ejercer su autoridad. Hay grupos terroristas por todas partes. Grupos cristianos, grupos musulmanes... Hacen lo posible por matarse unos a otros y, por si eso no fuera suficiente, hay también luchas internas entre las facciones de los distintos grupos. Nadie está salvo. Yo entré en una aldea y... – Dios, no podía contárselo. No quería hablarle de aquello, pero debía hacerlo. La miró directamente a los ojos y dijo –: Todos estaban muertos. Un grupo rival había entrado en el pueblo y... Hasta los niños, Colleen. Los habían asesinado metódicamente.

Ella se quedó sin aliento.

– ¡Oh, no!

– Entramos en el pueblo porque se rumoreaba que uno de los grupos terroristas se había apoderado de algún tipo de arma química. Debíamos encontrarnos allí con un grupo de Rangers de Infantería y escoltarlos al submarino que nos esperaba con todas las pruebas que pudieran encontrar. Pero salieron con las manos vacías. Aquella gente no tenía nada. Casi no tenían munición regular, y mucho menos armas químicas. Se mataban los unos a los otros con espadas, con esos grandes machetes de

hoja curva, afilados como navajas de afeitar. Allí nadie está a salvo –repitió–. Nadie está a salvo.

Ella estaba pálida, pero mantenía firme la mirada,

–Debo ir. Cuando me cuentas estas cosas, siento más que nunca que debo ir.

–Más de la mitad de esos terroristas son asesinos a sueldo –se inclinó sobre la mesa para que Colleen lo oyera con toda claridad–. La otra mitad se dedican al mercado negro. Compran y venden de todo, incluyendo americanos. Sobre todo americanos. Los secuestros se han convertido posiblemente en el negocio más lucrativo de Tuleria hoy en día. ¿Cuánto estarían dispuestos a pagar tus padres por recuperarte?

–Bobby, sé que piensas que...

Él la interrumpió.

–Nuestro gobierno tiene una norma: no negociar con terroristas. Pero los civiles, a título privado... En fin, pueden ceder. Pagar el rescate y confiar en que al final recuperarán a sus seres queridos. La verdad es que no los recuperan. Colleen, por favor, escúchame. Normalmente, no devuelven a los rehenes.

Colleen lo miró inquisitivamente.

–He oído rumores de que el gobierno de Tuleria realiza asesinatos en masa como represalia.

Bobby vaciló, y luego le dijo la verdad.

–Yo también he oído esos rumores.

–¿Es cierto?

Él suspiró.

–Mira, sé que no quieres oírlo, pero si vas allí podrían matarte. Ahora mismo sólo deberías preocuparte por eso. No por...

–¿Es cierto?

Dios, qué hermosa estaba así, inclinada hacia él, con las manos extendidas sobre la mesa de fórmica, los hombros cuadrados, los ojos centelleantes y el pelo en llamas.

–Puedo garantizarte que en este mismo momento Estados Unidos tiene equipos de las Fuerzas Especiales investigando ese asunto –le dijo–. La OTAN ya había advertido a Tuleria acerca de esos actos de genocidio en el pasado. Si siguen utilizando sus antiguos métodos y nos enteramos, el embajador estadounidense y su personal serán evacuados de Tulinec inmediatamente. Estados Unidos cortará sus relaciones diplomáticas con el gobierno tuleriano. La embajada desaparecerá, seguramente de un día para otro. Y si eso ocurre mientras tú estés allí... –Bobby respiró hondo–. Colleen, si te vas, estarás en peligro cada minuto del día.

–Quiero enseñarte algo –dijo ella–. No te muevas de aquí. Enseguida vuelvo.

Capítulo VII

Las fotografías estaban en su cuarto. Colleen sacó el sobre de su cómoda y, cuando volvía hacia la cocina, llamó suavemente a la puerta de Ashley.

– Entra.

Apenas había luz en la habitación, pues las persianas estaban bajadas. Ashley estaba sentada frente al ordenador. A pesar de la penumbra, Colleen vio que tenía los ojos rojos e hinchados. Había estado llorando.

– ¿Qué tal tu dolor de cabeza? – preguntó Colleen.

– Bastante mal.

– Intenta dormir un poco.

Ashley sacudió la cabeza.

– No puedo. He de acabar esto.

– ¿Qué estás escribiendo?

– Una carta. A mi padre. Es el único modo de que me preste atención: si le escribo una carta formal. ¿No es patético?

Colleen suspiró. Era patético, en efecto. La relación de Ashley con su padre era patética en general. Ella había hecho instalar identificadores de llamada en todos sus teléfonos para no contestar si quien llamaba era el señor DeWitt. A Colleen, en cambio, le encantaba que su padre la llamara.

– ¿Por qué no lo dejas para luego? – le dijo a su amiga—. Cuando se te haya pasado el dolor de cabeza.

Ashley padecía terribles dolores de cabeza. Había ido a visitar a un médico y, aunque no eran migrañas, eran muy parecidos a éstas en muchos sentidos. El médico le había dicho que se debían a la tensión y al estrés acumulado.

– Te ayudaré a escribirla – continuó Colleen—. Tienes que contarme qué ha pasado. ¿Por qué no me has llamado ni me has escrito desde mediados de mayo? Supongo que todo está relacionado, ¿no? – Así era. Colleen se dio cuenta por la expresión de Ashley—. Deja que me libere de Bobby, ¿de acuerdo?

– ¡Ni se te ocurra! – la indignación le dio a Ashley un arrebató de energía—. Dios mío, Colleen, llevas años detrás de ese tío. Es guapísimo, por cierto. Y enorme. Me habías dicho que era grande, pero no tanto. ¿Cuánto mide?

– No lo sé exactamente. ¿Un metro noventa y cinco? Tal vez más.

– Tiene unas manos como guantes de béisbol.

– Sí – dijo Colleen—. Y ya sabes lo que dicen de los hombres con las manos grandes.

– Que calzan grandes guantes – dijeron al unísono. Colleen sonrió, y Ashley consiguió esbozar una sonrisa fugaz.

—No puedo creer que sea tan inoportuna. Tenía que volver a Cambridge y presentarme aquí precisamente ahora... —Ashley descansó la frente en las manos, apoyando los codos sobre el escritorio—. Lo he visto mirarte, Colleen. Lo único que tienes que hacer es decir una palabra y se quedará a pasar la noche.

—Me ha soltado el rollo de la amistad —le dijo Colleen.

—¡Bromeas!

—Veamos, ¿tú crees que ése es un tema sobre el que yo, elegida mejor amiga de todo el género masculino, bromearía? No, creo que no.

—Lo siento.

—Sí, bueno... —Colleen forzó una sonrisa—. Yo creo que está mintiendo; que tiene que respetar una especie de código de honor o algo así porque soy la hermana de su mejor amigo. Tengo que convencerlo de que no pasa nada, que no hace falta que se enamore de mí y me pida en matrimonio; que sólo quiero que nos divirtamos un poco.

Aunque si se enamoraba de ella... No, no podía permitirse fantasear con eso. Si seguía por ese camino, solo encontraría desilusiones y frustración. Lo único que quería era divertirse, se dijo otra vez, deseando que las palabras no hubieran sonado tan huecas cuando las había dicho en voz alta.

—Seguramente se estará preguntando qué te ha pasado —le dijo Ashley.

Colleen se acercó a la puerta y se detuvo un instante para mirar a su amiga con la mano en el pomo.

—Volveré dentro de media hora para que me cuentes lo que te ha pasado en Scarsdale con tu queridísimo papá.

—No es necesario, de verdad.

—Te conozco —dijo Colleen—. No podrás dormir hasta que hablemos, así que vamos a hablar.

Bobby oyó cerrarse la puerta; oyó cómo Colleen iba por el pasillo en dirección a la cocina.

Oyó el suave murmullo de voces cuando ella se detuvo a hablar con su compañera de piso.

Las paredes de aquel viejo piso eran prácticamente de papel.

Lo cual significaba que, definitivamente, no podía agarrarla cuando volviera a entrar y hacerle el amor allí mismo, sobre la mesa de la cocina.

Cielos, tenía que salir de allí.

Se levantó, pero Colleen entró en ese momento, bloqueando su ruta de escape.

—Siéntate —le ordenó—. Sólo unos minutos. Quiero enseñarte algo.

Sacó del sobre una fotografía y la puso sobre la mesa, delante de él. Era el retrato de una niña pequeña que miraba solemnemente a la cámara. Tenía unos ojos enormes..., probablemente porque estaba muy flaca. Tenía los hombros muy huesudos y la barbilla afilada. La ropa que llevaba le estaba pequeña. Tenía el pelo estropajoso, de color marrón oscuro. Parecía tener seis o siete años y poseía una expresión desesperada, casi feroz.

–Esta es Analena –dijo Colleen–, hace dos años, antes de que el grupo de Ayuda a los Niños la recogiera –puso otra fotografía sobre la mesa–. Ésta fue tomada el mes pasado.

Era la misma niña, pero tenía el pelo más largo, abundante y lustroso. Iba corriendo por un campo, dándole una patada a un balón de rugby, y sonreía. Tenía las mejillas sonrosadas y un aspecto saludable, y aunque todavía estaba muy delgada, su delgadez se debía a que estaba creciendo. Era desgarbada y larguirucha. La expresión de ferocidad había desaparecido de su semblante. Volvía a ser una niña.

Colleen puso una carta delante de Bobby. Una carta escrita por una mano infantil. «Queridísima Colleen», leyó en silencio:

Anoche soñé que iba a ver a ti a Estados Unidos. Era un sueño precioso. No quería despertar. Espero que no importarte que dé a Iván el balón que me regalaste. Intenta robármelo muchas veces, y yo dije por qué no dar.

Mi inglés está mejor, ¿no? Es por ti, por los libros americanos y el casete y las pilas que tú mandas. Regalos muy buenos. Mejor que balón. Iván da gritos, prefiere balón. Yo enseño a Iván palabras inglesas. Un día me dar las gracias, y ti también. . Te mando más cartas pronto.

*Un abrazo,
Analena*

Colleen sacó más fotos del sobre. Eran retratos de otros niños.

–Analena y otros veinticinco niños más o menos viven en el orfanato de Saint Christof, en el interior de la así llamada zona de guerra de Tulgeria –le dijo–, que da la casualidad de que es también la zona del país que más ha sufrido los efectos del terremoto. El grupo de Ayuda a los Niños lleva más de dos años carteándose con las monjas que llevan el orfanato. Intentamos encontrar un vacío legal que nos permita sacar a esos niños de Tulgeria. Son niños abandonados, Bobby. La mayoría de ellos son mestizos, y nadie los quiere. Lo irónico es que aquí, en Estados Unidos, tenemos una lista larguísima de familias que estarían encantadas de adoptarlos. Pero el gobierno no los deja salir del país.

Las fotografías mostraban la miseria del orfanato: ventanas rotas, pintura desconchada, paredes medio derruidas por las bombas. Aquellos niños vivían en lo que quedaba del antiguo edificio. En todas las fotografías, las monjas, algunas ataviadas con el hábito, otras vestidas con vaqueros y deportivas, estaban sonriendo, pero Bobby observó las arrugas de dolor y ansiedad que rodeaban sus ojos y bocas.

–Cuando se produjo el terremoto –continuó Colleen con voz suave y firme–, pensamos que era el momento de actuar –miró a Bobby directamente a los ojos–. Llevar ayuda y provisiones a las víctimas del terremoto no es más que una tapadera.

En realidad, vamos a intentar sacar a esos niños de la zona de guerra y llevarlos a un lugar más seguro. Si tenemos suerte, intentaríamos traerlos a Estados Unidos con nosotros, pero sabemos que hay muy pocas posibilidades de que eso suceda.

Bobby la miró.

– Yo puedo ir – dijo él –. Colleen, yo lo haré por ti. Iré en tu lugar.

Sí, ésa sería una buena solución. Podía llevarse a algunos miembros del Escuadrón Alfa. Rio Rosetti, Thomas King y Mike Lee eran jóvenes y temerarios. Estarían encantados de pasar una semana de vacaciones en uno de los lugares más peligrosos del mundo. Y Spaceman, el teniente Jim Slade... Ése también era soltero. Le echaría una mano, si Bobby se lo pedía.

– Podría funcionar – le dijo a Colleen, pero ella ya estaba sacudiendo la cabeza.

– Bobby, yo voy a ir – dijo con firmeza y tranquila, como si él no pudiera decir nada que pudiera hacerla cambiar de opinión –. Soy la encargada de tratar con el ministro tұлgаro de Salud Pública. Creo que ese hombre es nuestra única esperanza de sacar a esos niños de la zona de peligro. Me conoce, confía en mí... He de ir.

– Si tú vas, yo también voy – le dijo él con absoluta convicción.

Ella sacudió la cabeza.

– No, tú no vendrás.

Él suspiró.

– Mira, sé que probablemente piensas que me estoy metiendo donde no me llaman, pero...

Colleen sonrió.

– No, no lo entiendes. Me encantaría que pudieras venir. De veras. Sería fantástico. Pero sé un poco práctico, Bobby. Nos iremos dentro de unos días. Hemos tardado casi tres semanas en conseguir los permisos para entrar en el país y llevar la ayuda, a pesar de que la gente allí se muere de hambre y se ha quedado sin hogar por culpa del terremoto. Tú también tendrías que solicitar ese permiso y...

– No, yo no.

Ella hizo una mueca.

– Sí, claro. ¿Qué pasa? ¿Es que llamarás a algún almirante, chascarás los dedos y... ?

– No pienso chascar los dedos delante del almirante Robinson – dijo Bobby –. Sería de mala educación.

Ella lo miró fijamente.

– Hablas en serio. ¿De verdad vas a llamar a un almirante?

Él asintió con la cabeza y miró su reloj. Ya era un poco tarde para llamar. El almirante y su mujer, Zoe, tenían gemelos. Max y Sam.

Aquellos niños eran energía en estado puro, como Bobby muy bien sabía. Los había cuidado una vez cuando el almirante y su mujer habían salido de viaje y su niñera habitual había avisado en el último minuto que no podía ir. Los dos tenían los ojos azules y una sonrisa que los había hecho famosos.

A esas horas Jake habría acabado de leerles un cuento y los habría metido en la cama. Bobby sabía que después iría a reunirse con su esposa, que tal vez se tomarían una infusión y que luego él le daría un masaje en los hombros o en los pies...

– Lo llamaré mañana por la mañana – dijo Bobby.

Colleen sonrió. No creía que Bobby tuviera tanta confianza con un almirante como para llamarlo así, sin más.

– Bueno, sería estupendo que pudieras venir, pero procuraré no hacerme ilusiones – recogió las fotografías y las volvió a meter en el sobre.

– ¿Cuántas personas van? – preguntó él –. En tu grupo, quiero decir.

– Unas doce – doce civiles sin entrenamiento andando por ahí sueltos... Bobby maldijo para sus adentros –. La mayoría se encargarán de distribuir la ayuda entre las víctimas del terremoto. Se unirán los cooperantes de Cruz Roja que ya están en el país – continuó ella –. Cinco de nosotros intentaremos sacar a los niños de allí.

Cinco era un número mucho más aceptable. Cinco personas podían escabullirse fácilmente y escapar del peligro mucho más fácilmente que doce.

– ¿Quién os recogerá en el aeropuerto? – preguntó él.

– Hemos alquilado un autobús. Hemos acordado que será el conductor quien nos recoja – dijo ella.

Un autobús. Oh, Dios.

– ¿De cuántos guardias dispondréis?

Colleen sacudió la cabeza.

– Sólo de uno. El conductor insistió. Pero todavía lo estamos discutiendo. No queremos llevar armas. Nuestra relación con la Cruz Roja...

– Colleen, necesitáis guardias armados – dijo él –. Muchos más que un hombre contratado por el conductor del autobús. Tres o cuatro, por lo menos. Aunque sólo sea para el trayecto entre el aeropuerto y vuestro hotel. Y necesitaréis al menos el doble si vais a viajar al norte.

Colleen lo miraba como si estuviera hablándole en griego.

– ¿Lo dices en serio?

– Por supuesto. Y en vez de un autobús, deberíamos conseguir tres o cuatro todoterrenos. Son más pequeños y rápidos.

– Necesitamos el autobús para llevarnos a los niños si se presenta la ocasión – dijo ella.

Oh, maldición. Sí, para eso necesitaban un autobús.

—De acuerdo —dijo—. Haré lo que pueda para convencer al almirante Robinson de que tome cartas en el asunto. Para que lo convierta en una operación especial de sus comandos de la Agrupación Gris. Pero, si se hace oficial, es posible que yo no pueda ir. Todavía no estoy al cien por cien...

—No sé si es una buena idea —dijo Colleen—. Si llegamos allí como si fuéramos una especie de comando...

—Será una operación secreta. Habrá tres o cuatro hombres con armas de asalto, como si fueran guardaespaldas pagados. Pero los demás hombres del equipo se mezclarán con la gente de tu grupo. Te lo prometo.

Ella lo miró fijamente.

—Me lo prometes. Pero tú no vendrás con nosotros.

—Es posible —dijo él—. Pero lo intentaré.

Colleen sonrió.

—¿Sabes?, cada vez que alguien dice «lo intentaré», pienso en esa escena de *El Imperio contraataca* en la que Yoda le dice a Luke Skywalker: «No lo intentes. Hazlo o no lo hagas».

—Sí, recuerdo esa escena —dijo Bobby—. Y lo siento, pero...

Ella extendió un brazo a través de la mesa y le tocó la mano.

—No, no hace falta que te disculpes. No pretendía acusarte de nada. Verás, lo cierto es que he combatido en tantas batallas perdidas que realmente agradezco mucho que la gente intente hacer cosas. En realidad, es lo único que pido. Puede que las cosas no funcionen, pero al menos hay que intentarlo, ¿no crees?

Colleen no se refería a la posibilidad de que Bobby fuera a Tulgeria; se refería a que la había besado y a que la había rechazado sin siquiera intentar saber lo que podía resultar de aquel beso.

Bobby no sabía qué decir. Se sentía como el peor de los cobardes. Demasiado asustado para intentar nada.

Colleen le soltó la mano, se levantó y puso el sobre con las fotografías sobre una mesita, en un rincón de la cocina.

—¿Sabes?, he conocido a casi todas las personas que quieren adoptar a esos niños —le dijo—. Son realmente maravillosas. Los miras a los ojos y ves que ya los quieren aunque sólo hayan visto sus fotos o leído sus cartas —le tembló la voz—. Me parte el corazón que esos pequeños estén en peligro, que sólo podamos intentar ayudarlos. Me pone enferma que no haya ninguna garantía.

Bobby se puso en pie sin darse cuenta. Luego, al reparar en ello, se obligó a quedarse quieto. A no acercarse a ella, a no tomarla en sus brazos. La última vez que lo había hecho, había perdido completamente el control.

Pero Colleen se volvió para mirarlo y se acercó a él. Extendió los brazos y lo tomó de las manos.

—Para mí es muy importante que sepas que no hago esto por molestar a Wes.

Sus dedos eran fuertes y fríos, y Bobby sintió que no podía apartarse de ella. «Socorro».

– Lo sé.

Pero Colleen no se acercó más a él. Se limitó a sonreír y le apretó las manos.

– Bien – dijo, soltándolo –. Ahora puedes irte. Eres libre. Huye. Tienes suerte, porque esta noche tengo que hablar con Ashley. Otra noche bailaré desnuda para ti.

Le brillaron los ojos al sonreírle. Bobby tenía una expresión de dolor en la cara imposible de ocultar. La puerta estaba allí. Colleen le había dado permiso para irse. Podía cruzar la puerta, salir del apartamento y marcharse a un lugar donde ambos estarían seguros. Pero no se movió.

– ¿Por qué me haces esto?

Ella optó por bromear.

– Eres un blanco tan fácil y, además, quiero...

– ¿Qué? – Bobby deseaba saberlo. Lo deseaba casi tanto como deseaba tocarla. Casi –. ¿Qué es lo que quieres, Colleen?

– A ti.

Bobby sabía que era muy franca. Pero no esperaba que le dijera aquello.

Ella, repentinamente azorada, bajó los ojos.

– Siempre te he deseado – hablaba tan bajo que él apenas la oía –. Así que ya lo sabes – dijo suavemente. Alzó la mirada y le lanzó una sonrisa traviesa –. ¿Qué te parece como refutación a tu discurso del «quedemos como amigos»?

Él no respondía. No tenía ni idea de qué podía decir. Ella lo deseaba. Desde siempre. Bobby tenía ganas de reír y de llorar al mismo tiempo. Quería hacerle el amor allí mismo, en la cocina. Pero también quería huir de allí lo más rápido que pudiera.

– No sé si tengo razón y no sientes lo que me dijiste esta mañana – dijo ella –, o estoy equivocada y soy tan idiota que me merezco que me humilles y me rechaces dos veces en dos días.

Bobby mantuvo la boca cerrada. Deseaba poder salir corriendo y no parar hasta llegar a la calle. Pero sabía que no saldría de allí sin decir algo.

Pero no sabía qué sería ese algo. ¿Decirle la verdad y admitir que, no sentía lo que le había dicho? Aquella era una pésima idea. Si lo hiciera, ella sonreiría y se acercaría un poco más y...

Y él despertaría en su cama.

Y luego Wes lo mataría.

Bobby empezaba a pensar que podía enfrentarse a la muerte. Sería peor pasar una noche con Colleen.

Porque sabía que no podría vivir soportando la mirada de dolor de su mejor amigo.

Mantuvo la boca cerrada.

— Sé que no lo parece por cómo me comporto — continuó Colleen, dándose la vuelta y jugueteando con unas manzanas que había sobre la encimera —, pero tengo muy poca experiencia, ¿sabes? Con los hombres, quiero decir. En realidad, sólo he tenido un par de relaciones muy breves y superficiales. Nunca he estado con nadie que realmente me deseara por cómo soy, y no sólo porque soy una mujer y estoy disponible — ordenó las manzanas en dos filas perfectas y se volvió para mirarlo a los ojos —. Sé que has dicho que no me... deseas. Pero cuando te miro a los ojos veo algo muy distinto. Y... , Bobby, yo sólo quiero saber cómo es... que me hagas el amor como me besaste anoche. Me sentí tan a gusto y... — respiró hondo y sonrió, temblorosa —. Así que, ya estás advertido. Ya lo sabes. Y también sabes que nadie va a convencerme de que no vaya a Tulgeria. Así que si no consigues nada de tu amigo el almirante, puedes decirle a mi hermano que hiciste todo lo posible por disuadirme de que tomara ese avión. Puedes volver a California con la conciencia tranquila. Creo, además, que deberías irte... , si realmente sientes lo que me dijiste sobre que sólo seamos amigos. Pero, si te quedas, será mejor que te pongas tu traje ignífugo. Porque, a partir de mañana, avivaré el fuego.

— ¿De verdad le has dicho eso? — se rió Ashley —. ¿Y qué hizo él?

Después del pequeño discurso de Colleen, Bobby no la había besado. Pero ella tampoco creía que fuera a hacerlo.

— ¿Qué dijo? — insistió Ashley.

— Nada — le dijo Colleen a su amiga —. Se puso un poco pálido, como si fuera a desmayarse. Así que le dije que seguiríamos hablando mañana y lo empujé hacia la puerta.

La verdad era que no había querido escuchar lo que él podría haber contestado a su dolorosa declaración.

Estaba desconcertada. No sabía si felicitarse por su valentía o avergonzarse de su estupidez.

¿Y si se había equivocado del todo? ¿Y si había malinterpretado lo que veía en los ojos de Bobby? ¿Y si él no la miraba en realidad con deseo apenas disimulado?

— Tenía que intentarlo — le dijo a Ashley y a sí misma al mismo tiempo.

Ashley estaba sentada con las piernas cruzadas sobre la cama, abrazada a un viejo osito de peluche que le habían regalado a los tres años, cuando pasó el sarampión y con el que todavía dormía, a pesar de que acababa de cumplir veinticuatro años.

Resultaba irónico. La amiga de Colleen lo tenía todo: dinero, una cara bonita, un cuerpo perfecto, un peso que no variaba salvajemente según su estado de ánimo, una media de notable y un gusto impecable.

Naturalmente, Colleen tenía algo de lo que Ashley carecía y que no hubiera cambiado ni por la cara o el cuerpo de su amiga, ni por todo el oro de Fort Knox.

Porque Colleen tenía unos padres que la apoyaban en todo, al cien por cien. Ella sabía sin ninguna duda que, hiciera lo que hiciese, sus padres la respaldarían.

Y no como el señor DeWitt, que criticaba a su hija sin cesar. Colleen no se imaginaba cómo habría sido crecer en esa casa. Podía imaginarse a Ashley de niña, intentando desesperadamente agradar a su padre sin conseguirlo nunca.

Ciertamente, los padres de Colleen no eran perfectos. Los padres nunca lo eran. Pero la querían incondicionalmente. Ella nunca lo había dudado.

— ¿Quieres hablar de lo que ha pasado? — le preguntó a Ashley.

Su amiga suspiró.

— Soy tan estúpida — Colleen esperó sin decir nada —. Había un nuevo abogado en el bufete de mi padre — dijo finalmente Ashley —. Brad Hennesey — se le llenaron los ojos de lágrimas, pero intentó reírse —. Dios mío, qué idiota soy. No puedo decir su nombre sin... — señaló su propia cara. Colleen le tendió una caja de pañuelos de papel y aguardó mientras Ashley se sonaba la nariz —. Era un encanto — continuó Ashley —. Por supuesto, era de esperar que fuera un encanto conmigo, porque soy la hija del jefe, pero parecía tan sincero, tan...

— Oh, no — dijo Colleen. Creía saber adonde llevaba todo aquello, y rezaba por equivocarse.

— Hice algo realmente estúpido — admitió Ashley —. Empezamos a salir, y él era tan... — se rió tristemente —. Sí, era completamente perfecto: tan listo y tan guapo, con sus dientes blancos y su cuerpo de modelo, y nos gustaban los mismos libros y las mismas películas y... Me enamoré de él. ¡Dios! ¿Cómo puedo ser tan tonta? — Colleen aguardó, deseando estar equivocada —. Y entonces me enteré de que mi padre lo había contratado adrede. Brad formaba parte de un plan para asegurarse de que, cuando acabe la universidad, entre en el bufete. Iba a hacerlo socio justo después de nuestro compromiso. Te lo cuento y me suena completamente perverso. ¿Puedes creértelo?

Sí, podía. Colleen conocía al padre de Ashley.

— Ay, Ashley — dijo —. ¿Cómo te enteraste?

— Brad me lo dijo — dijo su amiga —. Lo confesó todo. Me llamó de madrugada y me dijo que teníamos que vernos enseguida. Vino a casa y salimos al jardín y... Estaba muy nervioso y me dijo que me quería. Que se había enamorado de mí y que quería contármelo todo antes de que siguiéramos adelante, que no podía seguir ocultándolo por más tiempo.

— Pero eso está bien — dijo Colleen —. ¿No? Al final, fue sincero.

— Colleen, Brad aceptó un puesto de trabajo que incluía engatusar a la hija del jefe y casarse con ella — todavía se ponía enferma al pensarlo —. ¿Qué clase de hombre haría eso?

—¿Uno que vio tu fotografía, tal vez? —sugirió Colleen. Ashley la miró como si estuviera aliada con el diablo—. No digo que lo que hizo esté bien, pero ¿y si realmente está enamorado de ti?

—¿Lo está —preguntó Ashley sombríamente—, o sólo dice que lo está? ¿Y si su confesión fuera otra mentira?

Oh, vaya. Colleen no lo había pensado de esa manera. Pero Ashley tenía razón. Si ella intentara engañar a alguien para que se casara con ella, fingiría estar enamorada de ese alguien, lo confesaría todo y suplicaría su perdón. Eso salvaría las apariencias si la verdad salía a la luz después de la boda.

—Hemos dormido juntos, Colleen —dijo Ashley tristemente—. Y mi padre le estaba pagando.

—Bueno —dijo Colleen—, no creo que tu padre le pagara precisamente por eso.

—Para mí es lo mismo —Ashley era una de esas mujeres que seguían estando bellas cuando lloraban—. ¿Sabes lo más absurdo de todo?

Colleen sacudió la cabeza.

—No.

—No he tenido valor para enfrentarme a mi padre —le temblaron los labios—. Sólo escapé. Me escondí.

—Pero le estás escribiendo una carta —dijo Colleen—. Es un comienzo.

—Clark me dice siempre que debería hacer uno de esos cursos de superación. Ya sabes, uno de esos en los que te vas a la montaña con una cantimplora de agua y un cuchillo de caza y no vuelves hasta haber matado un oso.

Colleen se echó a reír ante aquella idea absurda.

—¿Le haces caso a un tío con el pelo azul? —Ashley también se rió, temblorosa—. ¿Sabes qué creo que deberías hacer? Creo que deberías volver y tener una aventura apasionada con Brad. Restregárselo a tu padre por la cara. Que todo el mundo se entere. Y luego, el año que viene, cuando te gradúes, destapas el pastel, le das a tu padre un buen chasco, te presentas a las oposiciones en California y te pones a trabajar como abogada de oficio en Los Ángeles para fastidiarlo. Eso es lo que yo haría.

—¿Podrías hacerlo? —preguntó Ashley—. ¿De veras? ¿Tener una aventura con un hombre sin enamorarte de él? ¿Sin ir más allá?

Colleen pensó en Bobby Taylor, en qué pasaría si al final conseguía llevárselo a la cama. Pensó en despertar a su lado, en contemplar sus bellos ojos cuando se inclinara a besarla. Pensó en llevarlo al aeropuerto y en quedarse mirando su espalda ancha y su larga trenza mientras se adentraba en la terminal, alejándose de ella. Sin mirar atrás.

Pensó que eso le rompería el corazón. Un poco.

Lo justo para cambiarla para siempre.

—No —dijo en voz baja—. Creo que yo tampoco podría.

Capítulo VIII

— Espera — dijo Bobby—. Zoe, no, si se ha tomado el día libre, no lo... — «molestes». Pero Zoe Robinson ya se había apartado del teléfono.

— ¡Hola, Bobby! — el almirante Jake Robinson parecía contento y relajado—. ¿Qué tal? Zoe me ha dicho que llamas desde Boston.

— Eh, sí, señor — dijo Bobby—. Pero, señor, esto puede esperar hasta mañana, porque...

— ¿Qué tal tu hombro? — lo interrumpió el almirante.

— Mucho mejor, señor — mintió Bobby. Era muy propio del almirante Robinson mantenerse informado de las heridas que sufría cualquier miembro de los equipos especiales de la Marina... y recordar lo que le habían contado.

— Estas cosas llevan su tiempo — también era muy propio de Robinson intuir que Bobby mentía—. Tómalo con calma, Taylor. No te esfuerces demasiado.

— Sí, señor. Almirante, yo no tenía ni idea de que su secretaria pasaría la llamada ahí, a su casa.

— Bueno, querías hablar conmigo, ¿no?

— Sí, señor, pero usted es un almirante, señor, y...

— Ah — Robinson se echó a reír—. Te gustaría que fuera más difícil dar conmigo, ¿eh? Bueno, si quieres llamo a Dottie y le dije que te ponga en espera media hora.

Bobby también se echó a reír.

— No, gracias. Sólo estoy... sorprendido.

— No me pasan cualquier llamada — Jake Robinson adoptó un tono serio—. Seguramente Dottie ya les habrá dado largas a media docena de capitanes, comandantes y coroneles esta mañana. Pero cuando fundé la Agrupación Gris, me propuse estar disponible veinticuatro horas al día, siete días a la semana para los hombres que mando a alguna misión. Tú trabajas para mí y me necesitas, pues aquí estoy. Seguramente no lo sabes, pero cuando te hirieron estabas en una misión de la Agrupación Gris.

— No me lo habían dicho, pero... lo sabía.

— Así que, dime, Taylor, ¿qué sucede?

Bobby se lo contó.

— Señor, he sabido que una docena de ciudadanos estadounidenses, la mayoría de ellos de aquí, de Boston, está a punto de marcharse a Tulgeria con la única protección de un guardaespaldas privado.

Robinson pronunció una maldición.

Bobby le habló sobre la organización dedicada al socorro de las víctimas del terremoto, sobre el autobús y los niños del orfanato, y le contó que aquel grupo de buenos samaritanos estadounidenses no estaban dispuestos a renunciar a su viaje.

— ¿Quién es su contacto con ese grupo, soldado? — preguntó Robinson—. ¿Su novia?

— Negativo, señor — dijo Bobby de mala gana—. No, es la hermana de Wes Skelly. Es una de las cooperantes que va a ir a Tulgeria.

— ¿No me digas que Skelly te ha mandado a Boston para que la convanzas de que no vaya? — rió Robinson—, Dios mío, eres un buen amigo, Bobby.

— Wes está fuera del país, almirante, y yo tenía tiempo. Además, él haría lo mismo por mí.

— Sí, y sospecho que tu hermana es más fácil de manejar que la hermana de Skelly. Por cierto, ¿cómo se llama?

— Colleen, señor.

— Si Colleen Skelly se parece a su hermano tanto como imagino, que Dios nos asista.

Bobby se volvió a reír.

— Sí y no, señor. Ella es... — Maravillosa. Guapa. Increíblemente atractiva. Inteligente. Perfecta—. Es especial, señor. En realidad, me recuerda a Zoe en muchos sentidos. Es dura, pero en realidad esa dureza no es más que una fachada tras la que se oculta, ya sabe lo que quiero decir.

— Oh, sí, claro que lo sé — el almirante se rió suavemente—. Sí, muchacho. Ya sé que no es de mi incumbencia, ¿pero sabe Wes que te sientes atraído por su hermana?

Bobby cerró los ojos. Maldición, se había delatado. No tenía sentido negarlo delante de Jake. Aquel hombre podía ser almirante, pero también era un amigo.

— No, no lo sabe.

— Hum. ¿Y ella lo sabe?

Buena pregunta.

— En realidad, no.

— Vaya.

— Quiero decir que ella es increíble, Jake, y yo creo que... No, yo sé que le gusto, me lo ha dejado bien claro, pero no puedo hacerlo y estoy...

— Hecho polvo — dijo Jake—. Sí, sé lo que es eso. Y si realmente se parece a Zoe, no tienes nada que hacer — se echó a reír—. Conque Colleen Skelly, ¿eh? Con ese nombre, me la imagino bajita, pelirroja y con la misma constitución que su hermano: fuerte y delgadita. Con la lengua afilada y mucho temperamento.

— Es pelirroja — dijo Bobby—. Y tiene razón en lo de la lengua afilada y el temperamento, pero es alta. Quizá sea incluso más alta que Wes. Y no es delgada.

Es... – maciza. Como una casa de ladrillo. Sensual. Voluptuosa—. Es escultural – dijo por fin.

– Más alta que Wes, ¿eh? Eso debe de sacarlo de quicio.

– Ella ha salido a la familia de su padre, y Wes se parece más a la de su madre. A Colleen también la saca de quicio. Es guapísima, pero no se lo cree.

– Cosas de la genética. Una prueba de que la Madre Naturaleza existe – dijo Jake, riendo—. Tiene un sentido del humor muy irónico, ¿verdad?

– Necesito que me ayude, señor – Bobby fue al grano—. Colleen está decidida a irse a Tulgeria. Ese viaje tiene toda la pinta de convertirse en un incidente internacional. Si no es un asunto en el que deba intervenir el Escuadrón Alfa o la Agrupación Gris, confío en que me dé usted permiso para...

– Pero sí lo es – dijo el almirante—. Se trata de proteger a ciudadanos estadounidenses. Casos como éste yo los considero contraterrorismo preventivo. El gobierno tұлgaro se quejará, claro, pero conseguiremos introducirlos en el país. Les diremos a las autoridades locales que necesitamos dos equipos – decidió—. Uno acompañará a Colleen Skelly y sus amigos, y el otro actuará en secreto. Es un momento muy oportuno, Taylor. En realidad, eres tú quien va a hacerme un favor.

El almirante Robinson no lo dijo, no podía decirlo, pero Bobby comprendió que mandaría secretamente un tercer equipo de élite con una misión muy diferente, seguramente relacionada con la investigación sobre esos rumores acerca de las matanzas de civiles que estaba cometiendo el gobierno tұлgaro.

– El Escuadrón Alfa volverá de su operación de entrenamiento dentro de tres días como mucho – continuó Robinson—. Los mandaré a la costa este, a Little Creek. Nosotros nos encontraremos allí, Taylor. Los pondrás al corriente y trazarás un plan de actuación. Después te los llevarás a Boston para ultimar los detalles con Colleen Skelly y sus amigos los idealistas.

El almirante quería que Bobby formara parte de la operación.

– Lo siento, señor – dijo—. Debo de haberme explicado mal respecto al estado de mi hombro. Todavía no puedo apenas moverlo y...

– Pensaba que serías de gran ayuda porque ya has establecido contacto con los civiles – le cortó—. Pero lo dejo a tu elección, Bobby. Si no quieres ir...

– Oh, no, señor, yo quiero ir.

Quería estar allí, en persona, para asegurarse de que Colleen estaba a salvo.

Sí, habría sido más fácil dejarlo todo en manos del almirante Robinson y regresar inmediatamente a California. Pero Wes estaría de vuelta al cabo de tres días. Bobby podría arreglárselas para mantenerse a distancia de Colleen durante tres días.

¿O no?

– Bien – dijo Jake—. Echaré a rodar la pelota.

– Gracias, señor.

– Antes de colgar, ¿quieres un consejo inoportuno?

Bobby vaciló.

– No estoy seguro, señor.

El almirante se echó a reír.

– Respuesta equivocada, Taylor. Ésta es una de esas veces en que se supone que tienes que decir: «Señor, sí, señor», simplemente porque yo soy almirante y tú no.

– Señor, sí, señor.

– Confía en tu corazón, Bobby. Tienes un buen corazón, y, cuando llegue el momento, confío en que sabrás qué hacer.

– Gracias, señor.

– Nos veremos dentro de unos días. Gracias de nuevo por llamar.

Bobby colgó el teléfono y se recostó en la cama de su habitación de hotel, mirando al techo.

«Cuando llegue el momento, sabrás qué hacer».

Ya sabía qué debía hacer.

Debía mantenerse apartado de Colleen Skelly, la cual estaba convencida de que lo deseaba.

¿Pero qué sabía ella? Era ridículamente joven. No tenía ni idea de lo difícil que era mantener una relación a larga distancia. No tenía ni idea de lo duro que resultaba estar con un miembro de las fuerzas especiales. Colleen confundía su deseo de tener una relación física con un hombre del que se había encaprichado, con su necesidad, mucho más real, de experimentar algo más poderoso y permanente.

Decía que quería pasión. Bueno, él podía dársela. No le cabía ninguna duda. Y, tal vez, con mucha suerte, se quedaría tan deslumbrada que se enamoraría de él.

Sí, claro, ¿y entonces qué pasaría con ella? Enamorada de un hombre que se pasaba casi todo el tiempo fuera del país en compañía de su hermano..., siempre y cuando Wes lo perdonara y volviera a dirigirle la palabra. Colleen se cansaría de aquello enseguida.

Al final, estaría tan cansada de ocupar un segundo plano en la vida de Bobby que lo abandonaría.

Y él no la detendría.

Pero ella querría que lo hiciera. Y aunque fuera ella quien lo abandonara, sufriría.

Lo último que quería Bobby era hacerle daño a Colleen. «Confía en tu corazón». Eso haría. Aunque ello matara su relación antes incluso de que empezara. Aunque fuera lo más difícil que hiciera nunca.

Colleen cerró con fuerza la puerta trasera de la camioneta.

–De acuerdo –dijo mientras echaba la llave–. ¿Alguien ha cerrado mi apartamento con llave?

Kenneth miró a Clark, quien a su vez miró a Kenneth.

Colleen miró a Bobby, que asintió con la cabeza.

–Yo me encargué de eso –dijo.

No era de extrañar. En Bobby podía confiarse. Era listo. Y mucho más sexy de lo que tenía derecho a ser un hombre a las diez de la mañana.

Sus ojos se encontraron fugazmente antes de que él desviara la mirada, pero Colleen sintió una oleada de calor por dentro. Vergüenza. Bochorno. Mortificación. ¿Qué le había dicho exactamente la noche anterior? «Te deseo». A plena luz del día. No podía creer que se hubiera atrevido. ¿Qué se le había pasado por la cabeza?

Sin embargo, él seguía allí. Había aparecido, temprano aquella mañana, con una taza de café caliente en la mano, para ayudarla a sacar todas aquellas cajas de su cuarto de estar y meterlas en la camioneta de la Asociación.

Apenas le había dirigido la palabra a Colleen.

En realidad, solo había dicho «hola», y luego se había puesto a bajar cajas por las escaleras con Clark y Kenneth. Hasta con el hombro herido era capaz de llevar dos a la vez sin pestañear.

Colleen se había pasado la última hora y media analizando ese «hola» a medida que apilaba cajas en la parte de atrás de la camioneta. Bobby parecía contento. ¿Se alegraba de verla? Si no se hubiera alegrado de verla, habría dicho un «hola» indiferente. Que era como decir que, al menos, no parecía que le desagradara verla. Y eso era bueno.

¿No?

En su cabeza seguía resonando todo lo que le había dicho la noche anterior.

En cualquier momento se quedarían a solas en la camioneta. En cualquier momento le soltaría el discurso de la amistad, segunda parte. Colleen sabía lo que la esperaba. Él utilizaría la palabra «halagado» refiriéndose a su declaración de la noche anterior, e insistiría en su diferencia de edad, de orígenes, y de todo.

Aunque la mayor diferencia entre ellos era que Colleen ya sabía que era idiota.

Se sentó tras el volante y giró la llave. Bobby se sentó a su lado, recogió la mochila de Colleen del suelo y la puso entre los dos, sobre el asiento corrido, como una especie de barrera protectora o de frontera infranqueable.

–Eh –gritó Clark–. ¿Podéis acercarnos a Kenmore Square? Vais en esa dirección, ¿no?

–Claro –dijo ella–. Subid.

Notó que Bobby se ponía tenso. Él abrió rápidamente la puerta del lado del pasajero como si fuera a salir para dejar que los chicos se sentaran en el medio, sin duda para evitar apretujarse contra ella, pero Kenneth ya estaba allí, listo para subir.

Colleen lo miró. Bobby cruzó los brazos y se deslizó en el asiento hacia ella.

Ella agarró su mochila y la puso en el suelo, entre el asiento y la puerta.

Él se acercó todo lo que pudo sin llegar a tocarla. Parecía increíble que pudiera estar tan cerca sin rozarla siquiera.

Bobby olía a champú, a ropa limpia y café. Había vuelto a recogerse el pelo en una coleta. Colleen intuyó que ese día no le dejaría hacerle una trenza.

—Lo siento —dijo ella en voz baja—. Creo que anoche hice que te sintieras violento.

—Me diste un susto de muerte —susurró él—. No me malinterpretes, Colleen, me siento halagado. De verdad. Pero ésta es una de esas situaciones en las que lo que deseo hacer y lo que debo hacer son cosas completamente distintas. Y el deber es lo primero.

Ella levantó la mirada y se encontró su cara a muy pocos centímetros de distancia. Al verlo tan cerca, casi se le olvidó lo que acababa de decirle. Casi.

Lo que quería hacer, había dicho. Cierto, había usado la palabra «halagado», como ella esperaba, pero el resto de lo que había dicho era...

Colleen le miró la boca, los ojos, el mentón perfecto y la nariz. Estaban tan cerca que, si quería, podía inclinarse ligeramente y besarlo. Y quería.

Además, él acababa de decirle, a pesar de todo, que la deseaba. Había ganado. ¡Había vencido!

«Mírame», pensó ella. Pero él parecía concentrado en el cuentakilómetros de la camioneta. «Bésame».

—Hablé con el almirante Robinson y me dijo que prestaría apoyo militar a vuestra expedición —dijo él—. Quiere que me quede aquí para seguir en contacto con tu grupo y, bueno... —la miró fugazmente—, acepté. Estoy aquí. Soy consciente de lo que pasa. He de quedarme aquí, aunque sé que preferirías que me fuera.

—No, Bobby —le puso la mano sobre la rodilla—. Yo no quiero que te vayas a ninguna parte.

Él volvió a mirarla de soslayo, tomó su mano suavemente y la depositó de nuevo sobre su regazo.

—La verdad es que —fijó la mirada en un punto fuera de la camioneta— no puedo quedarme en esto... —cerró los ojos un instante—... con la función que tú quieres asignarme.

Ella se echó a reír, atónita.

—¡Pero eso es absurdo!

Él se inclinó hacia delante para mirar por la puerta del lado del pasajero. Quería ver por qué Clark tardaba tanto en subir. El hermano de Ashley estaba apoyado en la puerta, con la cabeza gacha, intentando quitarse algo de la suela del zapato.

—El almirante me dijo que Wes volverá dentro de tres días —le dijo Bobby a Colleen. Tres días. Eso significaba que no tenían mucho tiempo para... —. Cuando vuelva, será más fácil para mí, ya sabes, hacer lo correcto. Hasta entonces...

—¿Hacer lo correcto? —repitió ella, en voz tan alta que Kenneth empezó a sentirse incómodo—. ¿Cómo es posible que lo nuestro no sea lo correcto si todo es perfecto?

Bobby miró a Kenneth y a Clark antes de volver a mirarla a ella.

—Por favor, Colleen, te lo suplico, no me lo pongas más difícil de lo que ya es —dijo en voz baja, y ella comprendió que no había ganado. Había perdido. Bobby también la deseaba, pero le estaba suplicando que no siguiera insistiendo.

La deseaba, pero no la quería. Al menos, no lo suficiente para que sus sentimientos se impusieran a su sentido del deber.

Colleen sintió ganas de llorar, pero compuso una sonrisa.

—Qué lástima, Taylor. Habría sido fantástico —le dijo.

Él también puso una sonrisa forzada. Cerró los ojos, como si no soportara mirarla, y sacudió la cabeza ligeramente.

—Lo sé —dijo—. Créeme, lo sé.

Abrió los ojos y la miró fugazmente. Iba sentado muy cerca de ella. Tan cerca que Colleen podía ver que sus ojos eran en realidad completamente marrones. Sin motas de otro color, sin imperfecciones.

Pero mucho más fascinante que su color puro era el destello de impotencia y deseo que había en su mirada.

Colleen se quedó sin aliento.

—Echaos un poco para allá para que pueda cerrar la puerta —dijo Clark. Se movió hacia la izquierda, empujando a Kenneth y a Bobby, que se apretujó contra Colleen. Su muslo rozaba el de Colleen. No sabía dónde poner el brazo, y aunque trató de ponerse de lado, aquello no hizo sino empeorar las cosas. De pronto, Colleen quedó prácticamente sentada en su regazo.

—Así —dijo Clark con satisfacción al cerrar la puerta de la camioneta—. Ya estamos listos, tíos. Vámonos.

Limitarse a conducir. Colleen sabía que eso era lo más sensato: limitarse a conducir. Si había poco tráfico, tardarían unos quince minutos en llegar a Kenmore Square. Después, Clark y Kenneth se marcharían, y Bobby y ella no tendrían que volver a tocarse.

Sentía el calor que irradiaba el cuerpo de Bobby. Éste se removía, intentando apartarse de ella, pero sólo consiguió que ella fuera más consciente de su proximidad, de que ambos llevaban pantalones cortos, y de que su piernas se rozaban.

«Estoy bien», se dijo. Estaría bien mientras siguiera respirando.

Se inclinó hacia delante para poner en marcha la camioneta. Al alzar el brazo para sujetar el volante, sintió el brazo de Bobby contra su pecho.

Él intentó apartarse, pero no pudo.

—No puedo alzar el brazo para ponerlo en el respaldo del asiento —dijo él con voz ronca—. Lo siento.

Colleen no pudo evitar echarse a reír.

Y entonces hizo lo único que podía hacer, dadas las circunstancias. Dejó la camioneta en punto muerto, se giró y lo besó.

Él no se lo esperaba. Colleen percibió su sorpresa. Por un instante, él intentó separarse, pero luego se rindió.

Y la besó tan desesperadamente y con tanta ansia como ella lo besaba a él.

Fue un beso tan apasionado como el que se habían dado en el callejón. ¿Besaría él siempre así, con aquella extraña mezcla de suavidad y dureza, con aquel ansia voraz y aquella intensidad febril, como si quisiera absorber la vida de Colleen? La abrazó, apretándola contra su cuerpo para poder besarla plenamente.

A Colleen nunca la habían besado tan apasionadamente en toda su vida.

Y le gustaba. Le gustaba mucho.

Bobby Taylor besaba con tal extravío que parecía a punto de perder el control sobre sí mismo.

La apretó contra él, tirando de ella como si quisiera sentarla en su regazo, que se montara a horcajadas sobre él. Y si él quería...

—¿Sabes, Kenneth? Pensándolo mejor, creo que llegaremos más rápido si tomamos el metro.

Oh, Dios.

Colleen se echó hacia atrás en el mismo instante en que Bobby la soltaba.

Él respiraba con dificultad y la miraba fijamente, con una expresión salvaje que ella nunca le había visto antes.

—¿Así es como me ayudas? —preguntó él.

—Sí —dijo ella. Apenas podía respirar—. No. Quiero decir que...

—Vaya, lo siento —dijo Kenneth alegremente—. Tenemos que irnos. Clark, muévete.

—Vosotros no vais a ninguna parte —dijo Colleen, abriendo la puerta—. Bobby conducirá. Yo me sentaré en el otro lado.

Salió de la camioneta y se quedó un momento parada junto a la puerta, esperando a que sus piernas de gelatina se volvieran de hueso otra vez.

Sintió que Bobby la miraba mientras cruzaba por delante de la camioneta. Vio que Clark se inclinaba hacia delante y le decía algo.

—¿Estás seguro, tío? —le estaba diciendo a Bobby cuando Colleen abrió la puerta.

—Sí —dijo Bobby con una firmeza que hizo que a ella le dieran ganas de llorar. Clark sin duda le había preguntado si quería que Kenneth y él se perdieran. Pero

Bobby no quería. No quería estar a solas con Colleen a no ser que fuera absolutamente inevitable.

Mientras Bobby ponía la camioneta en marcha, ella se inclinó hacia delante y le dijo:

—No pretendía empeorar las cosas. Ha sido una especie de... no sé... una especie de beso de despedida —él la miró como si no entendiera nada—. Pensé que, ya que hemos decidido que nuestra relación sea sólo platónica, pues que... —maldijo para sus adentros. Aquello no estaba saliendo bien. «Dilo». ¿Pero qué haría él? ¿Reírse de ella por ser tan patética?—. Sólo quería besarte una última vez. ¿Tan terrible es?

—Perdona —dijo Clark—, ¿pero era un beso platónico?

A Bobby se le había deshecho la coleta. Intentó recogerse el pelo con la mano derecha. Se lo colocó detrás de las orejas.

—Tío, si eso era un beso platónico —dijo Clark—, me gustaría ver qué...

Kenneth le tapó la boca con la mano.

—Lo siento —dijo Colleen.

Bobby levantó la mirada de la carretera y la miró. La mezcla de remordimiento, rabia y emociones misteriosas que brillaba en sus ojos oscuros la asaltaría de nuevo en sus sueños. Probablemente, el resto de su vida.

—Yo también lo siento.

Capítulo IX

Había manifestantes. En la acera. Frente al Centro de Educación sobre el Sida. Con pancartas en las que ponía NEMJ. No en mi jardín.

Siguiendo las instrucciones de Colleen, Bobby se había desviado después de dejar a Kenneth y Clark en Kenmore Square. Colleen tenía que recoger algo en el centro: unos papeles, o un archivo relacionado con la batalla legal que habían emprendido contra la junta vecinal.

Ella había rellenado el incómodo silencio que reinaba en el interior de la camioneta a la manera típica de los Skelly: contándole a Bobby cómo había empezado a trabajar para el centro, a través de un programa para estudiantes de su facultad.

Aunque todavía no se había licenciado, eran tan pocos los abogados dispuestos a trabajar gratuitamente para organizaciones no gubernamentales que se permitía a los estudiantes de Derecho ocuparse de aquellas tareas.

Y Colleen siempre había estado dispuesta a echar una mano como voluntaria.

Bobby la recordaba con trece años, cuando la conoció. Colleen era aún muy pequeña. Una niña un poco marimacho, con las rodillas desolladas, los vaqueros rotos y el pelo rojo mal cortado. Ya entonces trabajaba como voluntaria en una asociación ecologista local con cuyos miembros solía salir a recoger la basura de las cunetas del vecindario.

Una vez, Wes y él la habían llevado al hospital para que la curaran y le pusieran la vacuna del tétano. Durante una de sus salidas por una zona particularmente sucia, un clavo oxidado había traspasado la suela de sus zapatillas y se le había clavado en el pie.

Le había dolido muchísimo y había llorado igual que aquella noche en el callejón: limpiándose las lágrimas rápidamente, para que Wes y él no lo vieran.

Aquél había sido un mal año para ella. Y para Wes también. Ese mismo año, Bobby había acompañado a Wes a casa para un funeral. Su hermano Ethan había muerto en un accidente de tráfico, al estrellarse contra un árbol en un coche conducido por un compañero de clase que llevaba suficiente alcohol en la sangre como para envenenarse.

Había sido muy doloroso. Wes se había pasado meses aturdido. Colleen había escrito a Bobby diciéndole que se había unido a un grupo de terapia relacionado con Madres Contra los Conductores Borrachos. Le había escrito para pedir que buscara algo parecido para Wes, el cual prefería a Ethan de entre todos sus hermanos y hermanas, y era a quien más había afectado su muerte.

Bobby lo había intentado, pero Wes no había querido ni oír hablar del asunto. Se había dedicado a entrenarse casi con ferocidad, y al final había vuelto a sonreír.

—Para — dijo Colleen.

—No hay sitio para aparcar.

—Déjalo en doble fila —le ordenó ella—. Voy a salir. Tú quédate en la camioneta.

—Ni lo sueñes —dijo él. Ella lo miró sorprendida—. Si crees que voy a quedarme aquí sentado mientras tú te enfrentas a esos bestias...

—No son unos bestias —replicó ella—. No veo a John Morrison por ningún lado, aunque apuesto a que está detrás de esto.

Bobby se paró ante un semáforo y Colleen abrió la puerta y salió de la camioneta.

—¡Colleen! —la sorpresa y algo más, algo más oscuro que le atenazó el estómago y le heló la sangre hizo que se le quebrara la voz.

Ella oyó su grito, pero se limitó a hacerle un gesto con la mano y cruzó corriendo la calle.

Miedo. Aquella sensación de frío que se extendía por sus venas era miedo.

Había aprendido a afrontar su propio miedo. Había saltado de aviones, nadado en aguas infestadas de tiburones, manipulado explosivos que, por el más leve error, podían convertir a un hombre en carne picada. Había logrado sujetar su miedo y controlarlo sabiendo que estaba tan bien adiestrado como podía estarlo un ser humano. Podía enfrentarse a cualquier cosa. A cualquier cosa que estuviera bajo su control. En cuanto a aquellas que escapaban a su control, había desarrollado una especie de filosofía zen. Viviría su vida a tope y, cuando le llegara el turno, cuando no le quedara más remedio, se iría. Sin remordimientos, sin desesperación, sin miedo.

Sin embargo, sintió miedo al ver que Colleen se precipitaba hacia el peligro.

Se abrió un hueco entre el tráfico. Bobby se saltó el semáforo y aparcó lo más cerca posible de la fila de coches aparcados frente al edificio. Puso las luces de emergencia, saltó de la camioneta y corrió todo lo rápido que pudo para interceptar a Colleen antes de que llegara ante los manifestantes.

Se paró justo delante de ella.

—Ésta —le dijo con la voz crispada—, ésta es la última vez que me desobedeces.

—Perdona —dijo ella, atónita—. ¿Has dicho «desobedecerte»?

Bobby se había pasado y lo sabía, pero estaba demasiado enfadado como para que le importara. Estaba perdiendo los nervios y cada vez gritaba más.

—Cuando estemos en Tulgeria, no te moverás, no levantarás ni un dedo sin mi permiso o el de Wes. ¿Entendido?

Ella se rió en su cara.

—Sí, claro, en tus sueños.

—Si vas a actuar como una niña incapaz de controlarse...

—¿Qué vas a hacer? —dijo ella, enfurecida—. ¿Atarme?

– ¡Sí, maldita sea, si tengo que hacerlo! – se oyó gritar Bobby. Le estaba gritando. Tan alto como les gritaba a los reclutas de las Fuerzas Especiales durante los entrenamientos en Coronado.

Sin embargo, Colleen no estaba en peligro. Bobby miró a los manifestantes, que de cerca parecían mucho menos peligrosos de lo que se había imaginado. Eran solo ocho, y seis de ellos eran mujeres ancianas.

Aun así, daba igual. Colleen había ignorado completamente su advertencia y, si hacía lo mismo en Tulgeria, acabaría muerta rápidamente.

– Vamos – le gritó ella, poniéndose de puntillas como un boxeador –. Átame. ¡A ver si te atreves!

Como si de verdad creyera que podía vencerlo en una pelea.

Como si de verdad creyera que él sería capaz de levantarle la mano a ella o a cualquier otra mujer.

No, Bobby no pelearía con ella. Pero había otras formas de ganar.

Bobby la levantó en volandas. La cargó sobre su hombro bueno. Ella empezó a debatirse, a patalear y a darle puñetazos en el trasero. Era una mujer grande, y a Bobby le dolía el hombro herido al intentar sujetarla, pero no era eso lo que ralentizaba su paso.

No. Era el hecho de que estaba tocando la piel desnuda de la espalda de Colleen bajo la camiseta ligeramente levantada mientras con la otra mano, al sujetarla para impedir que patalara, tocaba la parte interior de sus muslos. La estaba tocando donde no debía. En sitios que llevaba años queriendo tocar. Pero no la bajó. Siguió llevándola a cuestas acera abajo, de vuelta a la camioneta aparcada en doble fila frente a la oficina del centro.

El pelo, que se le había soltado de la coleta, le caía sobre la cara. Colleen, braceando, agarró un mechón y tiró de él con fuerza.

– ¡Ah! ¡Dios!

Estaba decidido. En cuanto volviera al hotel, se raparía la cabeza.

– ¡Déjame! ¡Déjame bajar!

– Tú me desafiaste – le recordó él, maldiciendo otra vez cuando ella volvió a darle un tirón de pelo.

– ¡No pensaba que fueras lo bastante hombre como para hacerlo! – aquello le dolió más que los tirones de pelo –. ¡Socorro! – chilló ella –. ¡Qué alguien me ayude! ¡Señora O'Halaran!

¿Señora qué... ?

– Perdona, joven – de repente, los manifestantes se pusieron delante de Bobby. Una de las ancianas se plantó justo delante de él, enarbolando su pancarta como si fuera una cruz y él un vampiro –. ¿Se puede saber qué hace usted? – preguntó la anciana, achicando los ojos y mirándolo fijamente desde detrás de sus gruesas gafas.

Queremos dormir tranquilos, decía la pancarta. Junta de Seguridad Vecinal.

— Este hombre es un canalla, señora O'Halaran — respondió Colleen por él —. Un completo idiota, un imbécil y un machista. ¡Suéltame, estúpido!

— Conozco a esta jovencita de la iglesia — dijo la anciana señora O'Halaran, con los labios fruncidos en señal de desaprobación —, y estoy segura de que no se merece un trato tan grosero, señor.

Colleen le dio un puñetazo en la espalda y un rodillazo en el estómago, aunque Bobby sabía que apuntaba más abajo.

— ¡Suéltame!

— Colleen, ¿quieres que llamemos a la policía? — le preguntó uno de los dos hombres.

Ella conocía a aquella gente. Y ellos la conocían a ella, al menos de nombre. De la iglesia, había dicho la anciana. En realidad, Colleen no había estado en peligro en ningún momento.

Pero, por alguna razón, aquello puso a Bobby aún más furioso. Colleen podía haberle dicho que los conocía, en vez de dejar que pensara...

La dejó en el suelo. Ella se estiró la camiseta, tapándose la tripa desnuda, y entonces Bobby vio fugazmente su ombligo. Luego, Colleen se pasó los dedos por el pelo y lo miró fijamente, sonriendo malévolamente, como si ella hubiera ganado y él perdido.

Bobby procuró dejar de pensar en su ombligo y la miró los ojos.

— Para ti esto es una especie de juego, ¿verdad?

— No — dijo ella, sosteniéndole la mirada —. Es mi vida. Soy una mujer, no una niña, y no tengo que pedirle permiso a nadie para mover un dedo, como tú dices. No, muchas gracias.

— Así que haces lo que te da la gana. Vas por ahí haciendo lo que te apetece, besando a quien te viene en gana, siempre que quieres... — Bobby cerró la boca. ¿Qué demonios tenía que ver eso?

Bobby se había asustado porque Colleen no le había dicho que sabía que los manifestantes no representaban ninguna amenaza, y su miedo se había transformado en ira. Pero, naturalmente, también lo había enfurecido el hecho de que ella hubiera ignorado su advertencia.

Pero, en realidad, lo que más lo enfurecía era el beso que ella le había dado hacía menos de una hora. Aquel beso increíble lo había dejado completamente confundido.

— Lo siento — dijo ella suavemente, alzando una mano para retirarle el pelo de la cara.

Bobby se apartó de ella, incapaz de soportar la suavidad de su caricia, y rezó en silencio para que ocurriera un milagro, porque Wes apareciera de repente, como un ángel de la guarda que bajaba andando por la acera, hacia ellos, con aquel inconfundible paso de los Skelly.

Colleen se apiadó de él. En sus ojos verdiazules había compasión y tristeza.

Dios, qué hermosa era. Y qué patético era él.

Le había gritado a Colleen. ¿Cuándo había sido la última vez que lo había hecho estando realmente enfadado?

No se acordaba.

Ella se había vuelto hacia los manifestantes y estaba hablando con ellos.

– ¿Ha sido John Morrison quien les ha dicho que vengan aquí con estas pancartas?

Se miraron los unos a los otros. Mientras Bobby los observaba, Colleen les habló del Centro y les aseguró que sería una mejora para el barrio. No era una clínica abortista. No iban a repartir jeringuillas ni preservativos gratis. Se dedicarían a prestar consejo y a facilitar los análisis del VIH gratuitamente, además de charlas y talleres acerca del sida.

Los invitó a pasar, les presentó a los trabajadores y les enseñó el local, mientras Bobby esperaba fuera, junto a la camioneta.

A poca distancia calle abajo quedó un aparcamiento libre y, mientras Bobby estacionaba, sonó el teléfono de la camioneta. Era Rene, la coordinadora de la oficina de la Asociación de Ayuda Humanitaria a las Víctimas del Terremoto de Tulgeria, que quería saber dónde estaban. Tenía a diez voluntarios listos para descargar la camioneta. ¿Les decía que esperasen o que se fueran a comer?

Bobby le prometió que Colleen la llamaría enseguida. Estaba a media manzana del Centro cuando vio que los manifestantes recogían sus pancartas y se marchaban. Conociendo a Colleen, seguro que había convencido a la mitad para que trabajaran de voluntarios en el Centro. La otra mitad probablemente habría donado dinero para la causa.

Colleen salió y fue a su encuentro.

– No entiendo por qué John Morrison está tan empeñado en causarnos problemas. Supongo que debería alegrarme de que esta vez sólo haya mandado manifestantes, en vez de volver a tirar piedras a las ventanas.

– ¿Volver? – Bobby la condujo rápidamente hacia la camioneta. Quería sacarla de allí cuanto antes –. ¿Lo ha hecho antes?

– Dos veces – dijo ella –. Pero, claro, utiliza a niños del vecindario para hacer el trabajo sucio, así que no podemos probar que fuera él. ¿Sabes?, me parece un tanto irónico que ese tipo tenga un bar. Y no precisamente un local con clase, sino un tugurio. Un sitio donde la gente va a emborracharse y a buscar prostitutas. Estoy segura de que Morrison se queda con parte de las transacciones que se realizan en la trastienda, el muy canalla. Y dice que nosotros somos una amenaza para el vecindario... ¿De qué tendrá miedo?

– ¿Dónde está su bar? – preguntó Bobby.

Ella le dio una dirección que no significaba nada para él. Pero con la ayuda de un plano la encontraría fácilmente.

Bobby le dio las llaves de la camioneta.

– Llama a Rene a su móvil y dile que vas de camino.

Ella intentó disimular su sorpresa.

– ¿Tú no vienes? – él sacudió la cabeza, incapaz de sostenerle la mirada más que un segundo –. Ah...

Al notar que ella intentaba ocultar su desilusión, Bobby intentó explicarse.

– Necesito tiempo para... – ¿para qué? ¿Para esconderse de ella? Sí. ¿Para huir? Desde luego. ¿Para rezar por que pasaran rápidamente los dos días y medio que faltaban para que llegara Wes?

– Oye, no importa – dijo ella –. No tienes por qué...

– Me estás volviendo loco – le dijo él –. Cada vez que me despisto, me encuentro besándote. Parece que no puedo controlarme.

– A mí eso no me parece tan malo.

– Me da un miedo de muerte quedarme a solas contigo – admitió él –. No confío en poder mantener las distancias, y debo hacerlo.

Ella no se movió. No dijo nada. Sólo lo miró y dejó que Bobby viera cuánto lo deseaba. Él tuvo que dar un paso atrás para evitar dar un paso adelante, y luego otro y otro, y estrecharla entre sus brazos.

– Debo... – dijo – ... irme.

Se dio la vuelta. Y después volvió a girarse hacia ella.

Colleen siguió callada. Esperando.

Era mediodía y la acera estaba llena de gente. ¿De verdad creía ella que iba a besarla?

Pero deseaba tanto hacerlo...

Un beso de despedida. Una última vez. Bobby deseaba hacerlo, deseaba besarla. Sabía que aquella sería la última vez.

Deseaba desesperadamente que ella lo besara como lo había besado en la oscuridad del callejón de Harvard Square. Con aquella misma suavidad. Con la misma dulzura. Con la misma perfección.

Solo una vez más.

Pero no podía besarla una última vez. En cuanto volviera a tocarla, los dos perderían el control.

– Sube a la camioneta – logró decirle por fin –. Por favor.

Por un instante, creyó que ella iba a tenderle los brazos. Pero entonces ella se giró y abrió la puerta de la camioneta.

– ¿Sabes? Tendremos que hablar sobre eso de la obediencia – dijo Colleen –. Porque si no te cortas un poco, voy a recomendar que no aceptemos la protección de tu almirante. No tenemos por qué hacerlo, ¿sabes?

Sí, claro que lo sabía. Pero Bobby mantuvo la boca cerrada. Ella subió a la camioneta por el lado del pasajero, sin decir nada, se sentó tras el volante y encendió el motor. Mientras Bobby la miraba, se incorporó al tráfico y se alejó.

Dos días y medio más. ¿Cómo demonios iba a sobrevivir él?

Capítulo X

Colleen limpió el frigorífico, fregó el suelo del cuarto de baño y abrió su correo electrónico. Llamó a la oficina principal del centro para interesarse por el estado de Andrea Barker, la mujer a la que habían agredido frente a su casa. Le dijeron que seguía igual: en coma.

A las nueve de la mañana, Bobby aún no había llamado.

A las nueve y cuarto, Colleen descolgó el teléfono una o dos veces, pero al final no se atrevió a llamar a su hotel.

Por fin, a las diez menos cuarto, sonó el telefonillo.

— ¿Bobby?

— Eh, no — Colleen no reconoció aquella voz masculina —. Estoy buscando a Ashley DeWitt.

— Lo siento — dijo Colleen —, pero no está aquí.

— Mire, vengo desde Nueva York. Sé que iba a venir aquí y... Espere un segundo — dijo aquella voz.

Se produjo un largo silencio y, después, llamaron a la puerta del apartamento.

Colleen miró por la mirilla. Era Brad. Tenía que ser él. Era alto y delgado, con el pelo rubio oscuro y cara de pertenecer a un club náutico. Colleen abrió la puerta con la cadena puesta y lo miró fijamente, arqueando una ceja.

— Hola — dijo él, intentando sonreír. Tenía un aspecto horrible. Como si hiciera una semana que no dormía —. Perdona, alguien abrió la puerta y he aprovechado para entrar.

— Querrás decir que te has colado.

Él dejó de sonreír.

— Tú debes de ser Colleen, la compañera de Ashley. Soy Brad... , el imbécil al que alguien debería pegar un tiro.

Colleen miró sus ojos, tan azules como los de Paul Newman, y percibió su angustia. Aquél era un hombre acostumbrado a conseguir todo lo que quería con su apariencia y su encanto. Estaba habituado a ser el centro de atención, el vencedor, a ser envidiado por medio mundo y amado por el otro medio. Pero con Ashley había cometido un terrible error, y se odiaba a sí mismo por ello. Además, necesitaba un afeitado.

— No está aquí, de verdad — le dijo Colleen haciéndolo pasar al cuarto de estar —. Fue a visitar a su tía a Martha's Vineyard. No te molestes en preguntar, porque no sé la dirección. Su tía alquila una casa diferente cada verano. Creo que este año está en Edgartown, pero no estoy segura.

— Pero ha estado aquí. Puedo oler su perfume — se dejó caer pesadamente en el sofá y por un instante Colleen pensó que se pondría a llorar. Pero de alguna forma

consiguió no hacerlo. Si estaba actuando, se merecía un Oscar—. ¿Sabes cuándo volverá? —preguntó.

Colleen sacudió la cabeza.

—No.

—¿Estas cosas son tuyas o de ella? —observaba el cuarto de estar, deteniéndose en las acuarelas de las paredes, en las reproducciones de cuadros, en las cortinas estampadas a mano, en los cómodos muebles de segunda mano.

—Casi todo es mío —dijo Colleen—. Pero las cortinas son de Ashley. En el fondo, es una hippie. Bajo todos esos trajes de diseño se oculta una mujer que se muere de ganas por ponerse una camiseta descolorida.

—¿Te ha contado lo que hice? —preguntó Brad.

—Sí.

Él se aclaró la garganta.

—¿Crees que...? —tuvo que empezar otra vez—. ¿Crees que me perdonará alguna vez?

—No —dijo Colleen.

Brad asintió con la cabeza.

—Sí —dijo él—. Yo tampoco lo creo —se levantó—. El ferry que lleva a Vineyard sale de Woods Hole, ¿verdad?

—Brad, se ha marchado allí porque no quería verte. Lo que hiciste resulta incomprensible.

—Entonces, ¿qué me recomiendas que haga? —preguntó él—. ¿Que abandone? —le temblaban las manos como si hubiera tomado demasiado café en el trayecto desde Nueva York.

Colleen sacudió la cabeza.

—No —dijo—. No abandones. Eso nunca —miró el teléfono, que seguía sin sonar. Bobby no iba a llamarla. Solo le quedaba una alternativa: tendría que llamarlo ella. Pero ella tampoco pensaba abandonar.

Acompañó a Brad hasta la puerta.

—He dejado mi trabajo —dijo él—. Ya sabes, en el bufete de su padre. Si Ashley llama, ¿se lo dirás?

—Si llama —dijo Colleen—, le diré que has estado aquí. Y luego, si me pregunta, le diré lo que me has dicho. Pero sólo si me pregunta.

—Me parece bien.

—¿Qué debo decirle si me pregunta dónde estás?

Él empezó a bajar las escaleras.

—Dile que yo también estoy en Edgartown.

Sonó el teléfono y Bobby lo miró fijamente, sabiendo que era Colleen quien llamaba. Tenía que ser ella. ¿Quién, si no, lo llamaría allí? Tal vez Wes, que ya lo había llamado antes y le había dejado un mensaje.

El teléfono sonó otra vez. Bobby calculó rápidamente la diferencia horaria. No, definitivamente no era Wes. Tenía que ser Colleen.

El teléfono sonó por tercera vez. Una más y se pondría en marcha el contestador. Bobby lo descolgó cuando empezaba a sonar por cuarta vez, maldiciéndose para sus adentros.

– Diga.

– Hola, soy yo.

– Sí – dijo él –. Me lo imaginaba.

– Y aun así has contestado. Qué valiente eres.

– ¿Qué sucede? – preguntó él, intentando aparentar que todo iba bien.

– Nada – dijo Colleen –. Sólo me preguntaba dónde te has metido todo el día.

– Aquí y allá – ocupándose de asuntos de los que no quería hablarle. Por ejemplo, que había estado investigando a John Morrison. Por lo que había averiguado a través de la policía local, Morrison era un tipo patético. Aunque, según sabía por propia experiencia, los hombres patéticos también podían ser peligrosos. La gente tendía a pensar que eran más débiles de lo que en realidad eran –. ¿Has cerrado la puerta con llave?

Colleen bajó la voz seductoramente.

– ¿Y tú?

Oh, Dios.

– No estoy bromeando, Colleen – dijo él, procurando mantener un tono tranquilo. Pero no le resultaba fácil. En realidad, estaba a punto. De perder el control, de ponerse a gritarle otra vez –. Una compañera tuya ha sido agredida...

– Sí, he cerrado con llave – dijo ella –. Pero si alguien quiere entrar no le costará mucho, porque tengo las ventanas abiertas de par en par. Y no me pidas que las cierre, porque hace calor esta noche.

Era cierto. Hacía mucho calor. Incluso en aquella habitación de hotel con aire acondicionado.

Pero, curiosamente, hasta hacía unos minutos, justo antes de que sonara el teléfono, le había parecido que allí hacía fresco. Se había duchado poco antes para intentar refrescarse, pero el pelo, que aún llevaba suelto sobre los hombros, empezaba a pegársele a la nuca otra vez. En cuanto colgara el teléfono, se haría una coleta.

Y quizá se diera otra ducha. Una buena ducha helada.

– Colleen – dijo, con la voz crispada, pese a sus esfuerzos por parecer tranquilo –, por favor, no me digas que vas a dormir con las ventanas abiertas.

Ella se echó a reír.

– De acuerdo – dijo –. No te lo diré – Bobby se oyó a sí mismo emitir un sonido estrangulado –. ¿Sabes? Si realmente quieres que duerma segura, deberías venir a mi casa – añadió ella –. Aunque, claro, ahí tienes aire acondicionado, ¿no? Así que quizá sea mejor que me pidas que sea yo quien vaya a tu hotel. Podría tomar un taxi y estar ahí dentro de cinco minutos.

– Colleen...

– Está bien – dijo ella –. De acuerdo. No importa. Es una pésima idea. Olvídalo. Y olvídate también de que estoy aquí, sentada en mi cama, sola, y de que tú sólo estás a dos kilómetros, sentado en la tuya, seguramente solo. Olvídate de que besarte es una de las cinco mejores cosas que me han pasado en la vida y... Oh, cielos.

– No puedo – dijo él, sin disimular su angustia –. Maldita sea, aunque no fueras la hermana de Wes, sólo voy a quedarme aquí unos días. Eso es lo único que puedo ofrecerte. Ahora mismo no podría soportar tener otra relación a distancia. No puedo hacerme eso a mí mismo.

– A mí me basta con unos días – dijo ella –. Con un día, si quieres. Aunque sólo sea uno. Bobby, yo...

– No puedo hacerte eso – aunque lo deseaba con todas sus fuerzas. Podía estar en casa de Colleen en menos de cinco minutos. Un beso y le arrancaría la ropa. Dos y... Oh, cielos.

– Quiero saber lo que se siente – ella tenía la voz ronca y suave. Parecía susurrarle al oído a través del teléfono –. Sólo una vez. Sin ataduras, Bobby. Vamos...

Sí, sin ataduras. Salvo por la cuerda que Wes le ataría al cuello en cuanto se enterara.

Wes, que le había dejado un mensaje en el contestador del teléfono del hotel...

– ¡Hola, Bobby! Se rumorea que el Escuadrón Alfa regresa a Little Creek dentro de unos días para ayudar a la Agrupación Gris del almirante Robinson a una operación en Tulgeria, algo relacionado con protección a civiles. ¿Es cosa tuya, amigo? Déjame adivinar. Colleen te mandó a hacer gárgaras y tú llamaste a Jake. Buena jugada, amigo mío. Sería perfecta... si Spaceman no fuera tan estúpido. Está loco por conocer a Colleen. ¿Te acuerdas de esa foto suya que tenías? No sé de dónde la sacaste, pero Spaceman la vio y no deja de preguntarme por ella. Que a qué universidad va, qué cuántos años tiene, que si su pelo esto y sus ojos aquello y su sonrisa lo de más allá. ¡Estoy harto! Y si yo veo a algún boina verde acercarse a menos de veinticinco metros de ella alguna vez, aunque sea un oficial y un reconocido caballero como Spaceman, no sé lo que hago... Mira, te llamaré cuando lleguemos a Little Creek. Mientras tanto, no la pierdas de vista, ¿de acuerdo? Mételes en el cuerpo el temor de Dios y de la Marina de Estados Unidos a todos esos estúpidos universitarios que andan a su alrededor. Gracias por todo otra vez, Bobby. Espero que no hayas pasado una semana muy mala.

Mala era poco.

– Tal vez deberíamos practicar el sexo por teléfono – sugirió Colleen.

– ¿Qué? – a Bobby se le cayó el teléfono. Se agachó rápidamente y lo recogió –. ¡No!

Ella se estaba riendo de él otra vez.

– Venga, hombre. ¿Y tú sentido de la aventura, Taylor? ¿Qué llevas puesto? ¿No es así como se empieza?

– Colleen...

Ella bajó la voz.

– ¿No quieres saber cómo voy vestida yo?

– No. Tengo que dejarte – Bobby cerró los ojos, pero no colgó. Oh, cielos.

– Un camisón – dijo ella con la voz muy suave, y suspiró levemente –. Blanco. De algodón – hacía largas pausas entre cada palabra, como si le diera tiempo para imaginársela –. Sin mangas. Tiene botones por delante, pero el de arriba se cayó hace mucho tiempo. Es un camisón viejo, bonito y suave, y un poco repasado.

Bobby conocía aquel camisón. Lo había visto colgado de la puerta del cuarto de baño de la casa de Colleen la última vez que la había visitado en compañía de Wes. Lo había tocado por error al salir de la ducha, pensando que era una toalla. Pero no lo era. Era mucho más suave al tacto.

Y, bajo él, el cuerpo de Colleen sería aún más suave.

– ¿Quieres que adivine lo que llevas tú? – preguntó ella. Bobby no podía hablar –. Una toalla – dijo ella –. Sólo una toalla. Porque apuesto a que acabas de ducharte. Te gusta ducharte por la noche para refrescarte antes de irte a la cama, ¿verdad? Si te tocara – susurró –, tu piel estaría limpia, fresca y suave. Y tienes el pelo suelto, seguramente un poco húmedo todavía. Si estuviera ahí, te lo cepillaría. Me arrodillaría detrás de ti en la cama y...

– Si estuvieras aquí – dijo Bobby, interrumpiéndola, con una voz que hasta a él le sonó ronca –, no estarías cepillándome el pelo.

– ¿Y qué haría? – replicó ella.

Imágenes turbadoras comenzaron a bombardear la cabeza de Bobby: Colleen lanzándole su sonrisa deslumbrante justo antes de inclinar la cabeza y tomarlo en su boca; Colleen, tendida de espaldas en la cama, el pelo desparramado sobre la almohada, los pezones erectos por el deseo, esperándolo; Colleen con la cabeza echada hacia atrás mientras la montaba...

Pero la realidad intervino. Sexo telefónico. Cielo santo. ¿Qué pretendía hacerle Colleen? Bajo la toalla, estaba completamente excitado.

– ¿Que qué harías? Llamarías a un taxi para que te llevara a casa – dijo él.

– No, no lo haría. Te estaría besando – replicó ella –, y tú me levantarías en brazos y me llevarías a la cama.

—No, de eso nada —mintió él—. Colleen, tengo que... De verdad tengo que irme.

—Se te caería la toalla al suelo —dijo ella, y él, que al mismo tiempo temía y deseaba escuchar lo que Colleen diría a continuación, no consiguió colgar el teléfono— y, después de tumbarme en la cama, me dejarías que te mirara —respiró hondo y contuvo el aliento con un ligero gemido—. Creo que eres el hombre más bello que he visto nunca.

Él no sabía si reír o llorar.

—Yo creo que estás loca —se le quebró la voz.

—No. Tus hombros son tan anchos, y tu pecho y tus brazos... mmmm —dejó escapar un sonido gutural tan provocativo que Bobby pensó que se moriría. Pero no dijo nada—. Y los músculos de tu estómago... —suspiró—. ¿Sabes lo increíblemente bueno que estás desnudo? Eres tan... grande. Yo estoy un poco nerviosa, pero tú me sonríes y tus ojos son tan suaves y bonitos que enseguida entiendo que nunca me harías daño.

Bobby se levantó. El espejo que había sobre la cómoda, al otro lado de la habitación, reflejó su movimiento repentino y brusco. Tenía un aspecto ridículo allí de pie, con aquel bulto en la toalla. Debió de emitir algún gemido de angustia, porque ella lo acalló diciendo:

—Sss. Todo va bien.

Pero no era cierto. Nada iba bien. Aun así, no colgó. No podía hacerla callar.

Pero tampoco soportaba verse así, allí parado como un payaso absurdo y patético. Se quitó la toalla y la tiró al otro lado de la habitación. Se quedó desnudo. Desnudo y sufriendo de deseo por alguien a quien no podía poseer. Al menos, no de verdad.

—Después de mirarte un buen rato... —la voz de Colleen era musical, seductora. Bobby podía haberse quedado extasiado escuchándola leerle un libro por teléfono. Aquello lo estaba volviendo loco—, me desabrocho el camisón. No llevo nada debajo, nada en absoluto, y tú lo sabes. Pero no me metes prisas. Te sientas y me miras. Un botón y luego otro. Y al final, cuando he acabado, me siento tímida —se quedó callada un momento y, cuando volvió a hablar, su voz sonó muy débil—. Me temo que yo no te... gustaría —lo decía en serio. Lo pensaba sinceramente.

—¿Bromeas? Me encanta tu cuerpo —dijo Bobby—. Sueño contigo con ese camisón puesto. Sueño que...

Oh, Dios. ¿Qué estaba haciendo?

—Dímelo —jadeó ella—. Por favor, Bobby, dime lo que sueñas.

—¿Qué crees tú que sueño? —preguntó él ásperamente, enfadado con ella y consigo mismo, sabiendo que no tenía valor para colgar el teléfono y ponerle fin a aquello, aunque sabía que debía hacerlo—. Sueño exactamente con la escena que me estabas describiendo. Sueño que estás en mi cama —se le enronqueció la voz—. Lista para mí.

—Lo estoy —dijo ella—. Estoy lista para ti. Completamente. Tú me miras y yo... yo me toco... me toco allí donde quiero que tú me toques.

Lanzó un gemido y Bobby casi empezó a llorar. No podía hacerlo. Era la hermana de Wes la que estaba al otro lado de la línea. Aquello estaba mal.

Le dio la espalda al espejo, incapaz de soportar su propio reflejo.

—Por favor —gimió ella—, oh, por favor, dime lo que piensas cuando sueñas conmigo.

Oh, cielos.

—¿Dónde has aprendido a hacer esto? —tenía que preguntárselo.

—En ningún sitio —dijo ella, casi sin aliento—. Estoy improvisando. ¿Quieres saber con qué sueño yo? —No. Sí. Qué más daba. Ella no esperó a que le contestara—. Imagino que suena el timbre y que cuando abro la puerta eres tú. No dices nada. Sólo entras y cierras la puerta detrás de ti. Me miras y lo entiendo todo. Tú me deseas. Y luego me besas, primero muy despacio, delicadamente, pero luego cada vez con más ansia, hasta que pierdo la noción de lo que me rodea. Tú me tocas y yo te toco, y a mí me encanta acariciarte, pero no puedo acercarme a ti todo lo que quisiera. Tú te das cuenta y me quitas la ropa. Y sigues besándome y besándome, y no paras hasta que estoy tendida de espaldas en la cama y tú —su voz se convirtió en un susurro— estás dentro de mí.

—Eso es lo que yo sueño —musitó Bobby, intentando respirar—. Sueño con estar dentro de ti.

Ardería en el infierno por decirlo en voz alta. Ella también jadeaba.

—Me encantan esos sueños —dijo—. Son tan deliciosos...

—Sí...

—Oh, por favor —suplicó ella—. Cuéntame más...

Contarle... Cuando cerraba los ojos, veía a Colleen debajo de él, a su lado, arqueándose para restregarse contra su cuerpo, sus pechos llenando sus manos y sus boca, su pelo una cortina fragante, su piel tan suave como la seda, su boca dulce, húmeda y deliciosa, sus caderas moviéndose al ritmo de...

Pero no podía decirle nada de aquello.

—Sueño con tocarte —dijo ásperamente—. Con besarte. En todas partes —sus palabras sonaron ingenuas, comparadas con lo que ella acababa de describirle. Pero Colleen suspiró como si le hubiera ofrecido el equivalente verbal de un diamante. Así que Bobby lo intentó de nuevo, aunque sabía que no debía. Se quedó allí, escuchándose a sí mismo decir cosas que no debía decirle a la hermana de su mejor amigo—. Sueño con tenerte encima de mí —su voz sonó distante y ronca, espesa por el deseo y la necesidad. Seductora. ¿Quién habría pensado que se le daría bien aquello?—. Para poder verte la cara, Colleen —pronunció lentamente su nombre, paladeándolo—. Para poder mirarte a los ojos. Ah, me encanta mirarte a los ojos, Colleen, cuando...

—Oh, sí —gimió ella—. Oh, Bobby, oh...

Oh, cielos.

Capítulo XI

El teléfono sonó justo después de medianoche. Colleen lo descolgó al primer timbrazo. Sabía que era Bobby y que no llamaba para repetir lo que habían hecho hacía un rato.

Ni siquiera se molestó en decir hola.

— ¿Estás bien?

Él se había mostrado tan taciturno que Colleen se había inventado una excusa para colgar el teléfono, pensando que necesitaba quedarse solo para recuperar el aliento y el pulso.

Pero ahora se preguntaba si no habría sido un error. Tal vez lo que realmente necesitaba Bobby era hablar.

— No lo sé — contestó él —. Intento imaginarme a qué nivel del infierno me van a mandar.

— Ya veo que todavía eres capaz de bromear — dijo Colleen—. ¿Es una buena señal?

— No estaba bromeando. Maldita sea, Colleen, no puedo hacerlo otra vez. No puedo. Ni siquiera debería haber...

— De acuerdo — dijo ella —. Mira, olvídalos. Fui yo quien empezó. No te di ninguna oportunidad. Además, es como si no hubiera sido real.

— ¿Tú crees? — dijo él —. Tiene gracia, porque a este lado de la línea sonaba bastante auténtico.

— Bueno, sí — dijo ella —, claro. En cierto sentido lo ha sido. Pero la verdad es que tu participación fue agradable pero no necesaria. Lo único que tengo que hacer es pensar en ti. Si quieres saber la verdad, no es la primera vez que me dejo llevar por mis fantasías y llego al límite...

— ¡Oh, Dios, no me digas eso!

— Perdona — Colleen se obligó a callarse. Estaba empeorando las cosas, contándole secretos que la hacían sonrojarse cuando se paraba a pensar en ello. Pero los sentimientos de culpa de Bobby eran completamente injustificados.

— Tengo que colgar — dijo él, con la voz extrañamente intranquila —. Necesito salir de aquí. He decidido que... voy a marcharme a Little Creek. Volveré dentro de unos días, con el resto del Escuadrón Alfa.

Con Wes.

— Te agradecería que no le contaras a mi hermano...

— Voy a decirle que no te he tocado. Pero que quería hacerlo.

— Es que no tengo por costumbre hacer eso, ¿sabes? Lo del sexo por teléfono, quiero decir. Y como a ti evidentemente no te ha gustado, no voy a...

—No —la interrumpió él—. ¿Cómo puedes pensar que no me ha gustado? Me ha encantado. Eres increíblemente excitante, me has dejado hecho polvo. Si pusieras uno de esos números 900, te forrarías, pero será mejor que no lo hagas.

—¿Te ha encantado y no quieres que se repita?

Bobby guardó silencio y Colleen aguardó, con el corazón en la boca.

—No es suficiente —dijo él finalmente.

—Ven a casa —dijo ella, percibiendo el deseo en su propia voz—. Por favor. Todavía no es demasiado tarde para...

—No puedo.

—No entiendo por qué no. Si me deseas y yo te deseo, ¿por qué no podemos estar juntos? ¿Por qué tiene que ser todo tan difícil?

—Si fuéramos un par de conejos —dijo Bobby—, todo sería muy simple, claro. Pero no lo somos. La atracción que sentimos... está muy mezclada con lo que yo quiero, y es no tener una relación con alguien que vive a cuatro mil kilómetros de distancia de mí, y con lo que quiero para ti, que es que vivas felizmente para siempre con un buen hombre que te quiera, y con hijos si los quieres, y con una carrera que te haga levantarte de la cama con alegría cada mañana del resto de tu vida. Y si eso es poco, también está lo que Wes desea para ti, que es algo más que un hombre que te quiera; es un hombre que también pueda cuidar de ti. Alguien que no esté en las Fuerzas Especiales, que ni siquiera pertenezca a la Marina. Alguien que pueda comprarte regalos y pagarte las vacaciones y casas y coches sin tener que pedir un préstamo al banco. Alguien que esté ahí cada mañana, sin falta.

—Lo que quiere mi hermano es asegurarse de que no me divierta en absoluto, el muy hipócrita, armando todo ese follón con que tengo que reservarme para el matrimonio mientras él va por ahí acostándose con todas las que puede.

—Wes te quiere —dijo Bobby—. Le da miedo que acabes embarazada y amargada. Abandonada por algún perdedor. O, peor aún, atada a algún perdedor.

—Como si fuera a acostarme con un perdedor.

Bobby se rió suavemente.

—Bueno, sí, creo que yo entro en la definición de lo que Wes considera un perdedor. Así que sí, eso harías.

—Vaya —dijo Colleen—, ya veo que tienes la autoestima muy alta.

—Ésa es la definición de Wes —dijo él—. No necesariamente la mía.

—Ni la mía —replicó ella—. Desde luego, la mía no.

—Está bien —dijo él—. Dejemos a un lado todo ese lío de lo que yo quiero y de lo que tú quieres y lo que quiere Wes, y tomemos el hecho de que quiero hacerte el amor durante setenta y dos horas seguidas. ¿Qué pasaría? Tú disfrutarías y yo también, lo cual sin duda es importante... Así que todo es fantástico, ¿o no lo es? Porque yo lo único que veo, aparte de la satisfacción inmediata del placer, es un montón de dolor. Me arriesgaría a... no sé, a comprometerme con alguien que vive a

cuatro mil kilómetros de distancia. Arriesgaría mi amistad con tu hermano, y tú también. Te arriesgarías a perder la oportunidad de conocer a alguien especial por estar conmigo.

«Tal vez tú seas ese alguien especial». Colleen no se atrevió a decirlo en voz alta.

— Mi vuelo a Norfolk sale de Logan a las tres de la tarde — dijo él suavemente —. Mañana me pasaré por la oficina de la Asociación de Ayuda Humanitaria a las Víctimas del Terremoto. A las once tengo una reunión para hablar de las medidas de seguridad y de lo que se espera de vuestro grupo a la hora de seguir las normas que establezcamos. Supongo que querrás estar presente.

— Sí — dijo Colleen —. Allí estaré — qué extraño iba a resultarle estar allí y mirarlo a los ojos por primera vez desde... desde que se había... Respiró hondo —. Después tomaré prestada la camioneta y te llevaré al aeropuerto.

— No te preocupes. Tomaré el metro — dijo él rápidamente.

— ¿Qué pasa? ¿Es que temes que me abalance sobre ti en la camioneta, en el aparcamiento del aeropuerto?

— No — dijo él. Se rió sin ganas —. Me temo que soy yo quien se abalanzaría sobre ti. De ahora en adelante, Colleen, no iremos a ningún sitio solos.

— Pero...

— Lo siento. No me fio de mí mismo cuando tú estás cerca.

— Bobby...

— Buenas noches, Colleen.

— Espera — dijo ella, pero él ya había colgado.

Un paso adelante, dos pasos atrás.

De acuerdo. De acuerdo. Tenía que encontrar el medio de estar a solas con él. Antes de las tres del día siguiente.

No podía ser tan difícil.

La oficina de la Asociación estaba completamente en silencio cuando Bobby llegó a las diez cincuenta y cinco. La radio, que normalmente emitía rock clásico a todo volumen, estaba apagada. No había nadie embalando cajas de conservas y otros donativos. Todos estaban de pie, reunidos en pequeños grupos, susurrando.

Rene pasó al lado de Bobby hacia el servicio de señoras, con la cabeza gacha. Iba llorando.

¿Qué demonios...?

Bobby miró a su alrededor con más cuidado, pero no vio a Colleen por ninguna parte.

Vio a Susan Fitzgerald, la jefa de voluntarios del grupo, sentada junto a una mesa al otro lado de la habitación. Estaba al teléfono y, mientras Bobby la miraba, colgó. Luego se quedó sentada allí, frotándose la frente y los ojos por detrás de las gafas.

— ¿Qué sucede? — preguntó él.

— Tulgeria sufrió otro terremoto esta mañana — le dijo Susan—. Sobre las dos de la madrugada, hora de aquí. No sé cómo ocurrió, si fue por el fuego provocado por los postes de la luz que se cayeron o por el propio terremoto, pero una de las células terroristas locales tenía un depósito de munición que provocó una gran explosión. El gobierno túlgaro creyó que estaba sufriendo un ataque y lanzó una contraofensiva — oh, Dios. Bobby comprendió por el semblante de Susan que lo peor estaba aún por llegar. Cruzó los brazos sobre el pecho—. Uno de sus misiles colisionó directamente con el orfanato de Saint Christof — dijo Susan—. Han muerto al menos la mitad de los niños.

Oh, cielos.

— ¿Lo sabe Colleen?

Susan asintió con la cabeza.

— Estaba aquí cuando nos avisaron. Pero se ha ido a casa. Su niñita, ésa a la que escribía, estaba en la lista de los muertos — Analena. Oh, Dios. Bobby cerró los ojos—. Colleen estaba muy afectada — dijo Susan—. Es comprensible.

Bobby se irguió y echó a andar hacia la puerta. Sabía muy bien que no debía acercarse al apartamento de Colleen, pero en ese momento era el único lugar del mundo al que podía ir. Al diablo con sus propias reglas.

Al diablo con todo.

— Bobby — lo llamó Susan—. Colleen me ha dicho que sales hacia Virginia dentro de unas horas. Intenta convencerla de que vuelva aquí cuando te vayas. No debe quedarse sola.

Colleen dejó que el timbre sonara, como había dejado que sonara el teléfono.

No quería hablar con nadie, ni ver a nadie, ni intentar explicar por qué una niña a la que nunca había visto en persona podía significar tanto para ella. Sólo quería quedarse allí, tumbada en la cama, en su habitación, con las persianas bajadas, y llorar por un mundo tan injusto que hasta los orfanatos podían ser bombardeados en una guerra que en realidad no existía.

Sin embargo, al mismo tiempo, no quería estar sola. De niña, cuando estaba triste y necesitaba un hombro sobre el que llorar, acudía a su hermano Ethan. Éste era el más cercano a ella en edad, el único de los hermanos Skelly que no poseía aquel famoso temperamento irascible y aquella charlatana impaciencia.

Colleen había querido mucho a su hermano y él había muerto. ¿Qué le pasaba? ¿Por qué toda la gente a la que amaba desaparecía? Se quedó mirando el techo, todas

aquellas grietas y motas que había llegado a memorizar a través de muchas noches de insomnio. A aquellas alturas ya debía haber aprendido a no amar, a no arriesgarse. Pero eso no ocurriría nunca. Tal vez fuera estúpida, pero aquella era una lección que se negaba a aprender.

Cada día se enamoraba, una y otra vez: cuando pasaba junto a una niña con su nuevo cachorro; cuando un bebé la miraba en el tranvía y sonreía; cuando veía a una pareja de ancianos paseando, todavía agarrados de la mano. Perdía el corazón por todos ellos.

Pero, por una vez, deseaba hacer algo más que contemplar la felicidad de los otros. Quería formar parte de ella.

Quería a Bobby.

No le importó que el timbre de la puerta dejara de sonar y que el del teléfono empezara a hacerlo de nuevo. Sabía que probablemente era Bobby, y se echó a llorar aún más fuerte al pensar que él también iba a marcharse.

Porque él no quería su amor de ninguna manera. Ni siquiera como ella se lo había ofrecido: algo rápido, fácil, gratuito...

Se quedó tumbada en la cama. Le dolía la cabeza y tenía la cara hinchada de las horas que llevaba llorando, pero era incapaz de parar.

Entonces vio que no estaba sola. Ignoraba cómo había entrado él. La puerta estaba cerrada. Ni siquiera había oído sus pasos en el suelo.

Era como si Bobby se hubiera materializado de repente junto a su cama.

Él no vaciló: se tumbó junto a ella y la estrechó en sus brazos. No dijo nada, solo la abrazó, acunándola con todo su cuerpo.

Colleen notó la suavidad de la camisa que le cubría el pecho. Olía a ropa limpia y café.

Pero era tarde. Si quería llegar a tiempo al aeropuerto para tomar su vuelo a Norfolk...

–Tienes que irte pronto –dijo ella, intentando ser fuerte, enjugándose las lágrimas y alzando la cabeza para mirarlo a los ojos.

Él tenía una mirada muy tierna y suave.

–No –sacudió la cabeza ligeramente–. No hace falta –Colleen sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas otra vez, y sacudió la cabeza, intentando no llorar–. Está bien –dijo él–. Vamos, llora. Yo estoy aquí, cariño. Estoy aquí. Me quedaré contigo mientras me necesites.

Colleen se aferró a él.

Y él la abrazó con fuerza.

Antes de quedarse dormida en sus brazos mientras Bobby le acariciaba suavemente el pelo, Colleen se preguntó vagamente qué diría él cuando averiguara que lo necesitaba para siempre.

Bobby se despertó lentamente. Antes de abrir del todo los ojos comprendió que no estaba en casa. Aquello no era su apartamento de la base. Y, además, no estaba solo.

De pronto lo recordó todo. Massachussets. Colleen Skelly.

Ella estaba abrazada a él, con una pierna sobre la suya. Tenía la cabeza apoyada en su hombro y una mano tendida sobre su cuello. Él la rodeaba con sus brazos y notaba la suavidad de sus pechos contra su torso.

Estaban aún completamente vestidos, pero comprendió, aceptando su destino, que, cuando ella despertara, no conservarían la ropa puesta mucho tiempo.

Había tenido la oportunidad de escapar limpiamente, y la había dejado pasar. Estaba allí, y no se iría por nada del mundo.

Wes iba a tener que matarlo.

Pero valdría la pena. Moriría con una sonrisa en los labios.

Aprovechando que su mano se había deslizado inadvertidamente bajo la camiseta de Colleen, acarició la piel suave de su espalda, subiendo la mano hasta la parte de atrás de su sujetador y bajándola hasta la cinturilla de sus pantalones cortos. Arriba y abajo, en un círculo infinito.

Podía quedarse allí tendido, acariciándola suavemente, el resto de su vida.

Pero Colleen se desperezó y él esperó, sin dejar de acariciar la suavidad de su piel, sintiendo que se despertaba y tomaba conciencia de su cercanía.

Ella no se movió, no se apartó de él.

Y él no dejó de acariciarla.

—¿Cuánto tiempo he dormido? —preguntó ella finalmente, con la voz más ronca de lo normal.

—No lo sé —contestó él—. Yo también me he dormido —miró hacia las ventanas. La luz empezaba a desvanecerse—. Deben de ser las siete.

—Gracias —dijo ella—. Por venir.

—¿Quieres hablar de ello? —preguntó Bobby—. ¿De Analena?

—No —dijo ella—. Porque dicho en voz alta todo parece tan absurdo. ¿Qué me creía? ¿Que iba a traerla aquí, a vivir conmigo? ¿A quién pretendía engañar? No tengo sitio. Mira este lugar. Y tampoco tengo dinero. Apenas puedo mantenerme. No podría vivir aquí si no fuera porque Ashley paga la mitad de los gastos. He tenido que vender mi coche para seguir en la universidad. ¿Y cómo iba a ocuparme de una niña mientras estuviera en la facultad? No tengo tiempo para encontrarme de buenas a primeras con una familia. No tengo tiempo para un marido, mucho menos para una niña pequeña. Y sin embargo... —sacudió la cabeza—. Cuando veía sus fotografías y leía sus cartas... Oh, Bobby, estaba tan llena de vida. Ni siquiera he tenido oportunidad de conocerla, pero quería hacerlo... ¡Quería hacerlo, Dios mío!

—Si la hubieras conocido, te habrías enamorado completamente de ella —él sonrió—. Te conozco muy bien. Y ella también de ti. Y de alguna manera te las habrías ingeniado para que todo saliera bien —le dijo—. No habría sido fácil, pero hay ciertas cosas que uno debe hacer, ¿sabes? Y las hace, y al final sale adelante. Siento que no hayas tenido esa oportunidad con Analena.

Ella alzó la cabeza para mirarlo.

—¿No te parezco ridícula?

—Nunca pensaría de ti que eres ridícula —dijo él suavemente—. Generosa, sí. Cariñosa, amable, desprendida... —de pronto, en los ojos de Colleen brilló algo que le hizo comprender que, al igual que él, había tomado conciencia de que estaban juntos, cuerpo a cuerpo—. Y muy sexy —musitó él—. Pero nunca ridícula.

La mirada de ella se posó en su boca. Bobby vio lo que iba a ocurrir. Ella iba a besarlo, y su suerte estaría echada.

Se inclinó sobre ella. Deseaba tomar parte activa en aquello, no dejarse simplemente vencer por la tentación.

Los labios de Colleen eran suaves, su boca casi insoportablemente dulce. Fue un beso muy largo, como si ambos supieran que, a partir de ese instante, no había vuelta atrás, ni necesidad de apresurarse.

Bobby volvió a besarla, más despacio esta vez, y más profundamente, por si a ella le quedaba alguna duda de lo que iba a suceder a continuación. Pero antes de que pudiera besarla de nuevo, ella se apartó. Había lágrimas en sus ojos.

—Yo no quería que ocurriera así —dijo.

Él intentó comprender qué quería decirle, intentó refrenarse.

—Colleen, si quieres que me vaya...

—No —dijo ella—. Quiero que te quedas. Te deseo. Demasiado. Mira, anoche no pude dormir pensando en cómo hacer que volvieras. Iba a inventarme algo para intentar que vinieras aquí después de la reunión y luego...

Bobby lo comprendió entonces. Ella había conseguido lo que quería. Él estaba allí. ¿Pero a qué precio? Al de un terremoto y una guerra. Una lista de víctimas que incluía alguien a quien amaba.

—No —dijo él—. Habría venido antes o después. Aunque me hubiera montado en ese avión, y no sé si habría sido capaz, te habría llamado desde Little Rock esta misma noche. No habría podido evitarlo.

Ella se enjugó los ojos con el dorso de la mano.

—¿De verdad?

—Con las cosas que me haces por teléfono...

Colleen todavía tenía lágrimas en los párpados y la nariz ligeramente colorada. Pero se reía.

Al mirarla a los ojos, Bobby recordó las cosas que le había dicho la noche anterior, y dejó que aquel recuerdo se reflejara en sus ojos. Ella se sonrojó levemente.

– Nunca lo había hecho antes, de veras – dijo ella –. Lo del teléfono, quiero decir – volvió a sonrojarse y apartó la mirada, azorada.

Él quería que supiera lo que le pasaba con sólo pensar en ella. La tomó de la barbilla y le echó la cabeza hacia atrás para que lo mirara a los ojos, y dijo con toda su alma:

– Quizás algún día me dejes mirar.

Algún día. Aquella palabra quedó suspendida entre los dos. Significaba que habría más veces después de aquella noche.

– No te gustan las relaciones a larga distancia – le recordó ella.

– No – la corrigió él –. No quiero que sea así. Ya me ha pasado otras veces y lo odio. Es tan duro y...

– Yo no quiero que sea duro – dijo ella –. No quiero ser una carga para ti.

Él intentó darse ánimos, preparándose para apartarse de ella.

– Entonces tal vez debería irme antes de...

– Tal vez deberíamos hacer el amor y no preocuparnos por el mañana – dijo ella.

Colleen lo besó y él le devolvió el beso ávidamente, apasionadamente. La deseaba en ese preciso instante. La necesitaba.

Ella le soltó la coleta medio deshecha y lo besó con mayor fiereza.

¿Podría hacerlo realmente? ¿Podría hacer el amor con Bobby esa noche y sólo esa noche?

Sus piernas se tensaron alrededor del muslo de Bobby, y éste dejó de pensar. La besó una y otra vez, paladeando el sabor de su boca, sintiéndola en sus brazos. Deslizó una mano bajo su camiseta y le acarició los pechos.

Ella se echó hacia atrás para que él pudiera quitarse la camiseta. A Bobby aún le dolía el hombro, y sólo con dificultad podía quitarse y ponerse la camiseta. Con dolor. Primero un brazo y luego el otro.

Antes de que hubiera acabado de quitársela, Colleen empezó a desabrocharle los pantalones cortos y a bajarle la cremallera, rozando con sus dedos fríos el vientre de Bobby.

Se los había bajado hasta la rodilla cuando él tiró la camiseta al suelo.

Bobby acabó de quitarse los pantalones y se encontró de pronto tumbado en la cama de Colleen, en calzoncillos, mientras ella seguía completamente vestida.

Tendió las manos hacia ella con la intención de librarla de su camiseta y sus pantalones cortos con la misma eficacia que ella había empleado para quitarle los suyos, pero Colleen lo distrajo besándolo. Y después él se distrajo tocándole los pechos por debajo de la camiseta, desabrochándole el sujetador y besándose los por encima de la tela, enterrando la cara en su cuerpo mullido.

Cuando intentó levantarle la camiseta por encima de los pechos para poder verla, se dio cuenta de que estaba tensa.

Y recordó.

Colleen se avergonzaba de su cuerpo.

Probablemente porque no era flaca como un palillo, conforme al ideal de Hollywood.

Al diablo con eso. Ella era el ideal de Bobby. Era rotunda. Turgente. Voluptuosa. Era perfecta.

Bobby pensó que, si fuera ella, andaría por ahí con una de esas camisetas diminutas tan populares. La llevaría sin sujetador, y se dedicaría a mirar cómo se desmayaban los hombres a su paso.

Algún día le compraría una de esas camisetas. Colleen la podría llevar allí, en la intimidad de su habitación, sí no quería llevarla en público. La sola idea de que se pusiera aquella prenda, sólo porque a él le gustaba, sólo por él, lo excitó aún más.

Y, cuando Colleen se diera cuenta de que él adoraba su cuerpo, de que lo encontraba increíblemente hermoso y sensual, se sentiría tan afortunada respecto a su aspecto físico como respecto a todo lo demás.

Sexo por teléfono. Cielo santo.

El sexo por teléfono sólo eran palabras. Decir lo que él deseaba, lo que sentía. A Bobby no se le había dado muy bien. No como a ella. A diferencia de ella, las palabras no eran su fuerte. Pero debía intentarlo otra vez. Debía utilizar palabras para que Colleen se sintiera segura, para que supiera lo hermosa que le parecía.

Podía utilizar el lenguaje corporal, los ojos, la boca y las manos. Demostrárselo haciendo el amor, pero sabía que ella no llegaría a creérselo.

No. Si quería disolver la tensión que le crispaba los hombros, debía hacerlo con palabras.

– Eres espectacular – le dijo –. Eres increíble, preciosa y...

Lo estaba haciendo mal. Ella no se estaba creyendo nada.

Bobby la tocó, subiendo la mano por debajo de su camiseta para acariciarla. Quería saborearla, y con repentina lucidez comprendió que, en vez de intentar inventar cumplidos cargados de adjetivos insustanciales, debía limitarse a decir lo que deseaba, lo que sentía. Debía abrir la boca y decir lo que pensaba.

– Quiero besarte aquí – le dijo mientras la acariciaba –. Quiero sentirte en mi boca.

Le subió la camiseta un poco, mirándola a la cara, listo para hacerlo más despacio si ella quería. Pero ella no se crispó, de modo que Bobby levantó la camiseta un poco más, dejando al descubierto la curva de uno de sus pechos, blanca, suave y perfecta. Y entonces se olvidó de mirarla a los ojos porque allí estaba su pezón, sobresaliendo. Se dio cuenta de que había estado conteniendo el aliento y lo dejó escapar.

– Oh, sí.

Inclinó la cabeza para hacer lo que había dicho. Ella dejó escapar un gemido de placer.

Él le levantó la camiseta del todo, abrió la boca y dejó que sus pensamientos escaparan de su cabeza. Por desgracia, expresó su sincera entrega utilizando una de las expresiones más coloridas de Wes.

Colleen se echó a reír y lo miró, deteniéndose en la expresión de su cara, en el placer puro que brillaba en sus ojos.

– Eres tan hermosa – jadeó él –. He debido de morirme y estoy en el cielo.

– Vaya – dijo ella –, y eso que todavía no me he quitado las bragas.

Él la agarró por la cinturilla de los pantalones cortos, la tumbó de espaldas sobre la cama y, mientras ella se reía, sorprendida, le quitó las bragas.

Al cabo de cinco segundos ella estaba desnuda y él la besaba, acariciándola, disfrutando de la suavidad y la perfección de su piel. Y cuando se echó hacia atrás para mirarla, no quedaba ni una pizca de tensión en el aire.

Y, ya que la cháchara estaba funcionando tan bien, ¿por qué parar?

– ¿Sabes cómo me pones? – preguntó él mientras la tocaba, besándola, explorándola. No le dio tiempo a responder. Simplemente tomó una de las manos de Colleen y la apretó contra sí –. Eres tan sexy que me excito cada vez que te veo – musitó, mirándola a los ojos para que ella viera el – intenso placer que sentía –. Cada vez que pienso en ti.

Ella jadeaba y Bobby la atrajo hacia sí y la besó de nuevo al tiempo que la ayudaba a quitarle los calzoncillos.

Los dedos de Colleen se cerraron en torno a él. Bobby quiso decirle cuánto le gustaba aquello, pero no le salieron las palabras. Sólo pudo gemir.

Deslizó una mano entre las piernas de Colleen. Estaba tan caliente y húmeda que Bobby se sintió vacilar al borde de su control. Necesitaba un preservativo. Ya.

Pero cuando habló, lo único que consiguió fue decir su nombre.

Ella comprendió.

– En el cajón de arriba. En la mesilla.

Bobby estiró un brazo y encontró lo que buscaba. Una caja sin abrir, envuelta en celofán. Le gustó y al mismo tiempo le puso furioso que la caja estuviera sin abrir. Gruñendo de fastidio, intentó partirla por la mitad.

Colleen se la quitó de las manos y la abrió rápidamente, riéndose al ver cómo luchaba él con el pequeño envoltorio de plástico y tocándolo y besándolo mientras él intentaba ponerse el preservativo.

«Despacio», se dijo Bobby. Colleen le había dicho que no tenía mucha experiencia. Él no quería hacerle daño, ni asustarla...

Colleen lo empujó hacia atrás, arrastrándolo consigo sobre la cama en un movimiento digno de Xena, la princesa guerrera, y le dijo en un lenguaje extremadamente preciso lo que quería.

¿Cómo iba él a negarse?

Sobre todo, teniendo en cuenta que ella lo besó, alzó las caderas y estiró la mano hasta encontrar su sexo y guiarlo hacia ella y...

Bobby la penetró con menos suavidad de la que había pretendido, pero ella dejó escapar un gemido de puro placer.

—Sí — dijo cuando él se impulsó con más fuerza dentro de ella —. Oh, Bobby, sí...

Él la besó, la tocó, la acarició, murmurando cosas que no podía creer que salieran de su boca, cosas que le gustaban de su cuerpo, cosas que quería hacerle, cosas que ella le hacía sentir; cosas que a Colleen la hicieron reír, gemir y responderle susurrando a su vez palabras provocativas, hasta que él se encontró casi ciego de pasión y deseo.

Colleen le dijo que empezaba a alcanzar el clímax, como si él no lo hubiera notado ya por el sonido de su voz. Pero le encantó que se lo dijera, y sus palabras jadeadas lo empujaron más allá del límite.

Y entonces se encontró volando, sacudido por un orgasmo tan poderoso que gritó el nombre de Colleen y no le pareció suficiente.

Quería decirle cómo le hacía sentirse, hablarle de la perfección pura y cristalina de aquel instante que parecía envolverlo, deslumbrante y maravilloso, expandiendo su pecho hasta que le resultó difícil respirar y deseó gritar de puro deleite.

Pero no había palabras para describir lo que sentía. Para hacerle justicia a su placer, tendría que inventar un vocabulario enteramente nuevo.

Entonces se dio cuenta de que estaba tumbado encima de ella, aplastándola, completamente agotado. Le dolía el brazo como si acabaran de pegarle otro tiro, a pesar de que, curiosamente, hasta ese momento no lo había molestado y...

Colleen estaba llorando.

—Oh, Dios mío — dijo, quitándose de encima de ella y abrazándola —. ¿Te he hecho daño? ¿Te he...?

—No — dijo ella, besándolo —. No, es solo que... ha sido tan perfecto que no me parece justo. ¿Por qué tengo yo la suerte de compartir algo tan especial contigo?

—Lo siento — dijo él, besándole el pelo y abrazándola más fuerte. Sabía que ella estaba pensando en Analena.

—¿Te quedarás conmigo? — le preguntó ella —. ¿Toda la noche?

—Estoy aquí — dijo él —. No voy a ir a ninguna parte.

—Gracias — Colleen cerró los ojos y apoyó la cabeza sobre su pecho. Todavía tenía la piel cubierta de sudor.

Bobby permaneció tumbado en la cama de Colleen, abrazándola, respirando su dulce olor, intentando desesperadamente olvidarse de la cruda realidad que empezaba a resquebrajarse a su alrededor.

Acababa de hacer el amor con Colleen Skelly.

No, acababa de acostarse con la hermana pequeña de su mejor amigo. Esas eran las palabras que utilizaría Wes.

La noche anterior habían mantenido una relación sexual por teléfono. Esa noche, lo habían hecho de verdad.

Sólo una noche, había dicho Colleen. Sólo una vez. Sólo para ver cómo era.

¿Seguiría pensando lo mismo? ¿Le haría el desayuno por la mañana, le estrecharía la mano y le daría las gracias por una experiencia divertida y le diría adiós?

Bobby no sabía si alegrarse o no de que fuera así. Ya esperaba demasiado. Deseaba... No, no podía ni siquiera pensarlo.

Tal vez, si sólo hacían el amor esa vez, Wes comprendería que habían sentido una atracción tan poderosa que no habían podido evitarlo. Bobby intentó imaginarse que Wes lo aceptaba tranquilamente, de manera racional, y...

No.

Wes iba a matarlo. De eso no había duda. A pesar de todo, Bobby sonrió mientras acariciaba el cuerpo de Colleen. Ella se acurrucó contra él, dándose la vuelta de modo que quedaron encajados, la espalda de ella contra el pecho de él. Bobby la rodeó con su brazo bueno, llenándose la mano con el peso de sus pechos.

Oh, cielos.

Sí. Wes iba a matarlo.

Pero, antes de morir, Bobby pediría que pusieran tres palabras en su tumba: «valió la pena».

Capítulo XII

Colleen se despertó sola en la cama. Apenas había amanecido y, al principio, creyó que todo había sido un sueño, que todo lo que había ocurrido el día anterior y por la noche había sido una gigantesca combinación de pesadilla y fantasía erótica.

Pero la camiseta y los calzoncillos de Bobby estaban todavía en el suelo. A menos que se hubiera marchado del apartamento vestido únicamente con los pantalones cortos, no andaría muy lejos.

Colleen olió a café y se levantó de la cama.

Sus músculos protestaron. Una prueba más de que no había sido un sueño. Era un dolor agradable, acompañado de una sensación de calor que pareció extenderse por su cuerpo al recordar las palabras que Bobby le había susurrado.

¿Quién hubiera imaginado que un hombre tan taciturno pudiera expresarse con tanta elocuencia? Pero mucho más elocuente que sus palabras había sido la expresión de su cara, la profunda emoción que no había tratado de ocultar mientras hacían el amor.

Habían hecho el amor.

Aquella idea no la llenó de felicidad, como había imaginado.

Sí, había sido fantástico. Hacer el amor con Bobby había sido mejor de lo que había soñado. Más especial y sobrecogedor de lo que había imaginado. Pero no bastaba para compensar la muerte de todos aquellos niños. Eso, nada podía hacerlo.

Colleen buscó su bata, se la puso y se sentó al borde de la cama para recobrar fuerzas.

No quería salir de la habitación. Quería esconderse allí el resto de la semana.

Pero la vida continuaba, y había que hacer muchas cosas por los niños que habían sobrevivido. Y, para hacerlas, había que afrontar ciertas verdades.

Habría lágrimas cuando entrara en la oficina de la Asociación. También tendría que darles la noticia a los chicos del grupo juvenil de la parroquia que la habían ayudado a recaudar dinero para el viaje. Aquellos chicos intercambiaban cartas y fotografías con los niños de Tulgeria. Informarlos de la tragedia no resultaría fácil.

Y luego estaba Bobby.

También tendría que enfrentarse a él. Le había mentido al decirle que se contentaría con una sola noche. Bueno, tal vez no hubiera sido una mentira. En cierto momento, había llegado a convencerse de que eso era lo que quería. Pero ahora se sentía estúpida, patética y desesperada.

Quería volver a hacer el amor con él otra vez. Y otra. Y otra y otra.

Tal vez él también siguiera deseándola. Colleen había leído muchas veces que a los hombres les gustaba el sexo. Mañana, tarde y noche, según algunas fuentes.

Bueno, era por la mañana, y nunca descubriría si él prefería salir huyendo o quedarse un poco más, a menos que se levantara y saliera de la habitación.

Cuadró los hombros y lo hizo. Y después de pararse un momento en el cuarto de baño y asegurarse de que su pelo no la hacía parecer la novia de Frankenstein, entró en la cocina.

Bobby la recibió con una sonrisa y una taza de café ya servida.

–Espero no haberte despertado –dijo envolviéndose hacia la cocina, donde estaba haciendo huevos y gachas de avena–, pero anoche no cené y me he despertado muerto de hambre –como a propósito, a ella le sonaron las tripas. Bobby le lanzó una sonrisa–. Y creo que tú también.

Dios, qué guapo era. Se había duchado y sólo llevaba puestos los pantalones cortos. Con el pecho desnudo y el pelo suelto sobre los hombros, parecía digno de adornar la cubierta de una de esas novelas románticas en las que la chica blanca, raptada, encuentra el amor verdadero en un exótico guerrero indio.

Sonó el reloj del horno y, mientras Colleen lo miraba, el guerrero indio usó sus guantes de cocina adornados con flores rosas para sacar del horno algo que se parecía notablemente a una tarta de moca.

Y lo era. Bobby había hecho una tarta de moca. Así como suena.

Él puso la tarta con mucho cuidado sobre un salvamanteles y sonrió a Colleen. También había puesto la mesa de la cocina y le había servido a Colleen un vaso de zumo de arándanos. Ella se sentó y él sirvió huevos y avena para los dos.

Todo estaba delicioso. A Colleen normalmente no le gustaban mucho las gachas de avena, pero él se las había ingeniado para hacerlas ligeras y sabrosas, en vez de espesas y pegajosas.

–¿Qué vas a hacer hoy? –preguntó él, como si normalmente se sentara frente a ella a la hora del desayuno y le preguntara sobre lo que pensaba hacer durante el día después de una noche de pasión.

Ella tuvo que pensarlo un momento.

–Tengo que ir a pagar la matrícula de la facultad antes del mediodía. Seguramente habrá algún tipo de funeral para... –se interrumpió bruscamente.

–¿Estás bien? –preguntó el con suavidad.

Colleen compuso una sonrisa.

–Sí –dijo–. Más o menos. Pero... me llevará algún tiempo –respiró hondo–. Esta tarde tendré que llamar a la gente para decirles lo del funeral. Y seguramente también debería ir a la oficina después. Todavía hay muchas cosas que hacer antes de irnos.

Él dejó de comer, con el tenedor a medio camino de su boca.

–¿Todavía piensas ir? –no la dejó responder. Se echó a reír y respondió por ella–. Claro que piensas ir. ¿En qué estaría yo pensando? –dejó el tenedor–. Colleen, ¿qué quieres que haga? ¿Quieres que me ponga de rodillas y te suplique que

no vayas? – antes de que ella pudiera responder, Bobby se frotó la frente y lanzó un juramento—. Olvídalo – dijo—. Lo siento. No debería haber dicho eso. Hoy estoy... un poco aturdido.

– ¿Porque anoche hicimos el amor? – preguntó ella suavemente.

Él la miró, deteniéndose en su cara limpia de maquillaje, en su pelo, en su ligera bata de algodón que se abría en un profundo escote entre sus pechos.

– Sí – admitió—. Me inquieta lo que pueda ocurrir ahora.

Ella escogió sus palabras cuidadosamente.

– ¿Tú qué quieres que ocurra?

Bobby sacudió la cabeza.

– No creo que lo que yo quiera importe mucho. Ni siquiera lo sé – volvió a tomar el tenedor—. Así que reservaré mi sentimiento de culpabilidad para otro momento y disfrutaré de este magnífico desayuno... y de lo guapa que estás por la mañana.

Y eso hizo: comerse los huevos y las gachas y mirarla. Lo que de verdad quería era mirarle los pechos, pero de alguna manera consiguió mirarla de manera inofensiva, respetuosamente, contemplando sus ojos, observándola como una persona completa, en vez de un simple cuerpo femenino.

Ella también lo miraba, intentando verlo de la misma manera. Bobby era extrañamente guapo, con aquellos rasgos afilados que evidenciaban sus orígenes indios. Era guapo, inteligente y de fiar. Era honesto y sincero, divertido y amable. Y tenía un cuerpo espectacular.

– ¿Por qué no te has casado? – le preguntó ella. Bobby era diez años mayor que ella. A Colleen le pareció increíble que ninguna mujer le hubiera echado el guante. Y, sin embargo, allí estaba él. Desayunando en su cocina después de pasar la noche en su cama.

Él guardó silencio un instante, mientras comía una cucharada de avena.

– Nunca he pensado en el matrimonio a corto plazo. Ni Wes tampoco. La responsabilidad de tener mujer y familia... es muy grande. Hemos visto a algunos compañeros pasarlo muy mal – sonrió—. Además, también resulta difícil casarse cuando la mujer a la que se quiere no está enamorada de ti – se echó a reír suavemente—. Y mucho más si está casada con otro.

A Colleen se le subió el corazón a la garganta. Casi no podía respirar.

– ¿Estás enamorado de una mujer casada?

Él la miró con un destello en sus ojos oscuros.

– No, estaba pensando en un... amigo – puso una voz ligera, burlona—. Pero bueno, ¿qué clase de hombre crees que soy? ¿Crees que si estuviera enamorado de otra me habría enrollado contigo?

– Bueno, yo estoy enamorada de Mel Gibson y anoche me enrollé contigo.

Él se echó a reír, empujando su plato hasta el borde de la mesa. Se había comido los huevos y un montón de avena, pero miró con ansia la tarta de moca mientras bebía un sorbo de su café ya casi frío.

— ¿Es eso lo que hicimos anoche? — preguntó Colleen—. ¿Enrollarnos? — se inclinó hacia delante y notó que se le abría la bata. Bobby bajó la mirada y el súbito fulgor que Colleen vio en sus ojos la dejó sin aliento.

— Sí — dijo él —. Supongo que sí. ¿No?

— No lo sé — dijo ella con sinceridad—. No tengo mucha experiencia en estas cosas. ¿Puedo preguntarte algo?

Bobby se rió otra vez.

— ¿Por qué tengo la sensación de que debería asustarme?

— Tal vez sí — dijo ella—. Es una pregunta un tanto delicada, pero necesito saberlo.

— Bueno, de acuerdo — dejó la taza y se agarró a la mesa con las dos manos.

— Bien — Colleen se aclaró la garganta—. Lo que quiero saber es si eres realmente bueno en la cama.

Bobby se echó a reír, sorprendido.

— Pues supongo que no — dijo—. Quiero decir que si tienes que preguntarlo...

— No — dijo ella—. No seas tonto. Lo de anoche fue increíble. Ambos lo sabemos. Pero quiero saber si eres una especie de súperamante, capaz de poner a cien a la mujer más frígida...

— Colleen — dijo él —, tú estás muy lejos de ser frígida...

— Sí — dijo ella —, eso pensaba yo también pero...

— Pero alguien te dijo que lo eras — adivinó él—. ¡Maldita sea!

— Mi novio de la facultad — admitió ella—. Dan. El muy estúpido.

— Me están dando ganas de matarlo. ¿Qué te dijo?

— No fue tanto lo que dijo, sino lo que dio a entender. Él fue mi primer amante — admitió ella—. Yo estaba loca por él, pero cuando... Bueno, yo nunca conseguí llegar y... ya sabes. Él me dejó al tercer intento. Me dijo que prefería que fuéramos amigos.

— Oh, Señor — exclamó Bobby.

— Yo pensé que debía de ser culpa mía, que hacía algo mal — Colleen nunca había hablado de aquello con nadie. Ni siquiera con Ashley, a la que le había contado una versión muy aguada de la historia—. Me pasé varios años como una monja. Y luego, hace más o menos un año y medio... — no podía creer que estuviera contándole sus más profundos secretos. Pero quería hacerlo. Necesitaba que él la entendiera—. Compré un libro, una especie de guía de autoayuda para mujeres sexualmente insatisfechas... y descubrí que seguramente el problema no era del todo mío.

— Así que, ¿no has...? — Bobby la miraba como si intentara ver dentro de su cabeza —. Quiero decir que, entre lo de anoche y el inútil ése, ¿no has...?

— No ha habido nadie más. Sólo el libro y yo — dijo ella, deseando poder leerle el pensamiento. ¿Le asustaría su confesión, o le complacería el hecho de haber sido su primer amante verdadero? —. Intentaba desesperadamente aprender a ser normal.

— Sí, no sé — Bobby sacudió la cabeza —. Probablemente es un caso desesperado. Porque yo soy un amante de leyenda. Y es una auténtica lástima, pero creo que si de verdad quieres tener un vida sexual satisfactoria, vas a tener que pasar el resto de tu vida haciendo el amor conmigo — Colleen lo miró fijamente —. Era una broma — dijo él rápidamente —. Estaba bromeando. Colleen, anoche no hice nada especial. Quiero decir que todo fue especial, pero...

— ¿Pero qué? — ella escudriñó su cara.

— Bueno, sin haber estado allí es difícil saberlo, pero creo, no sé, que tal vez te mostraste un poco tensa ante la idea de desnudarte y ese idiota tenía el gatillo un poco flojo. Seguramente no te dejó tiempo suficiente para que te relajaras antes de que todo hubiera terminado. Y, en mi opinión, eso es culpa suya, no tuya.

— Siempre me decía que debía perder peso — recordó Colleen —. Pero no con esas palabras. Decía: «si perdieras diez kilos, estarías guapísima con esa camiseta»; o «¿por qué no averiguas qué dieta sigue Cindy Crawford y la pruebas? Quizá funcione». Ese tipo de cosas. Y tienes razón, yo odiaba quitarme la ropa delante de él — Bobby sacudió la cabeza mientras la miraba. Cuando la miraba así, la hacía sentirse como la mujer más bella y deseable del mundo —. Pero me gustó desnudarme para ti — dijo suavemente, y el fulgor de los ojos de Bobby se hizo aún más intenso.

— Me alegro — musitó él —. Porque a mí también me gustó.

Colleen lo miró a los ojos y se perdió en el calor de su alma. Bobby todavía la deseaba. Pero entonces él apartó la mirada, como si temiera adonde los llevaría todo aquello.

Había dicho que se sentía culpable, y Colleen sabía que, si no actuaba rápidamente, se marcharía de su apartamento y nunca volvería.

— No te muevas — le dijo. Apartó la silla de la mesa y se levantó —. Quédate aquí.

Corrió al dormitorio y en un santiamén encontró lo que buscaba.

Cuando volvió a entrar en la cocina, Bobby, que seguía sentado en el mismo sitio, se giró para mirarla, pero enseguida apartó la mirada. Entonces, Colleen vio que la bata se le había abierto un poco más, hasta la cintura.

Pero no se la ajustó. Simplemente se acercó a él, quedándose de pie a su lado. Sin embargo, no lo tocó. No dijo nada. Se limitó a esperar a que él girara la cabeza y la mirara.

Bobby la miró por fin y volvió a apartar la mirada. Tragó saliva.

— Colleen, yo pienso que...

Pero aquél no era momento de pensar. Ella se sentó sobre su regazo, a horcajadas, obligándolo a mirarla. La bata se le había abierto del todo y el cinturón colgaba, suelto.

Él respiraba con dificultad.

—Creía que habíamos decidido que esto iba a ser cosa de una sola noche. Sólo para sacárnoslo de la cabeza.

—¿Y has conseguido sacarme de tu cabeza? —preguntó ella.

—No, y si no tengo cuidado te meterás debajo de mi piel también —admitió él—. Colleen, por favor, no me hagas esto. Me he pasado la noche intentando convencerme de que mientras no hagamos el amor otra vez, todo saldrá bien. Sé que es mucho esperar, pero creo que hasta tu hermano podría entender lo que ha pasado si sólo lo hubiéramos hecho... una vez.

Sus palabras podrían haberla disuadido... si no le hubiera acariciando los muslos suavemente, como si no pudiera evitarlo, como si no fuera capaz de resistirse.

Colleen se quitó la bata, que cayó al suelo tras ella, y de pronto allí estaba, desnuda, en medio de la cocina, con el sol entrando a chorros por las ventanas, entibiando su piel, bañándola en luz dorada.

Bobby se quedó sin aliento, mirándola, y ella se sintió hermosa. Se veía a través de los ojos de él, y se veía hermosa.

Le gustaba mucho aquella sensación.

Se inclinó hacia delante, apretándose contra él, notando su erección bajo los pantalones cortos. No había duda. Bobby aún la deseaba. Él dejó escapar un sonido gutural y bajo. Y luego la besó.

Su pasión la dejó sin aliento. Era como si él hubiera estallado de pronto, como si necesitara besarla para mantenerse vivo, como si necesitara tocarla o moriría. La acarició por todas partes, con las manos y con la boca.

A Colleen, verse deseada de aquella manera le pareció embriagador, adictivo. Casi tan delicioso como saberse amada.

Mientras lo besaba, le bajó los pantalones y tomó su sexo, apretándolo contra ella para hacerle notar lo mucho que lo deseaba.

Todavía llevaba en la otra mano el preservativo que había ido a buscar al dormitorio. Abrió el envoltorio arrugado y Bobby se lo quitó, se puso el preservativo y luego la penetró.

Intentó sin éxito no gruñir en voz alta al estrecharla entre sus brazos y hundir la cara entre sus pechos. Ella se movió lentamente, acariciándolo con su cuerpo, llenándose completamente de él.

Hacer el amor con Bobby Taylor era tan maravilloso a la luz del día como en plena noche.

Colleen se echó hacia atrás ligeramente para mirarlo mientras se movía sobre él, y él le sostuvo la mirada. Le brillaban los ojos bajo los párpados pesados.

Colleen no se saciaba de él. Se apretaba contra él, deseando que aquel momento no acabara nunca. Y deseaba que Bobby se enamorara de ella tan locamente como ella se había enamorado de él.

¿Pero qué decía? Ella no lo quería. No podía quererlo.

Colleen debió de emitir algún gemido de frustración o de desánimo, porque de pronto Bobby se puso en pie. Simplemente se levantó de la silla con ella en brazos, con su cuerpo todavía enterrado profundamente en el de ella.

Colleen gimió y luego se echó a reír cuando él la llevó sin esfuerzo, como si no pesara nada, al otro lado de la habitación. Bobby no se paró hasta que la apretó contra la pared, junto al frigorífico. Los músculos de su pecho y de sus brazos sobresalían, haciéndolo parecer el doble de grande lo que era.

– No te hagas daño en el hombro – dijo ella.

– ¿Qué hombro? – preguntó él con voz ronca, y la besó.

La sujetaba contra la pared mientras la besaba de una forma increíblemente viril. Su beso estaba lejos de ser suave, y aquella situación era tan excitante que casi resultaba ridícula. Pero a Colleen le parecía tan turbador estar allí, clavada contra la pared, que casi no daba crédito.

Esperaba más rudeza, esperaba que él le hiciera el amor feroz, salvajemente, pero en vez de eso Bobby inició una lenta y morosa retirada, y después volvió a penetrarla muy lentamente.

Aquello era más excitante de lo que ella había creído posible: aquel hombre sujetándola así, amándola muy despacio, completamente. Según sus normas.

Él le besó la cara, la garganta y el cuello cómo si le pertenecieran.

Y le pertenecían.

Colleen sintió que llegaba al orgasmo inadvertidamente, antes de que él empezara a deslizarse de nuevo, lentamente, dentro de ella por tercera vez. Ella no quería que aquello acabara e intentó refrenarse, intentó detener a Bobby un momento, pero no tenía fuerzas.

Y no le importaba, porque le encantaba lo que él le estaba haciendo. Le encantaba su fuerza y su poder, y le encantaba que la mirara con un deseo tan intenso en los ojos.

Le encantaba saber que, aunque él pretendía tenerlo todo bajo control, no era así. Él le pertenecía tan completamente a ella, como ella le pertenecía a él. Aún más.

Colleen le sostuvo la mirada al tiempo que se derretía en sus brazos, sacudida por ola tras ola de intenso placer.

Él sonreía con una sonrisa feroz, orgullosa, casi insultantemente masculina. A Colleen, aquella sonrisa le hubiera hecho arrugar el ceño dos o tres días antes, pero en ese instante le encantó.

Le encantaba ser pura feminidad para la virilidad absoluta de Bobby. Ello no significaba que fuera más débil. Al contrario. Era el complemento perfecto de él, su opuesto, su igual.

– Anoche me encantó mirarte – musitó él mientras volvía a besarla –. Y ahora me ha gustado todavía más.

Él era su primer amante verdadero en el sentido físico de la palabra. Y era también el primer hombre al que le gustaba tal como era.

– Quiero hacértelo otra vez – dijo él –. Ahora mismo. ¿Me dejas?

Colleen se echó a reír.

Bobby la apartó de la pared y la llevó al dormitorio, cerrando la puerta de una patada tras él.

Capítulo XIII

Bobby estaba flotando, suspendido en ese estado entre la vigilia y el sueño, con la cara enterrada en el fragante pelo de Colleen y el cuerpo trabado entre la suavidad de sus piernas.

De nada le habían servido la fuerza de voluntad, ni la determinación de no volver a hacer el amor con ella, ni la esperanza de que Wes le perdonara una única y pequeña trasgresión.

Ah, pero cuánto le había gustado hacer el amor con ella otra vez. Y ningún hombre heterosexual y con sangre en las venas habría podido resistirse a la tentación teniendo a Colleen Skelly sentada sobre sus rodillas.

Además, en el fondo, sabía que nada de aquello tenía importancia. Wes se pondría hecho un gorila cuando se enterara de que se había acostado con Colleen. Pensándolo de manera realista, ¿qué importancia tenía que hubieran sido dos veces? ¿Qué diferencia podía haber?

¿Para Wes? Ninguna. Probablemente. Con un poco de suerte.

Pero, para Bobby, la diferencia era enorme.

Tan enorme como la diferencia entre cielo e infierno.

Hablando del cielo, se dio cuenta, forzándose a volver a la tierra, de que todavía estaba dentro de Colleen. No era muy inteligente quedarse dormido justo después de hacer el amor cuando se usaban preservativos como único método anticonceptivo. Porque los preservativos podían romperse.

Debería haberse despegado de ella hacía veinte minutos. Y también debería haberse dado cuenta de que estaba encima de ella, aplastándola.

Pero Colleen no se había quejado. En realidad, seguía rodeándolo fuertemente con los brazos.

Bobby cambió de postura, apartándose de ella, y estiró una mano para...

Oh, oh.

– Eh, Colleen... – se sentó en la cama, repentinamente despejado.

Ella se movió y se desperezó. Estaba muy sexy. Tanto que, incluso en ese instante, Bobby se distrajo.

– No te vayas aún, Bobby – murmuró ella, medio dormida –. Quédate un rato, por favor.

– Colleen, creo que será mejor que te levantes y te des una ducha. El preservativo se ha roto.

Ella abrió los ojos y se echó a reír.

– Sí, claro – su sonrisa se desvaneció al mirarlo a los ojos –. Oh, no, no estás de broma, ¿verdad? – se incorporó.

Él sacudió en silencio la cabeza.

Veinte minutos. Colleen había estado al menos veinte minutos tumbada después de que él derramara inadvertidamente su esperma dentro de ella.

¿Era posible que estuviera ya embarazada? ¿Podía ocurrir tan rápido?

Si el momento era el adecuado, podía ocurrir de manera instantánea. En lo que duraba un destello, el latido de un corazón.

—Bueno —dijo Colleen con los ojos muy abiertos—. Estos últimos días me han pasado cosas que no me habían pasado nunca, y esto no es una excepción. ¿Qué hacemos? ¿De veras crees que servirá de algo que me duche?

—Seguramente no —admitió él—. Pero...

—Me daré una ducha ahora mismo, si quieres. No estoy segura de en qué momento del ciclo estoy. La verdad es que nunca he sido muy regular para eso —estaba allí sentada, ajena a su desnudez, pidiéndole su opinión con completa confianza.

A Bobby, aquella confianza le resultó reveladora y excitante. ¿Cómo era posible? La estupefacción y el miedo que había sentido al descubrir que el preservativo se había roto debían haberle producido una respuesta física contraria, parecida a la reacción que hubiera tenido de estar nadando en un lago helado. Debía haberle hecho aborrecer el hecho mismo de pensar en el sexo durante al menos tres semanas.

Pero allí estaba Colleen, sentada a su lado en la cama, con sus pechos desnudos y sus ojos verdiazules y su confianza serena e inmutable.

En ese momento, ella necesitaba que fuera sincero. No había apaños, ni soluciones milagrosas para aquella situación.

—Creo que probablemente ya es demasiado tarde para hacer algo, salvo rezar.

Ella asintió con la cabeza.

—Me lo imaginaba.

—Lo siento.

—No es culpa tuya —dijo ella.

Él sacudió la cabeza.

—No se trata de culpa. Se trata de responsabilidad, y sí soy responsable.

—Bueno, entonces yo también. Yo te obligué.

Bobby sonrió, pensando en cómo se había sentado ella en su regazo con la intención de seducirlo, y se preguntó si sabría que su última esperanza de resistirse a la tentación se había desvanecido en cuanto ella había aparecido en la cocina cubierta únicamente con la bata.

—Sí —dijo él—, como si te hubiera resultado muy difícil...

Ella le devolvió la sonrisa.

–Ha sido una de esas cosas nuevas para mí –dijo–. Estaba orgullosa de mí misma por haber tenido valor para hacerlo.

–Lo hiciste muy bien –su voz era ronca–, pero no me refería a eso. Me refería a que no te resultó muy difícil porque me vuelves loco.

Con sólo mirarla a los ojos volvía a desearla. Tanto que no pudo ocultarlo. Colleen lo notó y se rió suavemente.

–En fin, creo que hay una forma interesante y hedonista de abordar el problema –se acercó a él a gatas sobre la cama, con los ojos brillantes y una sonrisa maliciosa–. ¿Conoces ese viejo dicho que dice que, cuando se cierra una puerta, en algún sitio se abre una ventana? ¿Y si cuando se rompe un preservativo, se abriera una ventana de oportunidades?

Bobby sabía que tenía que detenerla, retroceder, levantarse, hacer cualquier cosa excepto quedarse allí sentado y esperar a que ella...

Demasiado tarde.

Colleen se incorporó.

–Oh, Dios mío.

–Mmm –dijo Bobby, tendido boca abajo en la cama.

Eran las once y cinco. Tenía cincuenta y cinco minutos para llegar a la facultad de Derecho desde Cambridge. Sin coche. En tranvía.

–¡Oh, Dios mío!

Bobby alzó la cabeza.

–¿Qué pasa...?

Ella pasó por encima de él, aplastándole inadvertidamente la cara contra la almohada, y salió corriendo hacia el cuarto de baño.

–¡Ay!

–¡Lo siento!

Gracias a que Ashley estaba en Vineyard, Colleen corrió por el pasillo completamente desnuda y encendió la luz del cuarto de baño. Un solo vistazo al espejo y comprendió que debía darse una ducha. Tenía el pelo en estado salvaje y en la cara la mirada de satisfacción de una mujer que llevara toda la mañana exprimiendo a su amante.

No podía hacer nada respecto a la cara, pero podía arreglarse el pelo dándose una ducha rápida.

Abrió los grifos y se metió bajo la ducha antes de que el agua empezara a calentarse, entonando unas cuantas notas operísticas para contrarrestar el frío.

— ¿Estás bien? — Bobby la había seguido. Naturalmente, Colleen había dejado la puerta abierta de par en par.

Ella sacó la cabeza por detrás de la cortina de la ducha. Bobby estaba desnudo, de pie enfrente del lavabo, en una postura perfectamente viril.

— Tengo que ir a pagar la matrícula de la facultad — dijo ella, enjabonándose rápidamente el pelo. Le encantaba saber que Bobby se sentía tan cómodo que podía meterse en el cuarto de baño con ella. Era como si hubiesen cruzado una especie de línea invisible. Eran amantes, no únicamente dos personas que habían cedido a la tentación y habían hecho el amor una vez —. El plazo acaba hoy a mediodía y, como una idiota, lo he dejado para el último momento.

— Te acompañaré.

Ella cerró los grifos, retiró la cortina, alcanzó la toalla y se fue secando mientras corría de vuelta al dormitorio.

— No puedo esperarte — le gritó —. Tengo exactamente cuarenta y cinco segundos para salir por la puerta.

Se puso ropa interior limpia y, a pesar de que todavía estaba mojada, se metió por la cabeza su vestido azul, suelto y amplio, perfecto para los días en que llegaba irremediabilmente tarde. Luego se calzó unas sandalias.

— Vaya — dijo Bobby —, una mujer capaz de prepararse en menos de tres minutos — se echó a reír —. Tengo la impresión de que debería caer de rodillas ahora mismo y pedirte en matrimonio.

Colleen estaba buscando el cheque de la matrícula, que había escondido por seguridad entre su colección completa de las obras de Shakespeare, y consiguió no quedarse paralizada, no desmayarse, no gemir ni darse la vuelta para mirarlo, no reaccionar en absoluto. Bobby estaba bromeando. No tenía ni idea de que aquellas palabras dichas a la ligera le habían producido una punzada de excitación y anhelo tan fuerte que había estado a punto de caerse redonda.

Qué estúpida era. En realidad, deseaba lo imposible. Bobby no se casaría con ella. Unas horas antes le había dicho que pensaba seguir soltero.

Colleen compuso una sonrisa al darse la vuelta, metió el sobre y un libro para leer en el bolso, miró si tenía dinero para tomar el tranvía, y cerró la cremallera del bolso.

— Tardaré por lo menos un par de horas — dijo, cepillándose el pelo mojado mientras iba a la cocina para sacar una manzana del frigorífico. Bobby la siguió y la acompañó hasta la puerta, todavía desnudo.

Ella se volvió para mirarlo.

— Me encantaría que estuvieras aquí cuando vuelva. Tal como estás ahora — lo besó, bajó la voz y le lanzó una sonrisa traviesa —. Y si crees que soy rápida por vestirme en tres minutos, espera a ver cuánto tardo en desvestirme.

Él la besó, estrechándola entre sus brazos y alzando una mano para tocarle un pecho, como si no pudiera evitar acariciarla.

Colleen sintió que se derretía. ¿Qué pasaría si no llevaba a tiempo el cheque a la secretaria de la facultad?

Tendría que pagar una penalización. O no entraría en la lista de admitidos. Había muchos estudiantes en lista de espera, la secretaria de admisiones podía permitirse aplicar mano dura. De mala gana, se apartó de Bobby.

— Volveré pronto — dijo.

— Bien — dijo él, sin dejar de tocarla; la miró como si fuera ella la que estaba desnuda delante de él y se inclinó para besarle el pecho antes, de dejarla ir —. Estaré aquí.

Bobby no estaba enamorado de ella. Sólo la deseaba.

Y eso era exactamente lo que ella había buscado, se recordó Colleen mientras corría escaleras abajo.

Pero, ahora que lo había conseguido, ya no le parecía suficiente.

El teléfono estaba sonando cuando Bobby salió de la ducha de Colleen. Agarró una toalla y se la anudó alrededor de la cintura mientras iba hacia la cocina.

— ¿Hola?

Oyó el sonido de una línea abierta, como si hubiera alguien al otro lado que guardaba silencio.

— ¿Bobby?

Era Wes. Oh, Dios, era Wes.

— ¡Hey! — dijo Bobby, intentando desesperadamente parecer normal.

— ¿Qué haces en casa de Colleen? — Wes parecía contento. O tal vez eran imaginaciones de Bobby.

— Hum — dijo Bobby. Iba a tener que contarle a Wes lo que había entre Colleen y él, pero no le apetecía dar la noticia por teléfono. Sin embargo, tampoco iba a mentirle.

Por suerte, como era habitual en él, a Wes no le interesaba particularmente que respondiera a su pregunta.

— Sí que es difícil localizarte — continuó —. Anoche, llamé a tu hotel y, o bien estabas dormido como un tronco, o bien muy ocupado. Qué suerte tienes, hijo de perra.

— Pues sí — dijo Bobby. No sabía si a Wes le importaba particularmente a qué respondía que sí, pero lo cierto era que había dormido como un tronco, había estado muy ocupado y era una hijo de perra con mucha suerte —. ¿Dónde estás?

– En Little Creek. Tienes que venir cuanto antes, hermano. Tenemos una reunión con el almirante Robinson a las siete. Dentro de dos horas sale un vuelo desde Logan. Si te das prisa, puedes tomarlo. Habrá un billete esperándote en el aeropuerto.

Darse prisa significaba marcharse antes de que Colleen regresara. Bobby miró el reloj de la cocina y lanzó una maldición. En el mejor de los casos, ella tardaría aún hora y media en volver.

– No creo que me dé tiempo – le dijo a Wes.

– Claro que te dará tiempo. Dile a Colleen que te lleve al aeropuerto.

– Oh – dijo Bobby –. No. No puede. Vendió su coche.

– ¿Qué?

– Ha estado haciendo trabajos benéficos, sin cobrar, ¿sabes? Además de su trabajo habitual como voluntaria – le dijo Bobby –. Vendió el Mustang porque no le salían las cuentas.

Wes lanzó una maldición en voz alta.

– No puedo creer que haya vendido ese coche. Yo le habría prestado el dinero. ¿Por qué no me lo pidió?

– Yo también se lo ofrecí. Pero no quería que ninguno de los dos se lo dejara.

– Eso es absurdo. Deja que hable yo con esa niña tonta, ¿quieres?

– En realidad – le dijo Bobby –, no es ninguna tonta – y tampoco era una niña. Era una mujer. Una mujer guapísima, vibrante, independiente y apasionada –. Quiere hacerlo a su manera. Por ella misma. Y así cuando se gradúe, sabrá que... que lo ha hecho ella sola. Y la verdad es que a mí no me parece mal.

– Sí, sí, claro, pero dile que se ponga.

Bobby respiró hondo, rezando porque a Wes no le pareciera un poco raro que estuviera solo en el apartamento de Colleen.

– No está aquí. Ha tenido que irse a la facultad a hacer una cosa y...

– Pues déjale un mensaje. Dile que me llame – Wes le dio un número de teléfono que Bobby anotó obedientemente en un trozo de papel. Luego lo dobló con la intención de metérselo en el bolsillo en cuanto se pusiera algo que tuviera bolsillos. No pensaba arriesgarse a que Colleen llamara a Wes antes de que él tuviera oportunidad de darle una explicación.

– Ponte las pilas – dijo Wes –. Tienes que asistir a esa reunión. Si Colleen es tan tonta que insiste en marcharse a Tulgeria, tenemos que hacer las cosas bien. Si llegas esta tarde, empezaremos a planear la operación doce horas antes que si esperamos a reunirnos mañana por la mañana. Quiero esas doce horas extra. Estamos hablando de la seguridad de Colleen, de su vida.

– Allí estaré – dijo Bobby –. Tomaré ese avión.

– Gracias. Te he echado de menos, amigo. ¿Qué tal tu hombro? ¿Te lo tomas con calma?

No exactamente, teniendo en cuenta que durante las pasadas veinticuatro horas había estado haciendo «gimnasia» casi sin parar. Con la preciosa hermana de Wes. Oh, Dios.

—Me encuentro mucho mejor —le dijo Bobby a su mejor amigo. Era verdad: todavía tenía el hombro magullado, y no podía levantar el brazo por encima de la cabeza sin que le doliera, pero sin duda esa mañana se sentía excepcionalmente bien. Físicamente.

Emocionalmente, la cosa era completamente distinta. Se sentía culpable. Confundido. Ansioso.

—Eh —dijo Bobby—, ¿harás el favor de ir a recogerme tú solo a Norfolk? Hay algo de lo que tenemos que hablar.

—Oh, oh —dijo Wes—. Parece serio. ¿Estás bien? Cielos, no habrás dejado preñada a alguna chica, ¿verdad? Pensaba que no salías con nadie desde que rompiste con Kyra.

—No he dejado a nadie... —empezó a decir Bobby, pero se interrumpió. Oh, Señor, era posible que hubiera dejado embarazada a Colleen esa misma mañana. La idea todavía le hacía flaquear las rodillas—. Tú ve a buscarme, ¿de acuerdo?

—Eh, eh —dijo Wes—, ¿es que no vas a contármelo?

—Te lo contaré luego —dijo Bobby, y colgó el teléfono.

Capítulo XIV

Cuando Colleen llegó a casa, Clark y Kenneth estaban en el cuarto de estar, jugando a las cartas.

– Eh – dijo Clark –, ¿dónde está tu tele?

– Yo no tengo tele – dijo ella –. ¿Qué hacéis aquí? ¿Ha vuelto Ashley?

– No. Nos llamó tu amor platónico – respondió Clark –. No quería que llegaras y te encontraras la casa vacía.

– Se ha tenido que ir a un sitio llamado Little Creek – dijo Kenneth –. Te ha dejado una nota encima de la cama. No he dejado que Clark la leyera.

Bobby se había ido a Little Creek. Al final había huido, dejando a los dos chavales de niñas.

– Gracias – dijo –. Ya estoy en casa. No hace falta que os quedéis aquí.

– No nos importa – dijo Clark –. Tienes comida en la nevera y...

– Por favor, necesito que os vayáis – les dijo Colleen –. Lo siento – no tenía ni idea de qué pondría la nota que Bobby había dejado en su habitación, pero no quería leerla estando ellos en el cuarto de estar.

Y quería leerla sin esperar ni un segundo más.

– Muy bonito – dijo Clark –. Estaba seguro de que no seríamos bien recibidos porque eres una de esas chicas liberadas que creen que pueden cuidarse solas y...

Kenneth se llevó a rastras a Clark y Colleen oyó que la puerta se cerraba.

Entró en su habitación. Bobby la había recogido. Y también había hecho la cama. Y había dejado una nota encima de la almohada.

Me han llamado y he tenido que irme a toda prisa, decía la nota en letras nítidas y cuadradas. Me voy a Little Creek, a una reunión a la que no puedo faltar. Siento muchísimo no haber podido quedarme para darte un beso de despedida como Dios manda, pero así son las cosas... cuando uno pertenece al Escuadrón Alfa. Cuando hay que irse, hay que irse, le guste a uno o no.

A continuación había una tachadura. Por más que se esforzó, Colleen no logró leer lo que ponía debajo del borrón. La primera palabra parecía un *Quizá*. Pero no podía leer lo demás.

Cuídate, había escrito él, subrayando dos veces la palabra. *Te llamaré desde Little Creek*. Firmaba *Bobby*. No «Con amor, Bobby», ni «Apasionadamente tuyo, Bobby». Sólo *Bobby*.

Colleen se tumbó de espaldas en la cama, intentando no darle demasiada importancia a la nota. Deseaba que Bobby no hubiera tenido que marcharse, pero al mismo tiempo procuraba no preguntarse si volvería.

Si estaba embarazada, él volvería. Insistiría en casarse con ella y...

Al pensarlo se sentó en la cama, sorprendida. No podía desear algo tan terrible. No quería ser una carga para Bobby. Una responsabilidad vitalicia. Un error permanente.

Quería que él regresara porque le gustaba estar con ella. Y también, claro, porque le gustaba que hicieran el amor. Ella no iba a fingir que su relación no se basaba sobre todo en el sexo. En un sexo fantástico. Increíble.

Sabía que a Bobby le gustaba hacer el amor con ella. Así que volvería a verlo, se dijo. Y cuando la llamara desde Little Creek, si es que la llamaba, ella procuraría mostrarse relajada. Como si no fuera un manojo de nervios. Como si estuviera segura de que él volvería a su cama en cuestión de un día o dos. Y como si no fuera a acabarse el mundo si no volvía.

Sonó el teléfono, y Colleen rodó hasta el borde de la cama y, tumbada boca abajo, miró el identificador de llamadas por si... Sí. Era Bobby. Tenía que ser él. El código de área era el de Little Creek. Colleen conocía muy bien los números de esa zona: Wes estaba destinado allí desde que había entrado en la Marina. Antes incluso de conocer a Bobby Taylor. Seguramente Bobby acababa de llegar y lo primero que estaba haciendo era llamarla. Tal vez para él lo que había entre ellos no fuera sólo sexo...

Colleen descolgó el teléfono y puso una voz ligera, aunque tenía el corazón en la garganta.

–Lástima que hayas tenido que irte. Me he pasado todo el viaje en el tranvía pensando en todas las formas diferentes en que íbamos a hacer el amor esta tarde.

Del teléfono salieron palabras ensordecedoras. La voz no era la de Bobby. Era la de su hermano.

–No sé quién creías que era, Colleen, pero será mejor que me lo digas para que pueda matarlo.

–Wes –dijo ella débilmente. ¡Oh, no!

–Esto es fantástico. Fantástico. Justo lo que quería oír en boca de mi hermana pequeña.

Colleen se puso furiosa.

–Perdona, pero yo no soy pequeña. Hace mucho tiempo que no lo soy. Tengo veintitrés años, muchas gracias y, si tanto te interesa saber la verdad, te diré que tengo una relación intensamente física y enormemente satisfactoria. Me he pasado la noche y casi toda la mañana retozando en la cama con un hombre.

Wes se puso a gritar.

–¡Oh, Dios mío! ¡No me digas eso! ¡No quiero oírlo!

–Si yo fuera Sean o... o... –no quería decir Ethan. Wes no soportaba hablar de su hermano muerto –... o Frank, te alegrarías por mí.

–¡Frank es un cura!

– Bueno, tú sabes lo que quiero decir –replicó Colleen–. Si fuera uno de esos tipos del Escuadrón Alfa, me darías palmaditas en la espalda y me felicitarías. No veo la diferencia...

– ¡La diferencia es que tú eres una chica!

– No –dijo ella, tensa–. Soy una mujer. Puede que ése sea el origen de tus problemas con las mujeres, Wes. Hasta que no dejes de verlas como niñas, hasta que no las trates como iguales...

– Sí, un millón de gracias, doctor Freud. Como si tú supieras algo de mis problemas –lanzó una maldición.

– Sé que eres infeliz –dijo ella suavemente–. Y que casi siempre estás de mal humor. Creo que tienes algunos asuntos sin resolver a los que deberías enfrentarte antes de...

Él se negaba a entrar en una discusión sobre su vida privada.

– Claro que tengo asuntos sin resolver... y todos tienen que ver con ese cerdo que has dejado que se aproveche de ti. Seguro que crees que te quiere, ¿verdad? ¿Es eso lo que te ha dicho?

– No –dijo Colleen, enfurecida–. No me lo ha dicho. Pero le gusto. Y me respeta, lo cual es más de lo que puedo decir de ti.

– ¿Es uno de esos picapleitos de tres al cuarto?

– Eso no es asunto tuyo –Colleen cerró los ojos. No podía perder los papeles y decirle que se trataba de Bobby. Si Bobby quería contárselo, bien. Pero su hermano no lo sabría por ella. De ninguna manera–. Mira, tengo que irme. Ya sabes, para embadurnarme de aceite corporal –mintió para picarlo–. Para prepararme para esta noche..

Recibió la respuesta que esperaba, acompañada de un rechinar de dientes.

– ¡Colleen!

– Me alegro de que hayas vuelto sano y salvo.

– Espera –dijo él–. Te llamo por una razón.

– ¿De veras? ¿No llamabas sólo para fastidiarme?

– No. Tengo que ir a recoger a Bobby al aeropuerto, pero antes de que me vaya, necesito información sobre tus contactos dentro del gobierno de Tulgeria. El almirante Robinson quiere investigar a toda la gente involucrada –Wes hizo una pausa–. ¿No te ha dicho Bobby que me llamas? –preguntó–. Cuando hablé con él a mediodía, le dije que te dejara un mensaje y...

Silencio.

Un largo y profundo silencio.

Colleen casi podía oír girar los engranajes del cerebro de su hermano, atando cabos.

En sus propias palabras, Colleen se había pasado «casi toda la mañana retozando en la cama» con su misterioso amante.

Su hermano había hablado con Bobby esa mañana. En casa de Colleen. Justo antes del mediodía.

– Dime que no es cierto – dijo Wes muy suavemente, lo cual no era buena señal – . Dime que no es Bobby Taylor. Dime que mi mejor amigo no me ha traicionado.

Al oír aquello, Colleen no pudo contenerse.

– ¿Traicionarte? Oh, Dios mío, Wes, eso es absurdo. Lo que pase entre Bobby y yo no tiene nada que ver contigo.

– Así que es verdad – Wes se puso furioso – . ¡Es verdad! ¿Cómo ha podido hacerlo, el muy hijo de... ? ¡Lo mataré!

Oh, maldición.

– ¡Wes, escúchame! Ha sido culpa mía. Yo...

Pero su hermano ya había colgado.

Oh, Dios, aquello tenía una pinta horrible. Wes iba a recoger a Bobby al aeropuerto y...

Colleen miró la pantalla del identificador de llamadas e intentó llamar a Wes.

El viaje a Norfolk era lo bastante largo como para sacar a Bobby de quicio. Le había dado tiempo a comprar un libro en una tienda del aeropuerto, pero miraba fijamente las palabras impresas y era incapaz de concentrarse en la historia.

¿Qué iba a decirle a Wes?

– Hola, me alegro de verte. Sí, Cambridge es fantástico. Me ha gustado mucho. Sobre todo, cuando le hacía el amor a tu hermana.

Oh, cielos.

Pensar en la conversación con Wes lo estaba poniendo nervioso y de mal humor.

Pensar en Colleen lo volvía loco.

Miró su reloj y pensó que seguramente ella ya habría vuelto a su apartamento.

Si no hubiera tenido que marcharse, ella se habría desnudado, como le había prometido, y él se habría hundido en su interior y...

Se removió en el asiento. La butaca no estaba hecha para alguien de su tamaño. Tenía las rodillas apretadas contra el respaldo del asiento de delante. Estaba muy incómodo. Pensar en Colleen no iba precisamente a ayudarlo.

Pero, cada vez que cerraba los ojos, no podía evitar pensar en ella.

Seguramente era una suerte que hubiera tenido que marcharse a Little Creek. Si por él hubiera sido, no se habría ido nunca. Se hubiera quedado en el cuarto de Colleen para siempre, esperando a que ella volviera para hacerle el amor.

Colleen había lanzado un hechizo sobre él, y él había sucumbido. Ella no tenía más que sonreír y ya lo tenía en sus manos.

Pero eso rompía el hechizo. ¿No? Eso suponía, al menos. Muy mala suerte sería enamorarse de una mujer que no lo quisiera. Pero peor aún enamorarse de una mujer para la que sólo era un divertimento sexual. Si no se andaba con cuidado, acabaría con el corazón destrozado.

Intentó concentrarse otra vez en el libro. Intentó borrar de su mente la imagen de Colleen, de sus ojos risueños cuando se inclinaba para besarle, cuando se apretaba contra él, cuando sus piernas se entrelazaban y...

«Socorro».

La deseaba con toda su alma.

¿Por qué no habría sentido lo mismo por Kyra?

Porque ya entonces estaba enamorado de Colleen.

¿De dónde se había sacado esa idea? Enamorado. ¡Señor! Las cosas ya eran bastante complicadas sin meter el amor de por medio.

En cuestión de minutos tendría que meterse en una conversación con Wes que temía con cada partícula de su ser. Y Wes le diría que se mantuviera alejado de Colleen. «No vuelvas a acercarte a ella». Ya podía oír sus palabras.

Si era listo, le haría caso.

Si no lo era, si seguía pensando con el cuerpo en vez de con la cabeza, se metería en un buen lío. Antes de darse cuenta se encontraría metido en una relación a larga distancia. Y, al cabo de un año, hablaría con Colleen por teléfono y le diría otra vez que no podía ir a pasar el fin de semana con ella, y ella le contestaría otra vez que no se preocupara, pero él sabría que en realidad intentaba no llorar.

Él no quería hacerla llorar, pero eso no significaba que estuviera enamorado de ella.

Y el hecho de que quisiera estar a su lado constantemente, el hecho de que la añorara desesperadamente pocas horas después de haber estado en la cama con ella, eso era únicamente la respuesta lógica de un cuerpo sano ante una relación sexual fantástica. Era natural, después de haberlo probado, querer más.

Bobby cerró los ojos y se los frotó. Oh, Dios, quería más.

No le resultaría difícil convencer a Colleen para que intentaran mantener una relación de costa a costa. Ella era aventurera y Bobby le gustaba. Y, además, él nunca había tenido una relación de larga distancia con alguien a quien le gustara el sexo telefónico...

Bobby esbozó una sonrisa. Sí, ¿a quién quería engañar fingiendo que tenía alguna oportunidad, fingiendo que no iba a pasarse todas las horas del día pensando en

volver a Cambridge para ver a Colleen? La verdad era que, a no ser que ella se negara en redondo a volver a verlo, Bobby tendría que comprarse un abono de avión.

La cosa no tenía remedio.

Y si Colleen estaba embarazada...

Oh, diablos. Mientras el avión se aproximaba a la pista de aterrizaje, Bobby intentó imaginarse cómo le daría a Wes aquella noticia.

—¡Hola, tío! No sólo me he acostado con tu hermana más veces de las que recuerdo, sino que además el preservativo se rompió y seguramente la he dejado embarazada, he arruinado su sueño de acabar la carrera de Derecho y la he condenado a pasarse la vida con un marido al que no quiere particularmente y que, de todos modos, casi nunca estará en casa. ¿Qué tal te ha ido a ti?

Bobby salió del avión igual que había entrado: sin equipaje, vestido con los mismos pantalones cortos y la misma camiseta que Colleen le había ayudado a quitarse hacía menos de veinticuatro horas.

Mientras recorría la pasarela que conectaba el avión con la terminal escudriñaba la multitud, buscando el rostro familiar de Wes.

Allí estaba. Wes Skelly. Apoyado contra la pared, con los brazos cruzados delante del pecho, más parecido a un motero que a un jefe de las fuerzas de élite de la Marina estadounidense. Llevaba pantalones de color caqui amplios, con muchos bolsillos, y una camiseta blanca, sin mangas, que dejaba al descubierto su piel bronceada y el tatuaje de alambre de espino que lucía en la parte superior del brazo. Tenía el pelo largo y revuelto. Cuanto más largo se lo dejaba, más claro parecía, quemado por el sol, que hacía destacar sus reflejos rojizos.

Hacía casi once años que Bobby y Wes eran prácticamente inseparables, a pesar de que al principio, cuando durante el adiestramiento en el cuerpo habían sido designados compañeros, se habían odiado de manera visceral. Eso era algo que poca gente sabía. Pero Wes se había ganado el respeto de Bobby durante las agotadoras sesiones de entrenamiento, al igual que Bobby se había ganado el de Wes. Les había costado algún tiempo, pero una vez habían entendido que ambos estaban hechos de la misma fibra irrompible, habían empezado a apoyarse mutuamente.

Era uno de esos casos en los que uno más uno hacían tres. Como equipo, eran imparables. Y así se convirtieron en aliados.

Y, cuando murió Ethan, el hermano pequeño de Wes, su asociación había dado un paso adelante, convirtiéndose en amistad. En verdadera amistad. A lo largo de la década anterior, aquel vínculo se había fortalecido hasta tal punto que parecía indestructible.

Pero los años que había pasado trabajando con explosivos habían enseñado a Bobby que la indestructibilidad era un mito. Tal cosa no existía.

Y había muchas posibilidades de que, en los minutos siguientes, Bobby lograra destruir diez años de amistad con apenas unas cuantas palabras. «He dormido con tu hermana».

– Hola – lo saludó Wes –. Pareces cansado.

Bobby se encogió de hombros.

– Estoy bien. ¿Y tú?

Wes se apartó de la pared.

– Por favor, dime que no has facturado tu equipaje.

Echaron a andar, siguiendo la corriente de humanidad que se alejaba de la puerta.

– No. No lo he traído. No he tenido tiempo de volver al hotel. Lo dejé allí.

– Qué estupidez – dijo Wes –. Pagar una habitación en la que no duermes. Es una idiotez.

– Sí – dijo Bobby. «He dormido con tu hermana». ¿Cómo demonios iba a decírselo? Soltárselo sin más le parecía mal, pero no había ningún modo amable de abordar un tema como aquel.

– ¿Qué tal Colleen? – preguntó Wes.

– Está... – Bobby titubeó. Preciosa. Increíblemente sexy. Fantástica en la cama. Quizá embarazada –. Se las arregla bien. Vender el coche no fue fácil para ella.

– No puedo creer que lo hiciera. Su Mustang... Es como vender a un hijo.

– Consiguió un buen precio. El comprador era un coleccionista, así que seguro que lo cuidará bien.

Wes abrió una puerta que llevaba a la zona de aparcamiento.

– Aun así...

– ¿Jake te ha puesto al corriente de la situación de esos huérfanos de Tulgeria a los que Colleen y sus amigos quieren sacar de la zona de guerra? – preguntó Bobby.

– Sí. Al parecer, el edificio fue bombardeado hace un día o dos. Quedó prácticamente destruido, y los supervivientes han sido trasladados a un hospital local que ni siquiera tiene agua corriente ni electricidad. Saldremos enseguida hacia Tulgeria para llevar a los niños a la ciudad.

– Bien – dijo Bobby –. Me alegro de que el almirante le haya dado prioridad a este asunto. Wes, hay algo que debes saber... – lo fácil, primero –. La niña que Colleen quería adoptar murió en el bombardeo.

Wes se quedó mirándolo en medio de la penumbra del aparcamiento subterráneo.

– ¿Adoptar? – dijo tan alto que su voz retumbó –. ¿Iba a adoptar una niña? ¿Es que está loca? Pero si ella misma es una cría...

– No, no lo es – dijo Bobby tranquilamente –. Es una mujer adulta. Y... – sí, ése era el momento de decirlo – ... y lo sé por experiencia. Yo he... esto... he estado con ella, Wes. Con Colleen...

Wes se paró en seco.

—Vamos, Bobby, puedes hacerlo mejor. ¿Cómo que has estado con ella? Podrías haber dicho que has dormido con ella, pero por supuesto no habrás dormido mucho, ¿verdad, cerdo malnacido? ¿Qué te parece...? —usó la expresión más cruda posible—. Sí, eso está mejor. Eso es lo que hiciste, ¿no? Maldito hijo de... —dijo gritando. Bobby se quedó parado. Aturdido. Wes ya lo sabía. De alguna forma se había enterado. Y él había estado tan absorto que no se había dado cuenta—. Te mandé allí para que cuidaras de ella —continuó Wes—. Y esto es lo que haces. ¿Cómo has podido hacerme esto a mí?

—No se trata de ti —intentó explicarle Bobby—. Solo de mí y... Wes, hace años que estoy loco por ella.

—Vaya, tiene gracia —gritó Wes—. Hace años, ¿y me lo dices ahora? ¿Qué? ¿Es que estabas esperando una oportunidad para pillarla a solas, maldito bastardo? —empujó a Bobby, golpeándolo con ambas manos sobre el pecho.

Bobby se dejó zarandear.

—No. Créeme, intenté mantenerme alejado de ella; pero... no pude hacerlo. Aunque parezca extraño, a Colleen se le metió en el cabeza que me deseaba, y demonios, ya sabes cómo se pone. No tuve ninguna oportunidad.

—Tú eres diez años mayor que ella, ¿e intentas convencerme de que ella te sedujo a ti?

—No es tan sencillo. Tienes que creerme... —Bobby se interrumpió—. Mira, tienes razón. Es culpa mía. Yo tengo más experiencia. Ella se me insinuó y yo la deseaba, y no hice lo correcto. Para ti.

—¡Vaya, qué bien! —Wes se puso a pasear de un lado a otro, como una bola de energía dispuesta a estallar—. ¿Quieres decir que hiciste lo correcto para Colleen, es eso lo que estás diciendo? ¿Y te parece correcto que mi hermana se quede sentada esperándote, que se pase media vida fingiendo que todo va bien y que en realidad esté aterrorizada esperando que la avisen de que te ha ocurrido algo? Además, pongamos que no te vuelan la cabeza en una operación. Pongamos que vuelves a casa. Que dentro de unos años te retiras. ¿Entonces qué? ¿Te parecerá bien que ella sea quien lleve el dinero a casa trabajando como abogada? ¿Cómo iba a tener hijos entonces? ¿Metiéndolos en una guardería? Es fantástico...

Hijos... Guardería... Bobby estaba alucinado.

—En fin, Wes, yo no voy a casarme con ella.

Wes se paró en seco y se giró para mirarlo con la boca abierta, como si Bobby acabara de decirle que pensaba hacer estallar una bomba nuclear sobre la ciudad de Nueva York.

—Entonces, ¿qué demonios piensas hacer con ella, sucio bastardo?

Atónito, Bobby sacudió la cabeza y se rió ligeramente.

—Vamos. Tiene veintitrés años. Sólo está experimentando. No quiere casarse conmigo.

Wes explotó.

—Hijo de perra. ¡Fuiste con mala intención desde el principio! —descargó un fuerte derechazo directamente en la cara de Bobby.

Éste no intentó esquivarlo. Simplemente se quedó allí, girando ligeramente la cara para amortiguar la fuerza del puñetazo. El golpe le hizo oscilar sobre los talones, pero enseguida recuperó el equilibrio.

—Wes, no hagas esto —había gente a su alrededor, entrando y saliendo de coches. Alguien llamaría a los guardas de seguridad, que a su vez llamarían a la policía, y ambos darían con sus huesos en la cárcel.

Wes volvió a golpearlo, más fuerte esta vez, pero Bobby siguió sin defenderse.

—Pelea, bastardo —bramó Wes.

—No.

—¡Maldito seas! —Wes se lanzó contra Bobby, golpeándolo exactamente en el punto exacto que lo haría caer al suelo, de espaldas contra el cemento. Después de años entrenándose juntos, Wes conocía bien sus puntos flacos.

—¡Eh! —el grito retumbó contra el techo y las paredes de cemento, mientras Wes descargaba sobre Bobby una tanda de puñetazos—. ¡Eh, Skelly, apártate!

Aquella voz pertenecía a Lucky O'Donlon. Un todoterreno militar frenó con un chirrido de neumáticos, y de pronto aparecieron O'Donlon y Crash Hawken en el aparcamiento del aeropuerto, y los separaron.

Al mismo tiempo salieron de la parte de atrás del todoterreno Rio Rosetti, Mike Lee y Thomas King, los tres miembros más jóvenes del Escuadrón Alfa, que ayudaron a Bobby a levantarse.

—¿Estás bien, jefe? —preguntó Rio, perplejo.

Bobby asintió con la cabeza.

—Sí —le sangraba la nariz. Wes no se la había roto de milagro. Lo había golpeado muy fuerte.

—Ten, jefe —Mike le dio un pañuelo.

—Gracias.

Crash y Lucky sujetaban a Wes, que se debatía, maldiciendo, listo para otro asalto si lo soltaban.

—¿Quieren explicarnos qué ocurre aquí? —Crash era el oficial más veterano de los presentes. Casi nunca usaba su voz de oficial, pero cuando lo hacía, lo obedecían al instante. Pero en ese momento Wes no hubiera escuchado ni al propio presidente de los Estados Unidos, y Bobby no quería explicarles nada a ninguno.

—No, señor —dijo con sequedad, pero educadamente—. Con el debido respeto, señor...

—Recibimos una llamada de tu hermana, Skelly —dijo Lucky O'Donlon—. Estaba empeñada en que te siguiéramos al aeropuerto. Dijo que tenía motivos para creer que

intentarías darle un paliza a Taylor, y no quería que os arrestaran a ninguno de los dos.

— ¿Y no dijo por qué iba a darle una paliza a Taylor? — preguntó Wes —, ¿No dijo cuáles eran esos motivos?

Era evidente que no.

Bobby dio un paso hacia Wes.

— Esto es un asunto privado. Muestra algo de respeto por tu hermana.

Wes se rió en su cara y miró a Crash y a Lucky.

— ¿Sabéis lo que ha hecho mi gran amigo, muchachos?

Bobby se puso furioso.

— Esto es entre tú y yo, Skelly. Que Dios me perdone, pero si dices una sola palabra de...

Wes les dijo a todos, en voz bien alta y en el peor lenguaje posible, lo que Bobby había hecho con su hermana.

— Al parecer, Colleen ahora hace experimentos. Lo único que tenéis que hacer es ir a Cambridge, Massachussets, y preguntar por ella. Colleen Skelly. Seguramente estará en la guía. ¿Alguien más quiere probarla en la cama?

Wes Skelly era hombre muerto.

Bobby saltó sobre él con un rugido. Al diablo con todo. Nadie tenía derecho a hablar así de Colleen. Nadie.

Golpeó a Wes en la cara y luego se echó sobre él. Los dos cayeron al suelo, arrastrando consigo a Lucky y Crash.

Bobby volvió a golpear a Wes. Quería que sangrara.

Los otros se echaron sobre él, agarrándolo por la espalda y los brazos, intentando apartarlo, pero no pudieron detenerlo. Nadie podía detenerlo. Bobby se puso en pie y levantó a Wes tirándole de la camiseta, apartándolo de Lucky y de Crash, mientras Rio, Mike y Thomas se aferraban a él como monos.

Bobby echó hacia atrás el brazo, listo para descargar otro puñetazo, cuando sonó otra voz.

— Ya basta.

Era el oficial superior.

Había llegado otro todoterreno.

Bobby quedó paralizado, y sus compañeros aprovecharon la ocasión. Lucky y Crash agarraron a Wes y lo pusieron fuera de su alcance. De pronto, el superintendente Harvard Becker se colocó entre Bobby y Wes.

— Gracias por venir, señor — dijo Crash, y miró a Bobby —. Yo respondí al teléfono cuando llamó Colleen. No me dijo gran cosa, pero enseguida adiviné la causa de la...

eh... tensión entre Skelly y tú. Supuse que sería necesaria la presencia del superintendente.

Wes, que tenía la nariz rota, se inclinó ligeramente hacia delante, y de su cara cayeron gotas de sangre al suelo de cemento.

Lucky se acercó a Harvard y le dijo algo en voz baja. Sin duda lo estaba poniendo al corriente. Diciéndole que Bobby se había acostado con la hermana de Wes.

Cielos, qué injusto era aquello para Colleen. Ella iba a viajar a Tulgeria con aquellos mismos hombres, que la mirarían de manera distinta sabiendo que Bobby y ella habían...

Maldición, ¿por qué no podían haber hablado Wes y él en privado? ¿Por qué se había empeñado Wes en pelear y, como resultado de ello, en convertir aquella relación íntima en asunto de dominio público?

—Y bien, ¿qué quieren hacer? —preguntó Harvard, con las manos sobre las caderas, mirando alternativamente a Wes y a Bobby, con la cabeza afeitada reluciendo en la penumbra del garaje—. ¿Quieren los niños irse a un lugar donde puedan continuar pegándose hasta matarse? ¿O prefieren fingir que son seres adultos para variar e intentar solucionar este asunto hablando?

—Colleen no se acuesta con cualquiera —dijo Bobby, mirando a Wes, desafiándolo a sostenerle la mirada. Pero Wes no levantó los ojos, así que Bobby volvió a mirar a Harvard—. Si vuelve a insinuarlo, señor, o vuelve a decir algo aunque sea remotamente irrespetuoso de su hermana, le arrancaré la cabeza.

Harvard asintió y sus ojos oscuros se entornaron ligeramente al mirar a Bobby.

—De acuerdo —se volvió hacia Wes—. ¿Lo ha oído, jefe Skelly? ¿Entiende lo que está diciendo este hombre?

—Sí —respondió Wes hoscamente—. Me arrancará la cabeza. Que lo intente.

—No —dijo Harvard—. Ésas son las palabras que ha utilizado, pero su significado real, lo que realmente quiere decir con esas palabras, es que su hermana le importa mucho. Ustedes dos, pedazo de idiotas, están en el mismo bando. Así que, ¿qué prefieren? ¿Pegarse o hablar?

—Hablar —dijo Bobby.

—No hay nada que decir —replicó Wes—. Salvo que a partir de ahora será mejor que se mantenga alejado de mí. Porque si me entero aunque sólo sea de que ha vuelto a hablar con Colleen, seré yo quien le arranque la cabeza.

—Aunque quisiera complacerte —dijo Bobby tranquilamente—, que no quiero, no podría. Tengo que volver a hablar con ella. Hay más cosas que debes saber, Skelly, pero no voy a decírtelas aquí, delante de todo el mundo.

Wes levantó los ojos y lo miró fijamente.

—Dios mío —dijo—, no estará embarazada...

—De acuerdo —dijo Harvard—. Vámonos a un lugar más discreto. Taylor, en mi coche. Rosetti, toma las llaves del jefe Skelly, llévalo a la base y escóltalo a mi oficina.

– Vas a tener que casarte con ella.

Bobby se recostó en la silla, boquiabierto.

– ¿Qué? Wes, eso es una locura.

Wes Skelly estaba sentado frente a él, al otro lado de la mesa, en la sala de reuniones que Harvard había habilitado como despacho temporal. Bobby nunca lo había visto enfadado durante tanto tiempo. Era posible que siguiera enfadado con él para siempre.

Wes se inclinó hacia delante y lo miró fijamente.

– Lo que es una locura es que te vayas a Cambridge supuestamente para ayudarme y acabes liándote con mi hermana. Es una locura que estemos manteniendo esta conversación, que no hayas podido mantener la cremallera cerrada. Tú solo te has metido en esta situación. Juegas y, si pierdes, pagas. Y perdiste a lo bestia, tío, cuando se rompió ese preservativo.

– Y estoy dispuesto a asumir la responsabilidad si es necesario...

– ¿Si es necesario? – Wes se echó a reír –. Vaya, ¿quién está loco aquí? ¿De veras crees que Colleen va a casarse contigo si tiene que hacerlo? De eso nada. Colleen es testaruda, una auténtica idealista. No. Tienes que volver a Boston mañana por la mañana, a primera hora. Y convencerla de que quieres casarte con ella. Haz que te diga que sí ahora, antes de que se haga la prueba del embarazo. Si no, se encerrará en sí misma y no querrá ni contestar a tus llamadas. Y, muchacho, eso no sería nada divertido.

Bobby sacudió la cabeza. Tenía jaqueca y le dolía la cara a causa de los puñetazos de Wes. Pero sospechaba que más debía de dolerle a él la nariz rota. Sin embargo, el dolor físico de ambos juntos no era nada comparado con la angustia que empezaba a encogerle el estómago. Pedirle a Colleen que se casara con él. Cielos.

– Ella no querrá casarse conmigo. Quería un lígüe, no un compromiso para toda la vida.

– Pues lo siento por ella – replicó Wes.

– Wes, tu hermana se merece... – Bobby se frotó la frente – ... se merece algo mejor que yo.

– Desde luego que sí – dijo Wes –. Yo quería que se casara con un abogado o con un médico. No quería que fuera la mujer de un militar, como mi madre – lanzó una maldición –. Quería que se comprometiera con un tipo rico, no con un soldado pobre y estúpido que tendrá que hacer doble turno para poder comprarle una lavadora y una secadora. Cielo santo, si tenía que casarse con alguien de la Marina, podía haber elegido al menos a un oficial.

A Bobby, aquello no le sorprendió. Wes le había contado a menudo lo que deseaba para Colleen. Lo sorprendente era lo mal que se sintió al oírse lo decir en ese instante.

– Yo deseaba lo mismo para ella – le dijo a Wes tranquilamente.

– Esto es lo que vas a hacer – dijo Wes—. Te vas a casa de Colleen y le dices que hemos tenido una pelea. Le dices que yo quería que te mantuvieras apartado de ella y que me dijiste que no lo harías, que quieres casarte con ella. Y que yo te lo prohibí terminantemente – se echó a reír, pero no había humor en su risa—. Entonces estará encantada de casarse contigo.

– Colleen no arruinará su vida sólo para fastidiarte a ti – dijo Bobby.

– ¿Te apuestas algo? – Wes se levantó—. Después de la reunión, te reservaré un billete para el próximo vuelo a Boston.

– ¿Me perdonarás alguna vez? – preguntó Bobby.

– No – Wes se acercó a la puerta sin mirar atrás.

Capítulo XV

Al regresar a su apartamento después de asistir al funeral por los niños del orfanato de Tulgeria, Colleen se encontró a Ashley en casa y ningún mensaje en el contestador. Bobby la había llamado la noche anterior, mientras ella estaba en una reunión en la Asociación, así que al menos sabía que había sobrevivido a su altercado con Wes. Pero aun así, se moría de ganas de hablar con él.

— ¿Ha llamado alguien? — le preguntó a Ashley, que estaba en su cuarto.

— No.

— ¿Cuándo has vuelto? — preguntó Colleen, acercándose a la puerta de la habitación de su compañera de piso. Ashley estaba haciendo las maletas.

— No he vuelto — dijo Ashley, limpiándose los ojos y la nariz con la manga. Había estado llorando, pero intentó componer una sonrisa radiante —. Sólo me quedaré un rato, y no pienso decirte adonde voy para que no se lo digas a nadie.

Colleen lanzó un suspiro.

— Supongo que Brad consiguió encontrarte.

— Y yo supongo que tú le dijiste dónde estaba.

— Lo siento, pero parecía muy preocupado por tu repentina desaparición.

— Querrás decir muy preocupado por haber perdido su oportunidad de heredar mi participación en DeWitt y Klein — replicó Ashley, mientras metía con furia su ropa en una maleta abierta colocada sobre la cama —. ¿Cómo pudiste pensar que podría considerar la posibilidad de volver con él? Mi padre le pagó para que se casara conmigo, y él aceptó. Algunas cosas son imperdonables.

— La gente cambia cuando se enamora.

— No tanto — vació todo un cajón de ropa interior dentro de la maleta —. Pero ya sé cómo quitarme de encima a mi padre. Voy a dejar la carrera.

¿Qué? Colleen dio un paso adelante.

— Ashley...

— Buscaré trabajo como bailarina en algún bar exótico, como las chicas de esa película que alquilamos antes de que me fuera a Nueva York — Colleen se echó a reír, sorprendida. Pero se sonrisa se borró en cuanto Ashley le lanzó una mirada sombría —. Crees que no sirvo para eso, ¿eh?

— No — protestó Colleen —. No, creo que lo harás estupendamente. Es sólo que... ¿No es un poco tarde para adoptar esa actitud? — Colleen pensó en Clark —. Para que te comportes como tu hermano, que se ha teñido el pelo de azul.

— Nunca es demasiado tarde — dijo Ashley —. Y mi padre se merece lo del pelo azul y mucho más — cerró la maleta con llave —. Mira, mandaré a alguien por el resto de mis cosas. Y te pagaré mi parte del alquiler hasta que encuentres otra compañera.

— ¡Yo no quiero otra compañera! — Colleen la siguió hasta el cuarto de estar —. Tú eres mi mejor amiga. No puedo creer que estés tan enfadada conmigo como para irte así, sin más.

Ashley dejó la maleta en el suelo.

— No me voy porque esté enfadada contigo — dijo —. En realidad, no estoy enfadada en absoluto. Es que... he pensado mucho en ello y... Colleen, tengo que salir de aquí. Boston está demasiado cerca de Nueva York y de mi padre. Y ¿sabes?... Tal vez Clark tenga razón. Tal vez debería ir a una de esas escuelas de supervivencia. Aprender a nadar entre tiburones. A ver si me crecen agallas... Aunque creo que es un poco tarde para eso.

— Tú tienes muchas agallas.

— No, tú sí que las tienes. Yo sólo te las pido prestadas cuando las necesito — dijo Ashley. Se retiró el pelo de la cara, intentando poner en su sitio algunos mechones díscolos —. He de marcharme, Colleen. Tengo un taxi esperando...

Colleen abrazó a su amiga.

— Llámame — dijo, echándose hacia atrás para mirarla. Ashley estaba anormalmente pálida y tenía profundas ojeras —. Cuando llegues adonde vayas, cuando hayas tenido tiempo de pensar en todo esto, llámame, Ashley. Siempre puedes cambiar de opinión y volver. Pero si no lo haces... bueno, entonces iré a verte bailar a ese bar y te aplaudiré como el que más.

Ashley sonrió a pesar de que tenía los ojos llenos de lágrimas.

— ¿Ves? Contigo me entiendo perfectamente. ¿Por qué no serás tú mi padre?

Colleen también estaba llorando, pero consiguió sonreír.

— Aparte de los inconvenientes biológicos evidentes, yo no estoy preparada para ser el padre de nadie. Bastante me cuesta ya intentar enderezar mi vida.

Y, sin embargo, podía estar embarazada. En ese preciso instante, un bebé podía estar despertando a la vida en su interior y, al cabo de nueve meses, ella sería la madre de alguien. De alguien muy pequeño que se parecería mucho a Bobby Taylor.

Por alguna razón, aquella idea no le resultó tan aterradora como esperaba.

Oyó el eco de la voz profunda de Bobby, muy cerca de su oído: «Hay ciertas cosas que hay que hacer, ¿sabes? Y uno las hace, y todo sale bien al final».

A pesar de lo que acababa de decirle a Ashley, si estaba embarazada, ella haría que las cosas salieran bien. De algún modo se las apañaría para conseguirlo.

Le dio otro abrazo a su amiga.

— A ti te gusta mucho estudiar Derecho — le dijo —. Procura no dejarlo del todo.

— Tal vez vuelva a la universidad algún día... de manera anónima.

— Sí, eso quedaría muy bien en tu diploma: Anónima DeWitt.

— La abogada con el pelo azul — Ashley le devolvió la sonrisa y se enjugó los ojos otra vez antes de arrastrar la maleta hasta la puerta. Entonces sonó el telefonillo —.

Será el taxista – dijo Ashley –, que querrá ver si me he escapado por la puerta de atrás.

Colleen apretó el botón del intercomunicador.

– Bajaré enseguida.

– Bueno, la verdad es que yo quería subir – la voz sonó distorsionada a través del viejo telefonillo, pero a Colleen le dio un vuelco el corazón.

Era Bobby.

– Pensaba que eras el taxista – le dijo, acercándose más al micrófono.

– ¿Vas a algún sitio? – ¿no parecía preocupado? Colleen esperaba que sí.

– No – dijo ella –. El taxi es para Ashley.

Apretó el botón para abrirle el portal al tiempo que Ashley abría la puerta del apartamento. Por el sonido de sus pasos, Bobby parecía subir las escaleras de dos en dos. Enseguida apareció en el descansillo. ¿Con un ramo de flores?

Pues sí. Llevaba en los brazos lo que parecía un jardín: una preciosa mezcla de lirios y margaritas y unas flores grandes y extravagantes cuyo nombre Colleen no conocía. Bobby le dio el ramo sin cumplidos y enseguida agarró la maleta de Ashley.

– Deja que te ayude.

– No, no hace falta... – pero Bobby ya estaba bajando las escaleras. Ashley miró desconcertada a Colleen –. ¿Lo ves? No tengo ni pizca de firmeza.

– Llámame – dijo Colleen, sonriendo, y Ashley se fue.

Colleen se quedó a solas, frente a frente con las flores de Bobby, y sonrió al pensar que eran para ella. Aquello era absurdo y tierno. Una auténtica sorpresa. Dejó la puerta entreabierta y se fue a la cocina en busca de un florero. Lo estaba llenando de agua cuando Bobby regresó.

Éste tenía buen aspecto, como si hubiera puesto un cuidado especial en su apariencia. Llevaba unos pantalones, en vez de los vaqueros que solía ponerse, y una camisa polo con el cuello en un tono desvaído de verde. Se había recogido pulcramente el pelo en una trenza. Sin duda, alguien lo había ayudado a peinarse.

– Perdona que no te llamara anoche. La reunión acabó después de medianoche. Y tenía que levantarme temprano para tomar el avión.

Estaba nervioso. Colleen lo notaba en sus ojos, en la tensión de sus hombros..., pero sólo porque lo conocía muy bien. A cualquier otra persona le habría parecido un hombre completamente relajado y tranquilo, allí de pie, apoyado contra el frigorífico.

– Gracias por las flores – dijo ella –. Me encantan.

Él sonrió.

– Me alegro. Pensé que no eras de ésas a las que las vuelven locas las rosas y, bueno, la verdad es que esas flores me recordaron a ti.

– ¿Por qué? – preguntó –. ¿Porque son grandotas y chillonas?

La sonrisa de Bobby se hizo más amplia.

— Sí.

Colleen se echó a reír y le lanzó una mirada incrédula. Sus ojos se encontraron y, de pronto, la pasión despertó de nuevo con toda su fuerza.

— Te he echado de menos — musitó ella.

— Yo también a ti.

— Creo que te resultará un poco difícil quitarme la ropa si te quedas ahí, tan lejos.

Él desvió la mirada y se aclaró la garganta.

— Sí, bueno. Hum. Creo que deberíamos hablar antes de... — carraspeó —. ¿Quieres que salgamos a dar un paseo? ¿Que tomemos un café?

Ella puso las flores en agua.

— ¿Temes que, si nos quedamos aquí, no tendremos más remedio que quitarnos la ropa?

— Sí — dijo él —. Sí, eso temo.

Colleen se echó a reír y abrió el frigorífico.

— ¿Y si nos llevamos un vaso de té helado a la azotea?

— ¿Crees que allí no me darán ganas de saltar sobre ti?

— Desde luego que sí — dijo ella, sirviendo el té—. Pero, a menos que seas un exhibicionista, no lo harás. Detrás de éste hay un edificio más alto. Hay tres plantas de apartamentos desde las que la azotea se ve a vista de pájaro —le dio uno de los vasos y un beso. Bobby tenía la boca suave y cálida, y el cuerpo tan sólido y fuerte que Colleen sintió que se derretía. Levantó la mirada hacia él—. ¿Seguro que no quieres... ?

— A la azotea — dijo él —. Por favor.

Colleen subió delante de él por la escalera principal, atravesó una puerta y salió al sol cegador. Un vecino que se había mudado hacía mucho tiempo había construido en la azotea una plataforma para tomar el sol con grandes jardineras en las que Colleen y Ashley habían plantado flores la primavera anterior. No era un lugar lujoso, pero estaba a años luz de las azoteas forradas de tela asfáltica de los edificios cercanos.

Colleen se sentó y Bobby la imitó, sentándose tan lejos de ella como le fue posible.

— Bueno, supongo que debería preguntarte por mi hermano — dijo ella —. ¿Está en Cuidados Intensivos?

— No — Bobby miró su té —. Pero nos peleamos.

Colleen ya lo sabía. Podía ver las sombras de los moretones en su cara.

— Debió de ser horrible — dijo en voz baja.

Bobby se giró para mirarla, y a ella se le subió el corazón a la garganta. Cuando la miraba así, Bobby parecía penetrar en su cabeza, en su corazón y en su alma, como si la viera de manera completa, como un todo, como una persona única y especial.

– Cásate conmigo.

A Colleen estuvo a punto de caérsele el vaso de té. «¿Qué?».

Pero lo había oído bien. Bobby buscó en su bolsillo y sacó una cajita de joyería. La cajita de un anillo. La abrió y se la acercó: era un diamante engarzado en una alianza sencilla pero bellísima que acentuaba a la perfección el tamaño de la piedra. Que era enorme. Debía de haberle costado el sueldo de tres meses, por lo menos.

Colleen se había quedado sin habla. No podía moverse. Bobby Taylor quería casarse con ella.

– Por favor – dijo él suavemente –. Debería haber dicho: «por favor, cástate conmigo».

El cielo estaba muy azul, y el aire era dulce y fresco. Allá abajo, en la calle, una mujer gritó llamando a un tal Lenny. Sonó la bocina de un coche. Un autobús lanzó un bramido.

Bobby Taylor quería casarse con ella.

Y ella también quería casarse con él. ¡Casarse con él! Aquella idea, deslumbrante y aterradora, le produjo un estallido de alegría tan fuerte que rompió a reír a carcajadas.

Luego levantó la vista hacia él y contempló el fulgor casi palpable de sus ojos. Bobby estaba esperando una respuesta.

Entonces, Colleen se dio cuenta de que ella también esperaba algo. Era el momento de que él le dijera que la quería.

Pero no lo hizo. Bobby no dijo nada. Se quedó allí sentado, mirándola, ligeramente nervioso, ligeramente... ¿desganado? Como si estuviera esperando que le dijera que no.

Colleen lo miró fijamente a los ojos. Él parecía esperar estar esperando que lo rechazara.

Como si realmente no quisiera casarse con ella.

Como si...

Sintiendo que su felicidad se desvanecía, Colleen le devolvió la cajita del anillo.

– Ha sido Wes quien te ha metido en esto, ¿no? – entonces vio la verdad en los ojos de Bobby. Era cierto –. Oh, Bobby.

– No voy a mentirte – dijo él suavemente –. Fue idea de Wes. Pero no te lo habría pedido si no quisiera hacerlo.

– Ya – dijo Colleen, y se levantó y se alejó, dándole la espalda. No podía soportar que él notara su desilusión –. Claro. Pareces realmente entusiasmado. Encantado de la vida. Como si un tribunal fuera a condenarte a cadena perpetua.

—Estoy asustado. ¿Por qué me lo reprochas? —contestó él. Dejó su vaso en el suelo, se levantó y se colocó justo detrás de ella, pero no la tocó—. Es un paso muy importante —dijo en voz baja—. Una decisión trascendental en nuestras vidas. Y no estoy seguro de que casarte conmigo sea lo que te conviene. Colleen, yo no gano mucho dinero, y me paso la vida viajando por todo el mundo. Ser la mujer de un militar es muy duro. No sé si quiero esa vida para ti. No sé si podría hacerte feliz. Y eso me asusta —respiró hondo—. Pero el hecho es que podrías estar embarazada. De un hijo mío. Y eso es algo que no puedo ignorar.

—Lo sé —musitó ella.

—Si estás embarazada, te casarás conmigo —dijo él, y su voz serena no dejaba lugar a discusiones—. Aunque sólo sea para uno o dos años, si así lo prefieres.

Colleen asintió con la cabeza.

—Si estoy embarazada. Pero seguramente no lo estoy, así que no voy a casarme contigo —sacudió la cabeza—. No puedo creer que estés dispuesto a casarte conmigo sólo porque Wes te lo ha pedido —se echó a reír, pero le dolía la garganta. Sabía que estaba a punto de romper a llorar—. No sé si eso te convierte en un amigo maravilloso o en un redomado imbécil —se encaminó hacia la puerta que llevaba a las escaleras, rezando por llegar a su apartamento antes de echarse a llorar—. Creo que debo volver al trabajo.

Dios, qué necia era. Si Bobby hubiera sido un poco más avisado, si le hubiera mentido y le hubiera dicho que la quería, ella se habría arrojado en sus brazos y le habría contestado que sí. Que se casaría con él y que lo quería.

Y lo quería muchísimo... , pero no se casaría con él.

—Colleen, espera.

Bobby la siguió escaleras abajo. La alcanzó delante de la puerta de su apartamento, cuando ella luchaba por meter la llave en la cerradura, con los ojos nublados por las lágrimas.

Colleen abrió la puerta de un empujón, y Bobby la siguió. Ella intentó desasirse, pero ya era demasiado tarde.

—Lo siento mucho —dijo él con la voz ronca, estrechándola en sus brazos—. Por favor, créeme... Lo último que quería era hacerte daño —lanzó una maldición en voz baja—. No quería hacerte llorar, Colleen.

Ella se limitó a abrazarlo con fuerza. Deseaba que ambos fingieran que aquello no había ocurrido. Que él no la había pedido en matrimonio, y que ella no había descubierto que estaba locamente enamorada de él. Sí, lo primero sería fácil de olvidar. Bobby devolvería el anillo a la joyería. ¿Pero qué haría ella con sus sentimientos?

Sin embargo, sabía exactamente qué hacer con su cuerpo. Sí, aprovecharía cada segundo que pasara con Bobby.

Cerró la puerta y, rodeándole el cuello con los brazos, echó la cabeza hacia atrás para que la besara.

Él vaciló un instante. Luego, con un gruñido, la besó por fin.

Y Colleen dejó de llorar.

¿Cómo demonios había ocurrido?

Bobby supo dónde estaba nada más despertarse, antes incluso de abrir los ojos.

Podía oler el dulce aroma de Colleen y sentir la suavidad de su cuerpo entrelazado con el suyo.

Las ventanas estaban abiertas, y una suave brisa veraniega acariciaba su cuerpo desnudo. Colleen también lo acariciaba. Pasaba los dedos ligeramente arriba y abajo por el brazo con el que la rodeaba. ¿Cuántas veces habían hecho el amor? ¿Dos o tres?

¿Cómo había ocurrido? Él le había pedido que se casaran, y ella se había dado cuenta de que aquello era idea de Wes y se había puesto furiosa.

Pero, en realidad, a Bobby no le había parecido realmente enfadada, sino más bien dolida y...

Bobby alzó la cara de la almohada y vio que Colleen lo estaba mirando, sonriente.

—Hola —dijo ella.

Bobby volvió a desearla. Sólo por aquella sonrisa. Pero no fue sólo su cuerpo el que reaccionó: su corazón también pareció expandirse. Deseó despertarse con aquella sonrisa cada mañana. Deseó...

—Tienes que irte —dijo ella—. Tengo que hacer las maletas para el viaje a Tulgeria, y me distraes.

—Te ayudaré.

—Sí, claro —se echó a reír y se inclinó para besarlo—. A los diez minutos estaríamos otra vez en la cama.

—En serio, Colleen, yo sé exactamente lo que tienes que llevar. Nada de colores llamativos, ni blanco tampoco, o serías un objetivo muy fácil para los francotiradores. Sólo colores oscuros: marrones, verdes o grises. Y tampoco quiero que lleves prendas ajustadas. Solo jerséis amplios, ¿de acuerdo? Mangas largas y faldas hasta los tobillos... Aunque ya lo sabes, claro —se echó a reír, disgustado consigo mismo—. Perdona.

Ella volvió a besarlo.

—Me encanta que te preocupes por mí.

—Sí, me preocupo por ti —dijo él, manteniéndole la mirada.

Entonces sonó el telefonillo, y Colleen se desasíó suavemente de sus brazos. Se puso la bata. A Bobby le encantaba aquella bata.

Él se sentó en la cama.

– Tal vez debería ir yo a abrir la puerta.

Pero ella ya había salido de la habitación.

– Ya voy yo.

Quienquiera que hubiera llamado al telefonillo había conseguido entrar en el edificio y estaba llamando directamente a la puerta del apartamento.

¿Dónde estaban sus calzoncillos?

– Oh, Dios mío – oyó que exclamaba Colleen –. ¿Qué haces tú aquí?

– ¿Qué pasa? ¿Es que no puedo visitar a mi propia hermana? – ¡maldición! Era Wes –. Vaya horas de levantarse, ¿no? ¿Es que anoche te acostaste tarde?

– No – dijo ella con tranquilidad –. ¿Qué quieres, Wes? Estoy muy enfadada contigo.

– Estoy buscando a Taylor. Pero será mejor que no esté aquí, teniendo en cuenta cómo vas vestida.

Al diablo con los calzoncillos. Bobby recogió sus pantalones, se los puso a toda prisa, tropezó con sus propios pies y estuvo a punto de darse de bruces contra el suelo. Al recuperar el equilibrio, dio con el pie un ruidoso golpe en el suelo.

Wes lanzó una maldición. A medida que recorría el pasillo hacia el dormitorio de Colleen, iba soltando un chorro de improperios cada vez más fuerte.

Bobby estaba buscando su camisa entre las sábanas revueltas cuando Wes abrió la puerta de un empujón. Bobby se irguió lentamente, con el pelo desordenado y suelto sobre los hombros, los pies descalzos y la camisa desaparecida.

Maldición, allí estaba la camisa: junto al armario de Colleen, tirada al lado de los calcetines y los zapatos.

– Muy bonito – dijo Wes. Sus ojos tenían una mirada dura y fría. Parecían los ojos de otra persona. El Wes Skelly al que él conocía había desaparecido. Mientras Bobby lo observaba, Wes se volvió hacia Colleen –. Si quieres casarte con este hijo de perra, tendrás que pasar por encima de mi cadáver.

Bobby sabía que, en realidad, Wes estaba convencido de que aquello haría que Colleen se decidiera a casarse con él.

– ¿No quieres que me case con él? – preguntó ella candorosamente.

Wes cruzó los brazos.

– Desde luego que no.

– De acuerdo – dijo Colleen tranquilamente –. Lo siento, Bobby, pero no puedo casarme contigo. Wes no me deja – se dio la vuelta y se fue a la cocina.

– ¿Qué? – Wes la siguió, maldiciendo –. Pero tienes que casarte con él. Ahora más que nunca.

Bobby se puso la camisa y recogió los calcetines y los zapatos.

—No voy a casarme con Bobby —repitió Colleen—. No tengo por qué casarme con él. Y tú no puedes obligarme, eso ni lo sueñes. Soy una mujer adulta, Wes. Una mujer adulta que tiene una relación íntima y equilibrada con un hombre muy atractivo. O lo asumes, o te vas a despotricar fuera de mi apartamento.

Wes estaba furioso.

—Pero...

Ella salió de la cocina y abrió la puerta de par en par.

—Vete.

Wes miró a Bobby.

—¡No pienso irme mientras él esté aquí!

—Pues que se vaya contigo —dijo Colleen—. Yo tengo muchas cosas que hacer — señaló hacia el descansillo—. Fuera los dos —Bobby se dirigió a la puerta y Wes lo siguió. Pero Colleen detuvo a Bobby en el umbral y le dio un beso—. Te pido disculpas en nombre del bestia de mi hermano. Gracias, he pasado una tarde encantadora. Nos veremos esta noche.

Si su intención era sacar de quicio a su hermano, lo consiguió con creces.

Colleen cerró la puerta tras ellos. Bobby todavía llevaba en la mano los zapatos y los calcetines.

Wes lo miró con desdén.

—¿Pero a ti qué te pasa?

¿Cómo iba a explicárselo? Ni siquiera sabía cómo había ocurrido. En cuanto se descuidaba, se encontraba en la cama con Colleen. Cuando ella estaba de por medio, perdía por completo su fuerza de voluntad.

Porque con ella se sentía a gusto. Porque su relación era perfecta.

Aquella idea surgió como de la nada, dejándolo aturdido.

Se quedó allí parado un momento, mirando a Wes.

—Se suponía que íbas a convencerla de que se casara contigo —continuó Wes—, no a...

—Lo intenté. Lo intenté, de verás, pero...

—¿Cómo que lo intentaste?

—Se casará conmigo si está embarazada. En eso está de acuerdo.

—Perfecto —dijo Wes—. Así que, como es natural, pensaste que lo mejor era seguir intentando dejarla embarazada.

—Claro que no. Wes, cuando estoy con ella...

—No quiero oír nada más —lo miró fijamente—. Mantente alejado de ella —dijo, y empezó a bajar las escaleras—. Y de mí también.

Capítulo XVI

La reunión que se celebró a primera hora de la tarde entre el Escuadrón Alfa y los miembros de la Asociación que emprenderían el viaje hacia Tulgeria al día siguiente había salido bien.

Colleen había temido que algunos de los miembros más izquierdistas del grupo se negaran a aceptar la protección del ejército, pero, debido al reciente estallido de violencia que asolaba el país, ninguno de ellos había protestado.

Ella había escuchado en silencio el informe que presentaron los miembros del grupo de Fuerzas Especiales.

Allí, sentados sobre una mesa, balanceando los pies tranquilamente y ataviados con pantalones cortos y camisetas, Bobby y el comandante del escuadrón, el capitán Joe Catalanotto, parecían dos tipos completamente normales. Pero en realidad formaban parte de uno de los cuerpos militares de élite más selectivos del mundo.

Bobby fue quien más habló, puesto que era él quien se había pasado los días anteriores trabajando con los voluntarios de la Asociación, que lo conocían y confiaban en él.

Con su habitual franqueza y serenidad les habló de los peligros que tendrían que afrontar y de las precauciones que el equipo militar tomaría a fin de protegerlos.

Los soldados intentarían pasar desapercibidos mezclándose con los cooperantes. Sólo unos cuantos se harían pasar por guardas y llevarían armas.

Después de la reunión, tomaron té helado y limonada. Colleen conoció por fin a muchos de los compañeros de los que su hermano le había hablado en sus cartas a lo largo de los años: Joe Catalanotto, Blue, Lucky, Cowboy, Crash...

Y Spaceman, cuyo verdadero nombre era Jim Slade, un tipo alto y guapo de una manera prosaica, con rasgos escabrosos y ojos azules siempre burlones.

Spaceman estuvo persiguiendo a Colleen un rato y hasta la invitó a cenar en su hotel. Bobby lo oyó de pasada, y Colleen esperó que se mostrara celoso, que dejara claro que ella era suya. Pero él no hizo nada. Se limitó a mirar a Colleen a los ojos un instante, y luego volvió a sumirse en la conversación que mantenía con Susan Fitzgerald, la directora de la Asociación.

Colleen había sufrido una decepción... sobre todo consigo misma. Aquello era un estupidez. En realidad, se habría enfadado si Bobby se hubiera mostrado machista y posesivo con ella. Pero como no lo había hecho, no dejaba de preguntarse por qué.

¿No se sentía dueño de ella? ¿Y no era ésa una pregunta ridícula? Ella no quería ser propiedad de ningún hombre.

Habló con Bobby un instante antes de que él se , marchara a otra reunión con su equipo que iba a celebrarse en el hotel. Ella se quedó en el local de la Asociación para hablar de la cobertura televisiva de la fiesta de despedida que tendría lugar esa noche.

Aquello les llevó poco tiempo, y antes de las cuatro Colleen ya estaba en el tranvía, dirigiéndose hacia Cambridge.

A las cuatro y cuarto estaba en el hotel de Bobby.

Usó el teléfono del vestíbulo para llamar a su habitación.

Bobby contestó al primer timbrazo, y Colleen comprendió enseguida que lo había despertado.

– Lo siento – dijo ella.

– No, sólo estaba echándome una siesta. ¿Estás, eh...? ¿Dónde estás?

– Abajo. ¿Puedo subir?

Silencio. Colleen oyó el frufrú de las sábanas cuando él se incorporó.

– ¿Por qué no me das unos minutos para que me vista? Nos veremos en el bar.

– ¿Y si subo yo?

– Colleen...

– Habitación 712, ¿no? Estaré ahí dentro de un segundo.

– Colleen... – ella había colgado.

Bobby colgó el teléfono y se tumbó de espaldas en la cama.

¿Para qué vestirse? Colleen iba a subir. Al cabo de cinco minutos, de diez como mucho, estaría desnudo otra vez.

De todos modos apartó las sábanas, se levantó y se puso unos pantalones cortos y una camiseta. Si se daba prisa, podría salir a su encuentro en el pasillo, junto a los ascensores. Se puso las deportivas y se miró al espejo para asegurarse de que la trenza no se le había deshecho del todo.

Cuando abrió la puerta, Colleen ya estaba allí, lista para llamar.

– Hola. Vaya, llego en el momento justo – dijo ella, y entró en la habitación.

Pero aquél no era el momento justo. En realidad, Colleen no debía estar allí, con él, a solas en la habitación de un hotel. Wes se pondría furioso si llegaba a enterarse.

Bobby todavía estaba impresionado por lo que había ocurrido aquella misma mañana. Realmente no había tenido intención de aprovecharse de Colleen, pero no había podido evitar meterse en la cama con ella y hacerle el amor.

A pesar de que Colleen no quería casarse con él.

¿Se estaría convirtiendo en un mojigato a su edad? ¿Qué importaba que ella no quisiera casarse? Lo que importaba era que quería acostarse con él.

¿O no?

– Tengo que pedirte un favor – dijo ella.

Dios, qué guapa estaba con aquel vestido sin mangas de flores azules, que casi llegaba hasta el suelo. Bobby se había pasado toda la reunión pendiente de ella, pensando en lo fácil que sería quitarle aquel vestido que se cerraba por la espalda con una simple cremallera.

Bobby cruzó la habitación y abrió las cortinas, dejando que entrara la luz brillante del atardecer.

– Tú dirás – dijo.

– Sé que oficialmente no necesitaremos vuestra protección hasta que lleguemos a Tulgeria – dijo ella –, ¿pero recuerdas que te hablé de una fiesta de despedida? Será esta noche, en un local de la misma calle donde está la iglesia de Saint Margaret, esa donde estuvimos lavando un coche...

Bobby asintió con la cabeza.

– Conozco la iglesia de Saint Margaret – estaba en el mismo barrio en el que se había creado una pequeña controversia por la apertura del Centro de Educación sobre el Sida.

Bobby se puso a hacer la cama y Colleen dejó en el suelo su mochila y se acercó para ayudarlo.

– Acabamos de enterarnos de que la filial local de la Fox va a mandar cámaras de televisión. Es una noticia excelente. Nos vendrá muy bien la publicidad – estiraron juntos el edredón –. Pero...

– Pero las cámaras atraerán la atención de los vecinos – Bobby comprendió adonde quería ir a parar ella –. Tienes miedo de que aparezca John Morrison y os agüe la fiesta.

Ella asintió con la cabeza.

– No me extrañaría que causara problemas sólo para salir en la tele.

Bobby respiró hondo.

– Hay algo que creo que debes saber. No te enfades conmigo, pero he investigado a John Morrison. Estaba preocupado por ti, y quería saber a qué atenerme.

– No hay mucho que saber – contestó Colleen –. Yo hice lo mismo cuando lo conocí. Morrison sirvió en el ejército y estuvo en Vietnam. Tiene una ex mujer y un hijo en alguna parte de Nueva York. Heredó el bar de su padre, y éste a su vez lo heredó del suyo. Sale con una de las camareras, que, por cierto, de vez cuando aparece por el servicio de Urgencias del hospital con algunas magulladuras sospechosas. Cuando me enteré, empecé a llevar conmigo uno de esos sprays de pimienta.

– Bien pensado. Morrison es un tipo potencialmente violento – dijo Bobby –. Pero lo que quería decirte es que recibí una llamada justo antes de salir del hotel esta mañana. La mujer a la que atacaron, Andrea Barker, ha salido del coma. Resulta que fue su marido quien la golpeó. No podía acercarse a ella por orden judicial, pero...

Colleen le tocó el brazo.

– Andrea ha salido del coma. Es una noticia estupenda.

Él retrocedió ligeramente.

– También es estupendo saber que no fue Morrison quien la mandó al hospital. Eso encaja mejor con lo que averigüé sobre él. Morrison casi nunca sale del barrio. Apenas sale del bar. En realidad, sus colegas de borrachera todavía están hablando de los viajes que ha hecho a Nueva York: uno hace un año y el otro hace un par de meses. También he sabido que antes era miembro de la parroquia de Saint Margaret y que dejó de ir a la iglesia hace cosa de un año. Tuve una corazonada y llamé a su ex mujer a Nueva York y, como me imaginaba, hace un año Morrison se enteró de que su hijo se estaba muriendo de sida.

Colleen cerró los ojos.

– Oh, no.

– Sí. El joven Johnny murió hace dos meses. Vivía con su madre en el Bronx. Ella está muy preocupada por Morrison. Según dice, estaba tan furioso y avergonzado que ni siquiera cuando su hijo se estaba muriendo se dignó a visitarlo. Tiene miedo de que alguien se entere de que su hijo era gay, ¿sabes? Así que así están las cosas, Colleen. Aquí nadie sabe nada. Ni siquiera saben que su hijo ha muerto. Él no ha hablado de esto con nadie. Sus amigos siguen preguntándole qué tal le va al joven Johnny, que si ha conseguido triunfar como actor, que si sigue en Broadway...

– Pobre hombre.

– Pese a todo, ese pobre hombre es responsable de que alguien tirara piedras contra las ventanas del Centro. Si esta noche se acerca a ti, su salud peligra.

– ¿Irás? – preguntó ella.

– Desde luego. Me llevaré a alguno de los chicos. A Rio, a Thomas y a Mike. Y a Jim Slade, por supuesto. ¿A qué hora empieza la fiesta?

– A las ocho. Los de la televisión llegarán a las siete y media.

– Estaremos allí a las siete.

– Gracias – Colleen se sentó en la cama –. Me ha gustado mucho conocer a Rio, a Thomas y a Mike –sonrió–. Te admiran mucho. Acuérdate de contarles lo que acabas de decirme sobre John Morrison. Si aparece, intenta que lo traten con compasión.

– Lo sacaremos de allí lo más rápida y compasivamente que sea posible –le prometió él–. Me alegro de que hayas tenido ocasión de conocerlos. Son buenos chicos. Todos los del equipo lo son. Aunque algunos son especiales. Como Harvard Becker, por ejemplo. ¿Lo conoces? Yo lo seguiría al infierno si me lo pidiera.

– ¿Un negro muy grandullón, con la cabeza rapada y una sonrisa inmensa? – preguntó ella.

– Ése es Harvard. ¿Y qué te parece Slade? Ya sabes, Spaceman – intentó hacer la pregunta a la ligera, como si sólo estuviera charlando, como si no le importara la

respuesta. Lo más absurdo era que no sabía si quería que ella le dijera que Spaceman le gustaba, o que le parecía detestable.

Colleen lo miraba fijamente.

— Me pareció majo. ¿Por qué?

— Spaceman es teniente —dijo Bobby—. Seguramente dejará el equipo muy pronto. Tiene las rodillas lesionadas y... no sabe qué va a hacer. Lleva algún tiempo pensando en matricularse en Derecho, sacarse la carrera y meterse en la Marina regular para ejercer como abogado. Pensaba que... eh... seguramente tendréis mucho en común. Ya sabes, como tú vas a la facultad de Derecho...

Colleen se encogió de hombros.

— Los abogados son muy aburridos.

— Tú no lo eres. Ni Slade tampoco.

Ella se echó a reír.

— ¿Hay alguna razón para que intentes que me interese por Spaceman?

Bobby se encogió de hombros.

— Es un buen hombre.

— Tú también eres un buen hombre. Un hombre muy bueno —lo miró con esa expresión que a Bobby lo volvía loco. Se echó hacia atrás, apoyándose sobre los hombros, y le sonrió—. ¿Y por qué estamos hablando de tu amigo? ¿Por qué estamos hablando? ¿No prefieres ayudarme a poner verdaderamente furioso a Wes... y que pasemos la próxima media hora desnudos?

Bobby se sintió orgulloso de sí mismo. No se acercó a ella, ni se apresuró a despojarse de la ropa.

— Colleen, a mí me encanta estar contigo, ya lo sabes, pero no quiero que me utilices en la guerra que mantienes con tu hermano.

Ella se incorporó, con los ojos muy abiertos. Su sonrisa desapareció al instante.

— ¡Espera un momento! Era una broma, Bobby. No lo decía en serio.

— Ése es el problema —dijo él suavemente—. Tú y yo no nos tomamos esto en serio, pero Wes sí. Tu hermano no quiere que te lées con un tipo con el que no tienes futuro, ¿entiendes? Él piensa que todo esto está mal y... —y él también empezaba a pensarlo.

Una cosa era acostarse con una mujer de su edad que, por ejemplo, viviera cerca de la base, hubiera pasado por un divorcio infernal y no tuviera intención de repetir el mismo error en un futuro inmediato, y otra cosa era acostarse con Colleen.

Colleen tenía otras expectativas.

Aunque pareciera que sus expectativas estaban puestas en él.

— ¿Que Wes cree que lo nuestro está mal? —dijo Colleen, enfadada, poniéndose en pie—. Lo que está mal es convencer a tu mejor amigo para que le proponga

matrimonio a tu hermana. ¿Y si te hubiera dicho que sí? ¿Te hubieras casado conmigo sólo porque Wes te lo había pedido?

—No —dijo él. Se habría casado con ella porque deseaba hacerlo. Porque, para él, a diferencia de lo que le ocurría a Colleen, su relación era algo más que puro sexo. Se apartó de ella—. Mira, tal vez sea mejor que te vayas.

Ella le cortó el paso y lo obligó a mirarla.

—¿Adónde? —dijo ásperamente—. ¿A cenar con Jim Slade?

Él no dijo que sí, pero la respuesta estaba escrita en su cara. Slade era la clase de hombre que a Colleen le convenía. ¿Cómo iba a conocer a hombres así si perdía el tiempo con el mejor amigo de su hermano?

—Oh, Dios mío —dijo ella—. Así que es verdad. Intentas liarme con él —se le quebró la voz al intentar contener el llanto. De pronto, mientras miraba fijamente a Bobby, se sintió muy joven e insegura—. Bobby, ¿qué sucede? ¿Es que ya no me deseas?

Oh, cielos, él también iba a echarse a llorar. La deseaba más de lo que podía explicarle. La deseaba con todo su ser, con cada latido de su corazón.

—Quiero lo mejor para ti, Colleen. Necesito...

Ella lo besó.

Y él se perdió. Otra vez.

Pero aquél no fue un beso corriente. Fue puro fuego, deseo y necesidad; pasión y furia mezcladas con rabia y dolor. Aquel beso consumió completamente a Bobby, hasta tal punto que el deber dejó de ser una opción para convertirse en un imposible. Él, naturalmente, cumpliría con su deber, si su deber consistía en tomar a Colleen en brazos y llevarla a la cama; si su deber significaba arrancarle casi de cuajo el vestido, bajarse los pantalones, ponerse un preservativo y hundirse dentro de ella mientras Colleen se aferraba a él, suplicándole más.

Más.

Bobby estaba dispuesto a darle todo lo que tenía: su cuerpo, su corazón y su alma. Y se lo dio, disfrazándolo de sexo apasionado.

Ella jadeó su nombre al alcanzar el clímax, estremeciéndose, y él se dejó llevar por un estallido de placer tan intenso que rayaba el dolor.

Pero después de la locura y la pasión se encontró de nuevo allí, de vuelta en el mundo real, tan familiar, tan lleno de sábanas arrugadas y culpabilidad.

Bobby lanzó una maldición.

—Lo siento —musitó, apartándose de ella. En vez de acurrucarse a su lado, Colleen se sentó al borde de la cama y empezó a vestirse. Sujetador, vestido, sandalias. Las bragas estaban rotas. Las tiró a la papelera.

Se atusó el pelo y recogió su bolso.

—Yo siento que tú lo sientas —dijo suavemente—, pero... soy una necia. Sigo queriendo verte esta noche. ¿Vendrás a mi casa después de la fiesta? —Bobby no contestó enseguida, y ella lo miró fijamente—. Por favor.

—Sí —musitó él, y Colleen salió de la habitación.

La puerta del ascensor se abrió y Colleen se encontró con Wes frente a frente. Su hermano se bajó en aquel piso, el piso de la habitación de Bobby, seguido por los tres miembros más jóvenes del equipo: Rio, Thomas y Mike Lee.

Wes torció el gesto y Colleen comprendió que tenía el aspecto de una mujer que acababa de estar con un hombre. Debería haberse tomado más tiempo, haberse metido en el cuarto de baño y haberse lavado la cara, que todavía llevaba arrebolada.

Pero, de haberlo hecho, se habría encontrado en la habitación de Bobby cuando Wes hubiera llamado a la puerta.

Entró en el ascensor con la cabeza erguida y miró fijamente a su hermano.

—No te preocupes —le dijo—. Tú ganas. Después de esta noche no volveré a verlo.

Se iban a Tulgeria por la mañana. Mientras estuvieran allí, Colleen compartiría una habitación con Susan y Rene, y Bobby se alojaría toda la semana con los miembros de su equipo. No habría ni tiempo ni lugar para estar solos. Bobby podría evitarla fácilmente.

Y cuando regresaran a Estados Unidos, él se marcharía a California con el resto del Escuadrón Alfa.

No le interesaban las relaciones a larga distancia.

Y a ella no le interesaban las relaciones que provocaban ingentes cantidades de angustia y culpabilidad. Lo suyo no podía funcionar. Eso era lo que Bobby había intentado decirle en su habitación. Por eso había intentado despertar su interés por aquel estúpido amigo suyo.

Los días maravillosos que habían compartido estaban a punto de acabarse. Se habían acabado ya, y ambos lo sabían en el fondo de sus corazones. Pero a sus cuerpos les estaba costando un poco más asumirlo.

La puerta del ascensor se cerró. Colleen se puso sus gafas de sol. No quería que al cruzar el vestíbulo la vieran llorar.

Bobby no abrió.

Sabía que era Wes por la fuerza con que había golpeado la puerta, y Wes era la última persona a la que deseaba ver en ese momento.

No, Wes era la segunda persona a la que menos deseaba ver. La primera era Colleen. No quería que ella supiera que había estado llorando.

Sabía que todo era culpa suya. Debía haberse mantenido alejado de ella. Debía haber tomado un vuelo con destino a Australia. Debía haber colgado el teléfono la primera noche que ella lo llamó.

– Abre la maldita puerta, Taylor. Sé que estás ahí.

Wes era la única persona a la que debía haber acudido, la única capaz de ayudarlo a salir del paso, a encontrar una solución ahora que, al enamorarse, lo había complicado todo.

– La quiero – dijo Bobby en voz alta, mirando hacia la puerta, aunque sabía que Wes no podría oírlo con el ruido de sus propios golpes–. Estoy enamorado de Colleen.

Quedó aturdido al decir en alto aquellas palabras, al admitir los sentimientos que había intentado negar desde el principio.

Exactamente desde el día en que Colleen había cumplido diecinueve años y Wes y él la habían llevado a ella y un grupo de amigas desde la universidad a Busch Gardens. Hacía varios años que no la veía y, de pronto, allí estaba. Hecha una mujer. Había discutido con ella de política, y ella, elocuente y bien informada, lo había convencido de que estaba en el bando equivocado. Se había enamorado de ella entonces. De una mujer-niña que no temía decirle a un hombre que estaba equivocado.

Sí, llevaba años enamorado de Colleen, pero hasta la semana anterior, hasta que se habían hecho amantes, su amor por ella no había alcanzado su forma definitiva, imperecedera. Aquel amor era más grande que él. Era absorbente y poderoso. Bobby no había sentido nada parecido en toda su vida, y ello lo asustaba.

– No puedo decirle que no – le dijo a Wes a través de la puerta–. Quiere que vaya a verla esta noche, y voy a ir porque no puedo estar lejos de ella. Esto me está destrozando porque sé que tú no lo apruebas. Sé que querías algo mejor para ella. Pero si Colleen acudiera a mí y me dijera que ella también me quiere, y que quiere casarse conmigo, me casaría con ella. La llevaría a Las Vegas antes de que pudiera cambiar de opinión. Sí, lo haría, aun sabiendo que ella estaría cometiendo una equivocación. Pero Colleen no quiere casarse conmigo – se enjugó la cara y los ojos–. Sólo quiere acostarse conmigo. No debe preocuparme que dentro de siete años se despierte y comprenda que detesta su vida. Lo único que debería preocuparme es que voy a pasarme el resto de mi vida deseando a quien no puedo tener – se sentó al borde de la cama, en el mismo sitio donde Colleen se había sentado un rato antes–. Dios, quiero vivir con ella – dijo en voz alta–. ¿Qué voy a hacer, Wes?

Pero nadie respondió.

Wes había dejado de aporrear la puerta. Se había ido.

Y Bobby estaba solo.

Colleen miró su reloj al ver aparecer al equipo de televisión. Eran casi las siete y veinte.

Bobby y sus compañeros ya estaban en sus puestos: Thomas y Jim Slade paseaban tranquilamente por la acera, frente al aparcamiento de la iglesia, y Rio y Mike se hallaban junto al camión de la televisión. Bobby estaba entre la gente, muy cerca de ella.

– Es muy posible que, si Morrison intenta algo, primero vaya por ti – le explicó a Colleen. Iba vestido con vaqueros, camisa blanca y americana, a pesar del calor.

– ¿Te has puesto chaqueta porque llevas pistola? – le preguntó ella.

Él se echó a reír.

– Me he puesto chaqueta porque se supone que soy un miembro de la Asociación de Ayuda Humanitaria y quería estar guapo.

– Pues lo estás – dijo ella –. Estás muy guapo.

– Tú también – la recorrió lentamente con la mirada, deteniéndose en su falda vaquera y su blusa de margaritas amarillas –. Tú siempre estás guapa.

La miró a los ojos y el tiempo pareció detenerse un instante. Pero enseguida apartó la mirada.

– Perdóname – dijo Colleen –. Por lo de esta tarde.

– No – la miró de nuevo –. Fui yo quien...

– No – dijo ella –. No fuiste tú.

Él la miraba tristemente.

– No podré ir esta noche. Lo siento, pero...

Ella asintió con la cabeza.

– ¿Estás seguro?

– No – volvió a mirarla a los ojos y sonrió sin convicción –. Hace cinco minutos estaba seguro. Pero ahora que estás aquí y... – sacudió la cabeza.

– Bueno, si cambias de idea, estaré en casa – Colleen intentó parecer despreocupada, como si pasar una última noche con él no significara mucho para ella. Se aclaró la garganta –. Creo que voy a entrar. Si John Morrison fuera a venir, seguramente ya estaría aquí.

Justo en ese momento oyeron una voz a su espalda.

– ¡Eh! ¡Hola, nena! Menuda fiesta habéis montado. ¿Qué se celebra? ¿Que os vais y dejaréis de fastidiarnos una semana entera?

Era John Morrison. Estaba borracho y llevaba una botella envuelta en una bolsa de papel.

Bobby se colocó delante de Colleen. Ella vio entonces que Morrison llevaba un bate de béisbol en la otra mano.

— ¿Qué os parece si les damos a esos periodistas una noticia que de verdad valga la pena? — preguntó Morrison en voz alta. Algunas cabezas se giraron hacia él.

Los otros miembros del equipo se dirigieron hacia ellos al oír las voces de Morrison. Pero había tanta gente que apenas podían avanzar. Lo mismo les ocurría a los agentes de policía encargados de regular el tráfico en aquel tramo.

— Voy a pasarme por ese centro que estáis montando — continuó Morrison —. Voy a romper las ventanas en señal de protesta. No lo queremos en nuestro barrio. Ni a vosotros tampoco os queremos en nuestro barrio — señaló a Colleen con el bate de béisbol. Y, de repente, el bate desapareció.

Colleen apenas vio moverse a Bobby. De alguna manera, éste consiguió derribar a Morrison y quitarle el bate antes de que ella pudiera siquiera parpadear.

Los otros miembros del equipo aparecieron segundos antes de que lo hiciera la policía. Bobby puso a Morrison en pie y lo empujó hacia Spaceman.

— Llévao dentro. Arriba hay algunas habitaciones vacías — se volvió hacia Rio —. Ve a buscar al padre Timothy. Dile que es algo relacionado con lo que hablamos hace unos días — miró a Colleen —. ¿Estás bien?

Ella miró a Spaceman, que se llevaba a empujones a Morrison al interior del local.

— Sí. No creo que fuera a hacerme daño.

— ¿Qué está pasando aquí? — un agente de policía, un tipo grandullón y de mofletes colorados llamado Danny O'Sullivan, se plantó delante de ellos.

Bobby tocó a Colleen en el brazo y bajó la voz.

— ¿Quieres denunciarlo? Morrison levantó el bate. Eso puede considerarse intento de agresión. Por lo menos podríamos hacer que lo detengan por alterar el orden público.

Ella lo miró a los ojos.

— No, no quiero denunciar nada.

No, porque iba a intervenir el padre Timothy. Bobby acababa de decir que había hablado con él unos días antes.

«Sed compasivos», le había dicho ella a Bobby esa misma tarde. Evidentemente, él no necesitaba semejante advertencia.

— No pasa nada. Solo un amigo que ha bebido demasiado — le dijo Bobby a O'Sullivan. Apretó el brazo de Colleen —. ¿Te importa quedarte sola? Quiero hablar con Morrison — ella asintió con la cabeza, y Bobby le hizo una seña a Thomas King —. No pierdas de vista a Colleen.

— A sus órdenes, jefe.

La multitud se abrió para dejar paso a Bobby. Colleen se volvió hacia el policía.

— De verdad, Dan — le dijo —, no ha pasado nada. Nosotros llevaremos a John a su casa.

O'Sullivan miró con los ojos entrecerrados el bate que Mike Lee había recogido del suelo.

– ¿Es que Morrison pensaba montar un partido, o algo así?

– Algo así – dijo Colleen.

– A veces a uno no le hace ningún bien que los amigos lo protejan – dijo O'Sullivan.

– Ha sufrido un tragedia familiar hace muy poco tiempo – le dijo ella –. No necesita pasar una noche entre rejas, Dan. Lo que necesita es hablar con el párroco.

O'Sullivan sonrió y sacudió la cabeza.

– Ojalá tuviera yo veintitantos años y creyera aún que puedo salvar el mundo. Buena suerte en el viaje a Tulgeria – inclinó la cabeza mirando a Thomas, que todavía permanecía junto a Colleen.

Ésta también miró a Thomas.

– Entremos.

Bobby estaba en un cuarto trastero del piso de arriba, hablando con John Morrison sobre Vietnam. Bobby era demasiado joven para haber participado en esa guerra, pero había leído mucho sobre ella y conocía los nombres de los ríos, de las ciudades y de las batallas en las que Morrison había combatido. John Morrison estaba borracho, pero no tanto como Colleen había creído al principio. Se le trababa un poco la lengua, pero seguía la conversación con facilidad.

Mientras Colleen permanecía escuchando junto a la puerta, con Thomas King a su lado, los dos hombres hablaron del almirante Jake Robinson, quien también había servido en Vietnam. A Morrison, que había oído hablar de él, lo impresionó que Bobby pudiera contarlo entre sus amigos. Hablaron de la carrera de Bobby en las unidades de élite. Hablaron del bar de Morrison, y de su padre, que había servido en una división acorazada durante la Segunda Guerra Mundial y había muerto dos años antes, después de luchar largo tiempo contra el cáncer. Hablaron de los padres, de la soledad, de la muerte.

Y de repente se encontraron hablando de Wes.

– Mi mejor amigo todavía está conmocionado por la muerte de su hermano pequeño – le dijo Bobby a Morrison –. Ocurrió hace diez años, pero sigue sin poder hablar de ello. Es como si fingiera que su hermano nunca existió – hizo una pausa –. Usted hace algo parecido con su hijo – silencio –. Lamento mucho su pérdida – oyó Colleen que decía Bobby en voz baja –. Pero tiene que encontrar una forma de desahogar su ira sin romper las ventanas del Centro de Educación sobre el Sida. Alguien podría resultar herido, y eso haría que mi amiga Colleen Skelly, usted la conoce, se sintiera muy infeliz. Y si Colleen se siente infeliz por su culpa, si por su culpa alguien resulta herido, yo me veré obligado a volver aquí y a hacerle daño a usted. Esto no es una amenaza, John. Es una promesa.

Su amiga. Ella era «su amiga Colleen». No su amante, ni su novia.

Bobby se lo había dicho desde el principio: quería que fueran amigos. Y eso era lo que eran, y lo que serían siempre. Amigos que se habían acostado juntos.

A pesar de su promesa de agredir a John Morrison, Bobby era sin duda uno de los hombres más sensibles y bondadosos que ella había conocido. Era tan bondadoso que no se atrevía a decirle otra vez que no la quería, que nunca podría quererla.

Su relación sexual había sido fantástica, pero Bobby era de esa clase de hombres que en una relación buscaban algo más que sexo, por muy satisfactorio que éste fuera.

Colleen oyó que el padre Timothy se acercaba subiendo trabajosamente las escaleras para hablar con John Morrison, para intentar ponerlo en el camino que lo sacaría de la oscuridad en que se había sumido.

Su parte cínica sabía que una charla con el sacerdote probablemente no cambiaría nada. Morrison necesitaba ayuda médica. Era posible que, cuando se le pasara la borrachera, se sintiera avergonzado y enfurecido porque el secreto de la muerte de su hijo se hubiera difundido. Tal vez se pondría tan furioso que le prendería fuego al Centro.

O tal vez iría al psiquiatra. Colleen casi podía oír aún la voz suave de Bobby diciéndole que tal vez John Morrison encontraría la paz y dejaría de odiar el mundo y de odiarse a sí mismo.

El padre Timothy casi había alcanzado el descansillo.

Colleen se acercó a Thomas King y bajó la voz.

— Necesito que me hagas un favor. Dale un mensaje a Bobby de mi parte.

Thomas asintió con la cabeza, mirándola con un semblante tan serio que rayaba la severidad. Era un hombre muy negro, muy serio, muy intenso. Y toda su intensidad estaba concentrada sobre ella.

— Por favor, dile que creo que es mejor que esta noche no vaya a mi casa. Dile que lo siento, pero que no quiero que vaya.

Una expresión de perplejidad cruzó fugazmente el rostro de Thomas King. De pronto pareció muy joven.

— Creo que es mejor que eso se lo diga usted misma.

— Por favor — dijo ella —, dale el mensaje.

El padre Timothy había llegado a lo alto de la escalera. Colleen echó a correr escalera abajo, tan rápidamente como pudo, antes de cambiar de opinión.

Capítulo XVII

Lo habían logrado.

Bueno, no podrían llevarse a los huérfanos a Estados Unidos al finalizar la semana, pero ninguno de ellos esperaba seriamente que así fuera. El gobierno túlgaro había dado su permiso para que los voluntarios de la Asociación de Ayuda Humanitaria evacuaran a los niños a un lugar próximo a la embajada de Estados Unidos. A cambio de dólares americanos, naturalmente.

La otra buena noticia era que el gobierno permitiría que los ciudadanos estadounidenses interesados en acoger a los niños viajaran a Tulibek, la capital, para cursar las peticiones de adopción. Los niños podrían salir del país a cambio de exorbitantes sumas de dinero.

Aquello era una victoria, aunque para Colleen era más bien una victoria agridulce. Mientras el autobús avanzaba hacia el norte internándose en la zona de guerra, ella miraba por la ventanilla, con la cabeza apoyada en el cristal.

Bobby la observaba y creía saber lo que estaba pensando. En cuestión de minutos llegarían al hospital al que los niños habían sido trasladados después de la destrucción del orfanato. Pero Analena no estaría entre los pequeños que saldrían corriendo a recibirlos cuando llegaran.

Sí, para Colleen aquello era una victoria agridulce.

Viajaban en un autobús de transporte urbano. Algunos de los duros asientos de plástico miraban hacia el frente y otros hacia el centro del vehículo. Había espacio para que la gente fuera de pie, y barras y asideros para agarrarse. Colleen miraba hacia delante. El asiento que había a su lado estaba vacío. Bobby se sentó junto a ella y bajó la voz.

– ¿Estás bien?

Ella se enjugó los ojos y esbozó una sonrisa.

– Muy bien.

Sí, claro. Bobby deseó agarrarla de la mano, pero no se atrevía a tocarla.

– Estos últimos días han sido una locura, ¿eh?

Ella volvió a sonreír.

– Sí. Me alegro de que hayáis venido con nosotros.

Dios, cuánto la había echado de menos. Cuando Thomas King le había dado su mensaje, Bobby había comprendido que todo había acabado entre ellos. Hasta ese momento había conservado la esperanza. Tal vez si iba a verla y le decía que la quería... Tal vez si se lo suplicaba, ella aceptaría que siguieran viéndose. Y tal vez algún día acabaría enamorándose de él.

– Wes y tú volvéis a ser amigos – dijo ella –. O por lo menos parece que habéis vuelto a hablaros.

Bobby asintió con la cabeza, aunque aquello estaba muy lejos de ser verdad. Sí, Wes había vuelto a hablarle, pero sólo para intercambiar información. Ya no sabían lo que estaba pensando el otro. Cuando Bobby miraba a Wes, era incapaz de leerle el pensamiento.

¿Aquello era culpa suya? ¿Se debía a su sentimiento de culpabilidad? Bobby no lo sabía.

—La vida sigue, ¿eh? —dijo Colleen—. A pesar de todas las tragedias y de todas las decepciones. Siempre hay alguna buena noticia —señaló a los otros cuatro voluntarios que iban en el autobús, charlando—. Esto es una buena noticia: saber que vamos a poder llevar a esos niños a un lugar seguro. Ah, y también tengo una buena noticia para ti: no estoy embarazada. Esta mañana me ha venido el periodo. Así que ya no tienes que temer que Wes vaya a buscarte con una pistola —Colleen intentó sonreír, pero parecía... ¿casi desilusionada?—. ¿Sabes? Es una tontería, pero imaginaba que, si estaba embarazada, tendría un niño que se parecería a ti.

Estaba bromeando, ¿no? Bobby intentó hacer un chiste.

—Pobre niño.

—No, sería un niño muy afortunado —no estaba bromeando. Lo miraba con absoluta seriedad—. Eres el hombre más guapo que he visto nunca, Bobby. Por dentro y por fuera.

Él no sabía qué decir, ni qué pensar.

Colleen volvió a mirar por la ventanilla.

—Es curioso, ¿verdad?, que lo que para una persona es una buena noticia, para otra sea una desilusión.

—¿Estás desilusionada? ¿Por...? —intentó buscar las palabras adecuadas—. ¿Querías tener un hijo? Pero dijiste que...

—No quería tener un hijo, así, en general —cuando volvió a mirarlo, tenía lágrimas en los ojos—. Quería a Analena. Y quería tener un hijo tuyo. Aunque yo sería una madre horrorosa, ¿no crees? Ya tengo favoritos...

—Colleen, yo estoy... —sin habla.

—Tenía una fantasía absurda —dijo ella en voz muy baja, casi como si hablara para sí misma—. Imaginaba que estaba embarazada y que tenías que casarte conmigo. Y luego, después de casados, yo conseguía que me quisieras. Pero la vida real no funciona así. La gente que se casa a la fuerza suele acabar odiándose, y yo no podría soportar que tú me odieras.

Bobby no estaba seguro, pero tenía la sensación de estar a punto de sufrir un ataque al corazón. Notaba el pecho tenso y el cerebro nublado.

—Colleen, ¿me estás diciendo...?

—Atento, Taylor. Nos estamos acercando —dijo el superintendente Harvard Becker—. Mantén los ojos bien abiertos.

Colleen volvió a mirar el paisaje lunar que atravesaban. Bobby se levantó, se echó el arma al hombro e intentó con todas sus fuerzas concentrarse en su misión.

Rio Rosetti, que estaba a su lado, lo miraba fijamente.

— ¿Estás bien, jefe? ¿Te duele el hombro?

¿El hombro?

— Estoy bien — dijo Bobby lacónicamente. Maldición, tenía que hablar con Wes. Porque, aunque Colleen lo quisiera, y eso aún no lo sabía con certeza, ¿tenía derecho a arruinar su vida casándose con ella?

— De acuerdo, escúchenme todos — dijo el capitán Joe Catalanotto dirigiéndose a los cooperantes, al conductor del autobús y al guarda túlgaro que los guiaba hacia el hospital a través de carreteras sin señalizar—. Hemos mandado un pequeño equipo de avanzadilla para que eche un vistazo — dijo el capitán—. Uno de los hombres nos esperará en la carretera, más o menos un kilómetro y medio antes de llegar al hospital, para informarnos de cuál es la situación. Si todo está despejado, aparcaremos frente a las puertas del hospital, pero ustedes permanecerán en sus asientos. Otro equipo entrará en el edificio para ver si todo está en orden y se unirá al resto del equipo de vigilancia. Ustedes sólo abandonarán el autobús cuando nuestros hombres aseguren las vías de acceso y nos avisen de que todo está bajo control. ¿Entendido? — un murmullo de voces. Sí, señor—. En ese momento — dijo Joe Catalanotto aunque ya lo había repetido una docena de veces —, se trasladarán del autobús al edificio tan rápido como puedan. Una vez dentro, permanecerán juntos. No se separarán bajo ninguna circunstancia.

— ¿Estás bien?

Bobby se dio la vuelta y vio que Wes estaba justo detrás de él.

— El conductor del autobús permanecerá dentro del vehículo — continuó el capitán—. El plan consiste en volver al autobús con los niños y las monjas lo más rápidamente...

— Tienes la cabeza en otra parte — le dijo Wes a Bobby en voz baja—. Vamos, Bobby. Este no es momento para comerse el coco.

— Estoy enamorado de tu hermana.

— Ah, vaya, qué oportuno — masculló Wes.

— Creo que ella también me quiere.

— No bromees, listillo. Eso te lo acabas de inventar, ¿no?

— Si me acepta, pienso casarme con ella — maldición, él podía ser tan bueno como cualquier abogado o cualquier médico. Se las ingeniaría para ganar dinero, para comprarle a Colleen las cosas que merecía. Cuando estaba con ella, se sentía capaz de todo—. Lo siento, Wes.

— ¿Es que estás loco? ¿Cómo que lo sientes? — Wes lo miró fijamente—. ¿Me pides perdón por algo que estaba deseando que ocurriera? Bobby, si yo estuviera

enamorado de tu hermana, puedes estar seguro de que te habría mandado al cuerno hace mucho tiempo –acudió la cabeza.

– Pero dijiste...

– Cásate con ella –dijo Wes–. ¿De acuerdo? Pero no lo hagas ahora mismo, ¿quieres? En este momento estamos un poquito ocupados. Tenemos que asegurarnos de que estos turistas sigan vivos, por si no lo has notado –entre aquellos «turistas» estaba Colleen–. Sería capaz de perdonártelo casi todo –continuó Wes–, pero si Colleen muere por un despiste tuyo, juro por Dios que eres hombre muerto.

Colleen. Muerta.

De repente, Bobby reconcentró sus pensamientos y se preparó para la acción, para proteger a Colleen y a los demás.

– Sí, eso está mejor –dijo Wes, mirándolo mientras Bobby revisaba su arma–. Ya estás de vuelta.

Bobby se agachó para mirar por las ventanillas, escrutando el campo desolado.

– Te quiero, amigo. ¿De verdad me perdonas?

– Si me das un abrazo –dijo Wes–, te mato.

Allí fuera no había nada. Sólo rocas y polvo.

– Te he echado de menos, Wes.

– Sí –dijo Wes, dirigiéndose hacia la parte frontal del autobús–. Yo también voy a echarte de menos.

Algo iba mal.

Colleen se removió en el asiento, intentando ver a los hombres que hablaban en la parte delantera del autobús.

Se habían detenido para recoger a uno de los hombres del grupo de avanzadilla. Pero, en lugar de recogerlo y recorrer a continuación el último kilómetro y medio que los separaba del hospital, situado a las afueras de una pequeña ciudad, se habían quedado parados a un lado de la carretera. El hombre del grupo de avanzadilla había subido al autobús. A Colleen le pareció que se trataba de Lucky. Sí, aquella nariz perfecta resultaba inconfundible, pese a la capa de polvo y maquillaje de camuflaje que cubría su rostro. Estaba hablando con el capitán y con el superintendente Harvard. Los demás hombres los escuchaban con atención.

Susan, que estaba sentada más atrás, fue a sentarse al lado de Colleen.

– ¿Sabes qué pasa? – musitó.

Colleen sacudió la cabeza. Fuera lo que fuere lo que decían, hablaban en voz muy baja.

—De acuerdo —dijo por fin el capitán—. Ha surgido una complicación. Aunque se supone que en el hospital sólo trabajan un médico y cuatro monjas, dentro del edificio hay doce hombres vestidos con largas batas blancas perfectas para ocultar fusiles. Los hemos identificado como miembros de dos células terroristas particularmente peligrosas. Resulta un tanto extraño que a estas alturas no se hayan volado en pedazos los unos a los otros, pero el deseo de apoderarse de un autobús lleno de estadounidenses es más fuerte que el odio que se profesan mutuamente.

Colleen sintió frío y luego calor. Terroristas. En el hospital, con los niños y las monjas.

—Oh, Dios mío —musitó.

Oyó que detrás de ella Rene empezaba a llorar. Susan fue a sentarse a su lado.

El capitán Catalanotto levantó una mano.

—Vamos a entrar —dijo—. Lo haremos sin que se den cuenta. El informe del teniente O'Donlon indica que nos enfrentamos a soldados no profesionales. Podemos librarnos de ellos rápidamente. Y lo haremos. El teniente Slade y los jefes Taylor y Skelly se quedarán con ustedes en el autobús. En caso de emergencia, ellos asumirán el mando y ustedes harán lo que les digan. He considerado la posibilidad de mandar el autobús de vuelta a Tulibek —levantó la mano otra vez para acallar los murmullos—, pero finalmente he decidido que estarán más seguros aquí. Una vez nos hayamos apoderado del edificio, el autobús podrá aproximarse, pero ustedes no saldrán de él. Registraremos el hospital palmo a palmo para asegurarnos de que los terroristas no han dejado bombas trampa ni otras sorpresas desagradables. Nuestra prioridad será reunir a los niños y trasladarlos al autobús. ¿Alguna pregunta?

Susan Fitzgerald, jefa del Asociación de Ayuda Humanitaria, levantó la mano.

—Sí, capitán. Acaba de decirnos básicamente que usted y sus hombres van a colarse en un edificio en cuyo interior los esperan doce terroristas pertrechados con armas automáticas. Por curiosidad, capitán, ¿sabe su esposa el peligro que va a correr usted esta tarde?

En el autobús se hizo el silencio durante un instante. Nadie se movió, ni se atrevió a respirar.

Pero el capitán Catalanotto intercambió una mirada con su oficial ejecutivo, el teniente comandante McCoy. Los dos llevaban anillos de casados. En realidad, muchos de los hombres del Escuadrón Alfa estaban casados. Colleen alzó la mirada y vio que Bobby estaba observándola. Al encontrarse sus ojos, él sonrió muy levemente. De mala gana. Desde el otro lado de la habitación, le dijo a Colleen moviendo los labios sin emitir ningún sonido:

—Este es nuestro oficio. Así con las cosas.

—Sí, doctora Fitzgerald —dijo finalmente el capitán Catalanotto—. Mi mujer lo sabe. Y que Dios la bendiga por seguir a mi lado, a pesar de todo.

—No me importa —le respondió Colleen a Bobby, moviendo los labios en silencio. Pero él ya no la estaba mirando.

Colleen permanecía sentada, en silencio, dentro del autobús.

Wes y Jim Slade andaban de un lado para otro. Bobby estaba de pie, al otro lado del pasillo, frente a Colleen. No se movía, pero estaba de puntillas, listo para actuar al menor indicio de peligro. Colleen procuraba no mirarlo. No quería distraerlo. Pero Bobby se había colocado muy cerca de su asiento, como si también deseara estar junto a ella.

– ¿Cuánto falta? – preguntó finalmente Susan Fitzgerald.

– No lo sabemos – respondió Wes desde la parte de atrás del autobús. Se ajustó el auricular que llevaba puesto –. Hasta que no tengan controlado el edificio no abrirán un canal de radio que podamos recibir a esta distancia. Hasta entonces no sabremos nada.

– ¿Se oirán disparos? – preguntó uno de los hombres, Kurt Freidrichson.

– No, señor – le dijo Wes –, porque no utilizarán las armas. Nuestros hombres reducirán a los terroristas sin disparar. Puedo garantizárselo.

– Éste no es momento de conversar – dijo Bobby en voz baja.

Y de nuevo se hizo el silencio.

– Bingo – dijo Wes, ajustándose el auricular –. Afirmativo, señor. Recibido – hizo un ajuste en el micrófono que llevaba colocado junto a la boca –. Hemos recibido órdenes de acercarnos al hospital. El edificio ha sido ocupado sin pérdidas humanas.

– Gracias a Dios – musitó Colleen. Todo había acabado. Estaban todos a salvo: los niños, las monjas, y los soldados norteamericanos.

– Vámonos – le dijo Spaceman al conductor del autobús.

– ¡No! – gritó Wes desde la parte trasera del autobús –. ¡Bobby!

Colleen apenas levantó la mirada, apenas tuvo tiempo de reaccionar.

El guarda túlgaro, el hombre contratado por el conductor para guiarlos hasta el hospital, había sacado una pistola. Estaba sentado tres filas por delante de ella, al otro lado del pasillo. Colleen era la pasajera que se encontraba más próxima a él.

Era el blanco más cercano.

Colleen apenas había vislumbrado el agujero negro del cañón de la pistola cuando Bobby se abalanzó sobre ella para cubrirla.

Se oyó un ruido muy fuerte. Un disparo. ¿Así sonaba un disparo de verdad? Era ensordecedor. Aterrador. Luego se oyó un segundo disparo, y un tercero. Pero Colleen no veía nada. Apenas oía. Alguien estaba gritando. ¿Era ésa su voz? Wes lanzaba juramentos. Spaceman gritaba. Pidiendo socorro. Hombre herido.

¿Hombre herido? Oh, Señor.

– ¿Bobby?

— ¿Está todo despejado? — era la voz de Bobby.

Colleen sintió que sobre ella el pecho de Bobby retumbaba.

Pero sintió algo más. Algo húmedo y caliente...

— Despejado — dijo Wes —. ¡Jesús!

— ¿Estás bien? — Bobby se echó hacia atrás, apartándose de ella. Sí, Colleen estaba bien. Pero estaba cubierta de sangre.

De sangre de Bobby.

— Oh, Dios mío — dijo Colleen, temblando—. No te mueras. ¡No te atrevas a morirme!

A Bobby le habían dado. Se estaba desangrando sobre el suelo del autobús.

— De todas las cosas estúpidas que has hecho — dijo ella —, ponerte otra vez delante de una pistola cargada es la que se lleva la palma.

— Estoy bien — dijo él. Le tocó la cara y la obligó a mirarlo a los ojos—. Respira hondo — le dijo—. Tranquilízate, Colleen. Estoy bien.

Ella respiró hondo, pero no pudo evitar que se le saltaran las lágrimas.

— Estás sangrando.

Él no se había dado cuenta. Miró hacia abajo, perplejo. Wes se acercó y lo ayudó a sentarse al lado de Colleen al tiempo que intentaba detener la hemorragia.

— Maldita sea, estás perdiendo mucha sangre. Bobby, no consigo parar la hemorragia.

Bobby apretó la mano de Colleen.

— Deberías salir de aquí — dijo con voz tensa—. Porque al principio no duele, ¿sabes?; por la adrenalina. Pero ahora sí me duele, me duele mucho. Y no quiero que te quedes aquí, mirando. No te quiero aquí, Colleen. Por favor, vete.

— Te quiero — dijo ella —, y si crees que voy a marcharme, es que no me conoces.

— Bobby quiere casarse contigo — dijo Wes.

— Vaya, qué oportuno — dijo Bobby, rechinando los dientes—. Justo en el momento más romántico de mi vida.

— ¿Ah, sí? — dijo Colleen, intentando ayudar a Wes a inmovilizar a Bobby agarrándolo con fuerza—. Pues es una pena, porque pienso casarme contigo me lo pidas o no.

— Me ha dicho que te quiere — añadió Wes.

— No te mueras — le suplicó Colleen a Bobby. Miró a su hermano—. ¡No dejes que se muera!

— ¿Cómo voy a morirme? — preguntó Bobby—. Estoy rodeado por los hermanos Skelly. La muerte no se atreverá a abrir la boca.

Wes le gritó al conductor:

— ¿No puede ir más deprisa este cacharro? Necesito un médico y lo necesito ya.

Capítulo XVIII

Bobby se despertó en un hospital militar estadounidense.

Había alguien sentado junto a su cama, agarrándole la mano, pero Bobby tardó unos instantes en fijar la vista...

Era Wes.

Bobby le apretó la mano porque tenía la garganta tan seca que no podía hablar.

– Eh – Wes se puso en pie casi inmediatamente –. Bienvenido al mundo de los vivos – tomó una taza y puso una pajita entre los labios de Bobby –. Tengo buenas noticias – le dijo –. Te pondrás bien. No te quedarán secuelas importantes.

– ¿Y Colleen? – consiguió decir Bobby.

– Está aquí – Wes le dio otro sorbo de agua –. Ha ido a buscar un poco de café. ¿Recuerdas cuando te sacaron de Cuidados Intensivos?

Bobby sacudió la cabeza. Recordaba... a Colleen. Lágrimas en sus bellos ojos. «Te quiero...»

¿Lo habría dicho de verdad? Ojalá fuera cierto.

– Estábamos muy asustados, pero cuando te trasladaron a esta habitación recobraste el sentido un momento. Delirabas por culpa de los calmantes, pero Colleen se puso como loca cuando oyó tu voz. Después se quedó dormida por primera vez en setenta y dos horas. Realmente te quiere, muchacho – Bobby lo miró a los ojos, pero no dijo nada. No hacía falta. Wes siempre hablaba por los dos –. Y, ¿sabes?, yo también te quiero – dijo Wes –. Y sabes que lo digo en serio, así que nada de bromitas estúpidas. Me alegro de que Colleen no esté aquí ahora mismo, porque debo decirte que sé que estaba equivocado. Mi hermana no necesita ni un abogado ni un médico. Ni tampoco un oficial. Ni dinero. A Colleen el dinero le importa un bledo. Lo que necesita de verdad, hermano, es un hombre que la quiera más que a su vida. Te necesita a ti.

«Yo la quiero». Pero Bobby no dijo aquellas palabras en voz alta. Wes ya lo sabía.

– Lo más absurdo de todo es – continuó Wes – que seguramente lo supe desde el principio. Colleen y tú. Quiero decir que ella está hecha para ti, muchacho. Y tú vas a hacerla muy feliz. Siempre ha estado loca por ti. Verás, mi problema es que tengo miedo – admitió Wes –. Cuando me enteré de que habíais... – sacudió la cabeza –. Comprendí enseguida que ibas a casarte con ella, y que las cosas no volverían a ser como antes. Porque tú te convertirías en uno de esos tipos que han encontrado lo que andaban buscando, y yo seguiría aquí, a la intemperie, buscando. ¿Sabes?, En esa operación de entrenamiento que te perdiste por culpa del hombro, casi todos eran tíos casados. Cuando acabamos los entrenamientos nos dieron una noche de permiso, y todo el mundo se fue a la cama temprano. Hasta Spaceman, que tuvo que ponerse hielo en las rodillas porque lo estaban matando. Y Thomas King es peor que si estuviera casado. El tío fue y se encerró en su habitación. Y Mike Lee ligó con una

chica de no sé dónde. Así que sólo quedaba Rio Rosetti. ¿Nos imaginas a Rosetti y a mí deambulando solos por la ciudad?

Sí, Bobby se lo imaginaba.

— Sí, bueno, créeme, fue horrible. Él se fue con una joven turista y a mí me dio por pensar que así era yo hace diez años, y que ahora busco algo diferente. Algo que tú ya has encontrado. El miedo y los celos son mala mezcla. Espero que algún día me perdones por las cosas que te dije.

— Ya sabes que te he perdonado.

— Pues cástate con ella — dijo Wes —. Si no lo haces, te daré una paliza.

— Vaya, muy bonito — dijo Colleen —. Amenazar con darle una paliza al hombre que acaba de salvarle la vida a tu hermana — entró en la habitación y, de pronto, todo pareció iluminarse. Colleen olía muy bien. Estaba guapísima.

— Sólo le estaba diciendo que se case contigo — dijo Wes.

Bobby levantó la mano con gran esfuerzo y señaló a Wes y luego hacia la puerta.

— Fuera — musitó.

— A sus órdenes — dijo Wes, y salió.

Colleen se sentó junto a Bobby. Le agarró la mano. Él tenía los dedos fríos y rígidos.

— Colleen...

— Sss. Tenemos mucho tiempo. No hace falta que...

— Pero quiero...

— Bobby Taylor, ¿quieres casarte conmigo? — preguntó ella —. ¿Me ayudarás a encontrar plaza en una universidad cerca de San Diego para que pueda trasladarme allí y pasar el resto de mi vida contigo? — Bobby sonrió. Siempre era más fácil dejar hablar a un Skelly —. Te quiero — añadió ella —. Y sé que tú también me quieres.

— Sí.

Colleen lo besó en la boca dulcemente.

— Cuando te encuentres mejor, ¿quieres que...? — se inclinó hacia delante y le susurró algo al oído.

Desde luego que Bobby quería. Todos los días, el resto de sus vidas.

— Sí — musitó él y, al comprender por su hermosa sonrisa que Colleen había adivinado lo que estaba pensando, se alegró de que Wes no fuera el único Skelly que podía leerle el pensamiento.

Epílogo

—¿A qué hora empieza la película? —preguntó Bobby mientras retiraba los envases de comida china de la mesa de la cocina.

— A las ocho menos veinticinco. Debemos irnos dentro de diez minutos.

Colleen estaba revisando el correo, abriendo las respuestas a las invitaciones de boda que habían llegado ese día. Parecía cansada. Se había levantado temprano para entrevistarse con los administradores de una casa de acogida para mujeres de San Diego que estaban tramitando la compra de un viejo inmueble. Al día siguiente se ocuparía de cerrar el contrato... sin cobrar, por supuesto.

—¿Seguro que quieres ir? —preguntó él.

Ella alzó la mirada y sonrió.

—Sí, claro que sí. Hace semanas que quieres ver esa película. Si no vamos. Esta noche...

—Iremos cualquier otra —dijo él. Iban a casarse. Tenían toda la vida por delante para ir al cine juntos. Cuando lo pensaba, Bobby todavía se sentía un poco aturdido. Colleen lo quería...

—No —dijo ella—. Definitivamente, quiero ir esta noche.

Aparte de sus labores oficiosas como abogada, Colleen tenía un millón de cosas que hacer, como encontrar un apartamento nuevo donde pudieran vivir los dos y ultimar los preparativos de la boda.

Se casarían cuatro semanas después, en el pueblo de la madre de Colleen, en Oklahoma. Los Skelly vivían allí desde que el padre se había retirado de la Marina. Colleen sólo había pasado en el pueblo los últimos años del instituto, pero sus abuelos y muchos de sus primos seguían viviendo allí. Además, para su madre era muy importante que Colleen se casara en la misma iglesia en la que ella había pronunciado sus votos nupciales.

Pero aquello complicaba mucho los preparativos de la boda.

Y Bobby no estaba dispuesto a permitir que Colleen se pasara en Oklahoma las cuatro semanas que faltaban para el gran día. No. Se había acostumbrado muy rápidamente a tenerla siempre a su lado. Así que tendrían que apañárselas.

Colleen arrugó el ceño al leer la tarjeta de respuesta que acababa de abrir.

—¿Spaceman no va a venir a la boda?

—No, me dijo que va a operarse de las rodillas.

—¡Vaya, qué mala suerte!

Bobby intentó poner un tono desenfadado.

—¿Tanto te molesta?

Colleen levantó la mirada.

— ¿Estás celoso?

— No.

— Sí lo estás — se echó a reír, se levantó y se acercó a él—. ¿Qué pasa? ¿Es que crees que quiero que vaya por si en el último momento cambio de idea y me caso con él en vez de contigo? — le rodeó el cuello con los brazos y lo miró fijamente.

Al abrazarla, Bobby sintió que algo se tensaba en su pecho.

— Inténtalo si te atreves.

— Quería que Ashley y él se conocieran. — ¿Ashley y Jim Slade? Bobby no se rió. Al menos, no en voz alta—. Sí, Ashley DeWitt — dijo Colleen—. Mi compañera de piso en Boston, ¿recuerdas?

— Sé quién es. Y... no sé, Colleen — intentó decirlo delicadamente—. Ashley no es precisamente el tipo de Spaceman. Ya sabes, una rubia glacial.

— Ashley es muy cariñosa.

— Sí, bueno...

Ella entornó los ojos

— Que sea cariñosa no tiene nada que ver, ¿a que no? Lo que de verdad pretendes decir es que está muy flaca. Que no es lo bastante mujer para Spaceman, ¿es eso lo que quieres decir?

— Sí. ¿No lo odias ahora? Gracias a Dios que no irá a la boda

Ella se echó a reír y Bobby sintió que su pecho se expandía un poco más. Deseaba besarla, pero si lo hacía tendría que dejar de mirarla, y le encantaba hacerlo.

— ¿No tiene Spaceman un amigo que ha montado una especie de campamento de entrenamiento militar para ejecutivos? — preguntó ella—. Creo que Rio me contó algo de eso.

— Sí — dijo Bobby, deslizado la mano por debajo de la camiseta de Colleen y pasando los dedos por la piel suave de su espalda—. Se llama Randy no sé qué. Es un antiguo miembro del cuerpo. Vive en Florida. Le va muy bien.

— A Ashley le gustaría ir a uno de esos campamentos — dijo Colleen—. ¿Puedes averiguar el número de ese Randy para dárselo?

Ashley DeWitt, con sus trajes de diseño, duraría cosa de diez minutos en el campo de entrenamiento que dirigía Randy. Pero Bobby mantuvo la boca cerrada, porque... quién sabía. Tal vez Ashley les diera una lección a todos.

— Claro — dijo—. Llamaré a Spaceman mañana a primera hora.

Colleen le acarició la cara.

— Gracias — dijo. Y Bobby comprendió que no se refería a su promesa de llamar a Spaceman. Colleen le había leído el pensamiento, y le daba las gracias por no haber dicho nada en contra de Ashley—. Te quiero muchísimo.

Bobby sintió que su pecho se ensanchaba.

–Yo también te quiero –dijo. Había empezado a decírselo cada vez que le apetecía. No porque ello liberara la tensión que sentía en el pecho, sino porque cuando se lo decía ella sonreía, lo miraba dulcemente y le daba un beso.

Colleen lo besó, y Bobby cerró los ojos y se perdió en la dulzura de su beso. La abrazó más fuerte y enseguida sintió que se encendía el fuego que sentiría por ella el resto de su vida.

–Llegaremos tarde a la película –musitó Colleen, pero él la alzó en volandas y echó a andar por el pasillo.

–¿A qué película? –preguntó Bobby, y cerró de un puntapié la puerta del dormitorio.

Fin